

Sophie Saint Rose

Serie oficina



Eres todo para mí

Eres todo para mí
Sophie Saint Rose

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Zoe colgó el teléfono y volvió a descolgarlo. —Roberts McFerson —dijo con aburrimiento—. No, no puede ver al señor McFerson sin cita. ¿El teléfono de su secretaria? ¿En serio lo ha buscado en internet? No, no sale allí precisamente para que al jefe no le llamen pesados intentando venderle negocios que no le interesan. Oh, ¿máquinas expendedoras? Espere que... —Le colgó el teléfono.

Su compañera dejó caer la mandíbula del asombro mientras ella bebía de su café antes de coger el teléfono de nuevo. —Roberts McFerson. Oh, señor Frederick, le paso.

Maggie frunció el ceño mientras pasaba la llamada. —¿Cómo sabes que a ese sí le tienes que pasar?

—Experiencia. Es un proveedor de extintores, lleva todos los edificios de los jefes. —Se levantó mostrando su impecable traje gris de pantalón y dejó una tarjeta de acceso sobre el mostrador. Una de las ejecutivas la cogió guiñándole un ojo.

Cuando se alejó Zoe susurró —Esa es muy maja, pero no todos son así. Hay algunos que tienen muy mala baba, así que ten cuidado con quien te relacionas.

Maggie suspiró. —No sé si este trabajo es para mí. En el anterior solo tenía que coger citas para la peluquería.

Uy, uy que la novata se le estaba rajando. —Aprenderás y antes de tres meses sabrás de que pie cojea cada uno. —Cogió el teléfono. —Roberts McFerson... —Se sentó. —Señora si tiene problemas con su radiador, llame al servicio técnico de su edificio o a

su portero. No, el jefe no va a ir a arreglarlo, tiene cosas mejores que hacer. —Y colgó antes de que pudiera replicarle.

—¿Nunca se han quejado de ti?

—Oh, sí, en internet me ponen verde. —Se encogió de hombros como si le diera igual. —Pero cuando los de recursos humanos vieron que se quejaban por cosas así, me subieron el sueldo. —Sonrió radiante. —Así que no me corto. Y tú tampoco deberías. —La advirtió con sus hermosos ojos azules. —Pero cuidado con quién lo haces, tu antecesora le habló mal al suegro del señor Roberts que había perdido su móvil y acabó en la calle.

—Lo que necesitaba para animarme, gracias.

—De nada. —Cogió los cascos y gruñó. —Odio estos chismes.

—Sí, ya se nota que a ti te gusta más colgar a la vieja usanza.

—Da un subidón... —Pulsó el botón. —Roberts McFerson. —Suspiró con fuerza. —Señora Marquez, ¿su hija está en casa? No, claro que no, ahora entiendo por qué ha llamado. No me sé la receta de la boloñesa que hacía su madre —dijo suavemente pensando que no podía estar entreteniéndola demasiado tiempo, tenía mil llamadas que contestar—. Lo siento mucho. ¿Dónde está su hija? Ha tenido que salir a comprar, entiendo. —Le hizo un gesto para que ella contestara al teléfono y Maggie puso cara de susto. Zoe tapó el micro. —¿Sabes hacer boloñesa?

—Sí.

—Pues te paso a la señora Marquez, tú habla con ella hasta que llegue su hija a casa y la pueda controlar. Tiene Alzheimer, sé delicada.

—Vale.

—Línea tres.

Se la pasó y ella contestó otra llamada sin quitarle ojo. —No, no puedo pasarle con el señor Roberts, porque está reunido. Llame a su secretaria para concertar una cita. —Escuchó lo que tenía que decirle y entonces Adler McFerson entró en el edificio provocando que su respiración se acelerara. Estaba guapísimo ese día, llevaba un

nuevo traje azul y una corbata roja tirando a granate. Hoy tenía un negocio importante, solo se ponía corbatas oscuras cuando tenía una dura negociación y siempre ganaba, él siempre ganaba. Mientras iba hacia los ascensores emocionada retuvo el aliento esperando que la mirara, aunque solo fuera una décima de segundo. Vamos cielo, solo una mirada, pero como siempre entró en el ascensor sin saber que existía. Igual que cada día en los últimos tres años. Apretó los labios sintiendo que la embargaba la decepción de siempre y dijo al micro —Sí, podría dárselo, pero si no lo tiene es que no es importante. —Pulsó el botón para colgar la llamada y que pasara la siguiente. Miró hacia Maggie para asegurarse de que seguía charlando con la anciana. Qué raro, su hija no solía estar mucho tiempo fuera de casa, precisamente para no dejarla sola. Sonrió a un hombre de unos sesenta años que se acercó. Parecía indeciso. —Bienvenido a Roberts McFerson, ¿qué puedo hacer por usted?

—¿McFerson es aquí?

—Sí, el señor McFerson es uno de los dueños de la compañía, ¿en qué puedo ayudarle?

Algo intimidado susurró —Me gustaría verle, si puede ser.

—Lo siento, pero si no tiene cita es imposible, es un hombre muy ocupado.

Él incómodo asintió. —Sí, sí, claro... Siento haberla molestado.

—No se preocupe...

Mientras se alejaba se fijó en su ropa y estaba aseada, pero no era precisamente de marca. De hecho, ella le había comprado una cazadora igual a su padre y le había costado cuarenta dólares en rebajas. Debía ser alguno de los inquilinos, pero no parecía enfadado ni molesto, de hecho, parecía inquieto, preocupado e incluso asustado y eso la molestó, parecía buena persona. —Disculpe... —dijo antes de darse cuenta. El hombre se volvió. —Si me dice para qué le quiere, igual puedo ayudarle. ¿Es inquilino de alguno de los edificios de la compañía?

El hombre se acercó y miró a Maggie de reajo antes de acercarse más para susurrar —El chico es mi sobrino y me gustaría verle. Hace años que no tengo su teléfono y...

Su corazón dio un vuelco al darse cuenta de que tenía los mismos ojos verdes que su Adler. —¿Su sobrino? ¿Estamos hablando de la misma persona?

—Oh, ¿me he equivocado? ¿Adler Michael McFerson?

—Sí, sí, es aquí. ¿Su nombre es?

—Daniel Adler McFerson. ¿Necesitas alguna identificación? — Él puso su carnet de conducir sobre el mostrador, era un carnet del estado de Texas y era de donde era su jefe, que lo había leído una vez en una revista.

Se mordió el labio inferior porque si eran familia debía tener alguna manera de contactar con Adler, pero era evidente que no era así y se preguntó el por qué. Antes de darse cuenta levantó un dedo. —Espere un momento. —Pulsó la extensión de presidencia y le sonrió esperando a que Lisa cogiera el teléfono. —¿Lisa? Tengo aquí al tío del jefe y le gustaría verle, se llama Daniel McFerson — dijo en voz muy baja.

—¿El tío? El jefe no tiene tíos.

—Pues dice que lo es y tiene sus mismos ojos. —Le miró de reajo. —Parece incómodo.

—A ver si va a ser un chiflado armado de esos y la lía.

Puso los ojos en blanco. —Lisa deja de ser tan paranoica. Hay detectores de metales en las puertas.

Bufó. —¿Y por qué no le llama al móvil?

—No tiene su teléfono. Chica, ¿tú te sabes los números de teléfono de tus sobrinos de memoria?

—Pues no, porque los gemelos tienen siete años y no tienen móvil.

—Mira que como metamos la pata y le echemos... Yo no me hago responsable, maja.

—Vale... Le digo algo y te llamo.

Colgó y forzó una sonrisa. —Va a ver si tiene un hueco.

Suspiró del alivio. —¿De veras? Gracias. —Nervioso caminó de un lado a otro y ella estuvo sin contestar el teléfono un rato por si se encendía la extensión de presidencia.

Escuchó a Maggie reír. —¿Que no se hace así? Pues así la hace mi madre. Claro, mi madre no es la suya, disculpe. Pues no sé hacerla de otra manera. —Se tapó el micro de los cascos. —¿Cuánto tiempo tengo que estar hablando con ella?

—No lo sé... —Se mordió el labio inferior y cogió el ratón del ordenador para buscar el número de teléfono del portero de su edificio. Cuando lo consiguió, le llamó a toda prisa por su teléfono móvil sin quitarle ojo a la centralita. —¿Señor Carter? Llamo de Roberts McFerson, ¿no habrá visto a la hija de la señora Marquez? —Miró la pantalla de su ordenador. —Sí, la del décimo apartamento veinte. —Palideció. —¿Cómo ha dicho? ¿Una ambulancia? Por Dios, ¿y han dejado sola a esa mujer con la enfermedad que tiene? ¡Está esperando a su hija para hacer lasaña!

Maggie la miró tapándose el micro. —¿Qué ocurre?

—Tienen que llamar a alguno de sus familiares mientras su hija se recupera del atropello.

Su compañera gimió mientras ella preguntaba —¿No tiene algún teléfono de contacto? —Se pasó la mano por la nuca e ignoró que uno de sus rizos castaños se había soltado de su impecable moño. —Está bien, pues habrá que llamar a servicios sociales, ellos les buscarán. Encárguese. —Y el tío protestaba. —Escúchame bien, capullo, son tus inquilinas, como me entere de que no las has cuidado como se merecen, daré parte de ti al señor McFerson, ¿me oyes? Te llamaré en un rato a ver si has solucionado el asunto. —Colgó antes de que pudiera protestar y le dijo a Maggie —Sigue entretiéndola. —Sonrió al tío del jefe. —Seguro que enseguida llaman. —Efectivamente la luz se encendió. —Oh... —Pulsó el botón. —Dime.

—Ni de coña, se ha puesto como loco. No quiere verle ni en pintura.

Mierda. Le miró de reajo forzando una sonrisa. —¿Ha dicho la razón?

—¿Crees que el jefe me cuenta sus cosas? Ha dicho que no y punto.

Le colgó antes de que pudiera protestar y Daniel sonrió con tristeza. —No quiere verme, ¿verdad?

—Lo siento, yo...

—No pasa nada. —Forzó una sonrisa. —Gracias por intentarlo.

—De nada.

Se alejó y Zoe le observó hasta que salió del edificio. Lo sintió por él y se preguntó qué habría ocurrido para que Adler no quisiera tener contacto con él.

—¿Zoe? Esta mujer está gritándole a alguien.

Pasó la llamada a sus cascos y juró por lo bajo porque estaba histérica porque habían entrado en su casa. —¿Oiga? Oiga, ¿hay alguien ahí? —Cuando los gritos se alejaron colgaron el teléfono y cogió su móvil para llamar a ese inútil. —¿Qué ha pasado? ¿Que la policía todavía no se había ido y les has avisado? ¿Pero eres idiota? —Entrecerró los ojos. —Más te vale que la traten bien, porque sino te veo en la cola del paro.

—¿La señora Marquez está bien? —preguntó su compañera.

—Ponme con servicios sociales.

A las once tenía su descanso y salió de la empresa para coger un bollo en la cafetería de enfrente. Al llegar sonrió a Willy que le puso lo que quería sobre el mostrador. —Gracias, majo.

Este le guiñó un ojo antes de atender a otra mujer y Zoe se volvió con su café en la mano para ir a tomárselo al parque que había en una calle cerca de allí, pero al ver a Daniel sentado en una

mesa con un café delante se detuvo en seco. Se mordió el labio inferior porque alguien sensata se largaría de allí a toda prisa, pero ella nunca había sido muy sensata. Se acercó a él y se sentó en su mesa sorprendiéndole. —Esperándole a ver si sale, ¿no?

Él suspiró. —No tengo otra opción. Tengo que hablar con él.

—Debe ser importante. —Echó azúcar en su café y revolvió con ganas.

—¿Me estás interrogando? —preguntó divertido apoyando la espalda en el respaldo de la silla.

—Pues no lo sé todavía, estoy decidiendo si quiero saber lo que ocurre. —Le dio un mordisco a su bollo. —Deberías probarlo, está buenísimo —dijo con la boca llena.

Daniel sonrió. —Ya me he comido dos.

—Mumm... —Masticó de nuevo. —¿Y bien?

—Hace años que no nos vemos. De hecho, era un crío la última vez que estuvo en casa. Tendría cuatro años.

Parpadeó. —Tiene treinta y dos.

—Ya.

—Eso es mucho tiempo... Supongo que pasó algo gordo.

Daniel iba a decir algo, y a ella se le encendió la alarma que decía no te metas en eso que la vas a liar y negó con la cabeza. —No, no quiero saberlo.

—Necesito verle, su abuelo se muere y quiere verle.

Masticó más despacio mirando sus ojos y ansioso se acercó. —¿Puedes ayudarme? Te aseguro que es importante, mi padre... Siempre ha tenido remordimientos de lo que ocurrió y necesita pedirle perdón. Bastante duro fue que su hijo muriera hace dos años sin que se hablaran, necesita pedirle perdón al chico, ¿entiendes? Necesita verle y saber que le perdona.

—Leche, debió ser muy pero que muy gordo. —Él iba a decir algo. —No, no quiero saberlo. —Se acabó el bollo. —Podría ayudarte, pero no sé si le conviene al jefe y lo último que quiero es

hacerle daño y jugarme el trabajo. Y puesto que tu padre ni tú asististeis al funeral del padre del jefe, deduzco que fue porque él no os avisó y es porque no quería ni veros. Estuve allí, éramos cuatro gatos.

—Le haría bien ver a su abuelo.

—Le hará bien a tu padre.

Daniel apretó los labios. —Mi padre hizo lo que creía que tenía que hacer y se equivocó. Perdió a la mitad de su familia por eso, ¿no ha sufrido ya lo suficiente? Por favor, solo quiero que muera en paz. O al menos con algo de paz. —Sonrió con tristeza. —Está muy orgulloso de él, ¿sabes? Mira todo lo que ha conseguido. Se fueron sin nada. —Miró tras ella al edificio de acero y cristal. —Sin nada. —Apretó los labios. —Mi padre tiene un rancho de ganado en Texas, tiene dinero y le corresponde la mitad.

—No creo que le importe demasiado. El año pasado donó tres millones de dólares a causas sociales.

La observó mientras se bebía el café y cuando dejó el vaso sobre la mesa suplicó —Por favor ayúdame, se lo he prometido a mi padre.

Necesitaba ayuda, eso era evidente, y no había intentado sobornarla, lo que indicaba que al menos tenía ética. No sabía lo que había hecho el viejo, pero debía ser lo bastante fuerte como para que la mitad de su familia saliera corriendo. —Solo voy a preguntarte una cosa y quiero que seas sincero.

—Bien.

—¿Tiene que ver con abusos, drogas o cuernos indecentes?

—¿Qué?

—Es que esas son cosas muy gordas y si el viejo se acostó con su nuera...

—No tiene nada que ver con eso. Bueno, con su nuera sí, pero...

—¿Se acostó con su nuera? Uy, me largo.

—No se acostó con ella, de hecho, es lo contrario.

—La odiaba y el padre del jefe luchó por ella con uñas y dientes.

—Que no, ¿quieres dejarme hablar?

—Majo, me pagan por dar la lengua, no me cortes el rollo.

Daniel sonrió. —Ingrid se acostó con nuestro capataz y a mi padre que nunca le había gustado se le cruzó un cable. La enfrentó dejándola en evidencia ante toda la familia en la cena de Navidad.

Zoe silbó. —¿Y qué pasó después?

—Martin, mi hermano, se sintió humillado por su mujer y por su padre, así que abandonó a su mujer y se largó de la ciudad con el niño. No volvimos a saber de él hasta que hace dos semanas vimos la foto del chico en una revista de esas de negocios. Es igual que mi padre, así que la compré y cuando leí el reportaje estuve seguro. Es nuestro chico. Ni te imaginas lo orgulloso que se puso su abuelo, lo contento que está. Ha puesto su foto frente a su cama.

Zoe apretó los labios.

—Es su última voluntad, necesito hablar con él.

Apretó los labios pensando en ello y se dijo que por qué no, le haría un favor al abuelete. —Solo tendrás unos minutos.

—Muy bien.

—El plan es este...

Capítulo 2

Maggie cogió su bolso en cuanto dieron las cinco y con el móvil en el oído dijo mientras iba hacia la sala del café que tenían detrás de sus sillas y que era de su uso exclusivo —Vamos, vamos...

Zoe se levantó a toda prisa siguiéndola. —¿No te vas?

—Sí, claro. ¿Y tú?

—No, voy a llamar a servicios sociales a ver si la señora Marquez está bien, no me fio de su portero.

—Oh... —Colgó a toda prisa y forzó una sonrisa cogiendo una bolsa de deporte negra. —¿Quieres que me quede a ayudarte?

—No, claro que no. Tú vete, ya te contaré el lunes cómo ha ido todo.

Su compañera sonrió. —Que tengas buen fin de semana.

—Buen fin de semana.

Maggie se alejó saliendo de la sala y fue hacia las puertas sin que Zoe le quitara ojo. Los porteros abrieron una de ellas con las llaves para que saliera. Zoe suspirando del alivio disimuló que hacía una cosa y otra mientras los de la empresa salían del edificio y cuando dieron las cinco y media se levantó. Fue hasta la puerta de la sala de café y esquivó varias cosas de oficina. Abrió el armario donde normalmente colgaba el abrigo y Daniel gimió mientras salía. —Hostia, esto es muy estrecho, ¿sabes lo que es pasar aquí tres horas? Menos mal que no tengo claustrofobia.

—¿Y qué querías que hiciera? Maggie apenas va al baño, no sé dónde mete todas las coca-colas que se bebe, solo podía meterte

en su hora de la comida. —Haciéndole un gesto para que no se moviera sacó la cabeza para mirar a los de seguridad que abrían la puerta a una del cuarto piso. Se acercó a él y susurró —Bien, el jefe está todavía trabajando. En unos minutos saldrá un grupo de gente que está reunida en el tercer piso. Sales en ese momento de detrás del mostrador y sin correr vas hasta el ascensor. Si te pillan dices que te has olvidado el móvil en el tercer piso. Algunas de las personas que van a esa reunión son externas, así que los porteros no les conocen.

—De acuerdo.

—Pulsas el último piso, a la derecha y ya llegaste a presidencia. Su secretaria ya se ha ido, así que tienes vía libre.

Asintió. —Bien.

—Mírame, cuando te haga una señal con la mano te pones al lío y sales agachado hasta el mostrador. —Salió sentándose en su silla de nuevo y Daniel se escondió lo suficiente como para que no le vieran los de fuera.

—¿No te vas, guapa? —preguntó Arnold.

—Todavía tengo que terminar unas cosas. Cuadrar citas con las secretarias y eso, ya sabes.

Daniel vio como aquel guaperas apoyaba un brazo en el mostrador comiéndosela con la mirada. —Siempre tan eficiente. Y eso es precisamente lo que me ha recomendado mi madre.

—¿No me digas?

—Al parecer necesito una mujer seria, responsable y organizada para que encarrile mi vida.

—Tú lo que quieres es liarme y ya hice de niñera en el instituto. No, gracias.

Daniel reprimió la risa por la cara que puso. —Zoe era broma, yo te tomo muy en serio.

—Sí, tan en serio que esta semana has salido con dos secretarias, así de serio es lo nuestro. —El sonido del ascensor le hizo mirar hacia allí. —Uy, tienes trabajo.

De los ascensores salieron al menos veinte personas y Zoe le hizo un gesto a Daniel que salió agachado hasta la esquina del mostrador. Sin esperar se puso en pie y caminó contra corriente. Se metió en uno de los ascensores antes de que cerraran las puertas y ella sonrió. —Suerte, amigo. —Cogió su bolso y en ese momento le sonó el móvil. Descolgó a toda prisa y se lo puso al oído mientras caminaba hacia la salida. —Hola, papá. Un día genial, ¿y el tuyo? — Sus ojos brillaron. —¿Un cliente te ha regalado entradas? ¿De veras? Me muero por ir a ese musical. Sí, en media hora estoy en casa. — Le guiñó un ojo a Harry, el jefe de seguridad, que sonrió a su paso y este cerrando la puerta observó cómo iba en dirección al metro riendo de algo que le había dicho su padre.

—Tío, me ha dado calabazas —dijo su amigo molesto.

—Arnold, es demasiada mujer para ti. Búscate a otra.

Salió de la representación de cenicienta sintiéndose genial y del brazo de su padre dijo —Me ha encantado, gracias.

—Dáselas a Dexter.

—¿Y qué quiere ese, padre?

—Que le arregle su Mercedes clásico cuanto antes.

—Ummm, un pequeño soborno.

Greg rio por lo bajo. —Le he dejado caer que tengo problemas con la lavadora. Al parecer tiene supermercados.

—Padre, no abuses.

—¿Y qué tal tu día?

—Genial, mucho trabajo, pero Maggie tiene madera, se pondrá al día enseguida y después podré vagar un poco.

—¿Tú vagar? Hija, eso no va contigo. Oh, mira, en esta tienda tienen el televisor que quería. —Se acercó para admirarlo y ella rio por lo bajo. —Mira qué bien se ve...

—Papá no nos entra en el salón y te quedarías ciego.

Sus ojos brillaron. —¿Y si lo compramos?

Ni de coña, ya lo había encargado y llegaría el día de su cumpleaños que era en menos de dos semanas. —Papá es muy caro y tenemos que pagar la subida del alquiler... Además, tengo que comprar ropa para el trabajo, empieza a hacer calor.

Su padre apretó los labios. —Sí, tienes razón. —Miró la televisión y suspiró. —Es tan bonito...

—Más adelante, te lo prometo. Con mi paga extra de Navidad. Sabes que al final de año siempre nos dan beneficios.

—No hace falta, hija. —Iba a cogerla del brazo cuando se quedó mirando la pantalla como si algo le hubiera llamado la atención y Zoe miró hacia allí para ver a Adler gritándole a la cámara fuera de sí, pero lo que le puso los pelos de punta es que tenía mucha sangre en la manga de su desgarrada camisa y un sanitario le cogía del brazo sano. Brazo que afortunadamente tenía muy bien porque pegó un manotazo que tiró la cámara al suelo. —Cielo, ¿ese no es uno de tus jefes?

—Ay, la leche. ¡Ay, la leche! —Atónita miró a su padre. —¿Qué ha pasado?

—El cartelito ponía algo de un ataque o algo así.

—¡Un ataque! —chilló histérica—. ¿Cómo que un ataque? ¡No puede ser!

—Pues sí, sí que puede ser. Hija, ¿estás bien? No creo que le haya pasado nada importante.

—Oh, papá, te aseguro que esto es importantísimo. —Sacó su móvil a toda prisa antes de mirarle con cara de susto. —¿A quién llamo?

—Por la cara de culpable que tienes llamaría a un abogado.

—Uy, qué buena idea...

—¡Hija!

—No lo sabía, lo juro, yo no sabía nada, pero nada de nada. ¡Leche, tenía una cara de bueno que no podía con ella! —le gritó a la cara.

—Hija, cálmate y cuéntame lo que ocurre.

—¿Qué ocurre? ¡Que me van a meter un paquete que igual acabo en chirona! Si entró en el edificio fue porque yo le dejé pasar.

Su padre la miró asombro. —La hostia. ¿Dejaste pasar al tipo que le hizo eso?

—Dijo que era su tío y que su abuelo se moría, que quería verle y... Padre, que me la han colado. ¡Ese capullo texano me la ha colado!

—Hija, cálmate. Con la cara de loca que has puesto la policía te enchironará a toda pastilla.

—Tienes razón, yo disimulo que no se nada y que salga el sol por donde sea.

—¿Y no sería mejor enterarnos bien de lo que ha pasado?

—Vuelves a tener razón, igual ha sido un ataque de terroristas chechenos y el tío con cara de bueno no tenía nada que ver.

—¿Terroristas chechenos?

—¡Un robo! Adler es un tío con mucha pasta, seguro que le atacaron ante la empresa para robarle el reloj, que es carísimo, por cierto. Una fortuna, una auténtica fortuna. Claro, es eso.

—Hija, en la imagen llevaba reloj.

—¡Papá no me fastidies las teorías!

La cogió por los brazos. —No te va a pasar nada. Te engañó, tú no querías hacer daño a tu jefe.

—No puedo perder este trabajo —dijo angustiada—. Necesito...

—¿El qué, hija? —preguntó preocupado.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Necesito verle.

—¿A quién?

—A Adler, papá.

—A tu jefe...

—No sabe ni que existo, pero desde el primer día que le vi supe que era él. Necesito verle, necesito eso, aunque solo sea eso.

Su padre suspiró. —No puedo culparte, a mí me sucedió lo mismo con tu madre. —La abrazó. —Y me costó un año que me diera una cita.

—Al menos hablabas con ella. Es una locura, a veces pienso que necesito terapia.

—Hija, eso es muy caro, me tienes a mí.

Rio contra su pecho. —Te quiero.

—Y yo a ti, mi niña. —Se apartó para mirar su rostro. —Y no me gusta que llores, así que deja de preocuparte, no te van a echar.

—Seguro que ya han revisado las cámaras de videovigilancia, suerte tendré si solo acabo engrilletada.

Su padre entrecerró los ojos. —Eso ya lo veremos. Llamemos a tu tío, él se enterará de lo que está ocurriendo.

El tío Curtis abrió la puerta de su casa en Queens y parpadeó al verles allí. —¿Qué ocurre?

—¿La tía Blanche está despierta?

—Sí, está en la cocina haciendo galletas para no sé qué cosa de la guardería de Charlotte, nuestra vecina, está como loca con ella.

—Genial.

Entraron en la casa y su tío preguntó —¿Qué ocurre?

—Hermano, ¿sigues teniendo amigos en la comisaría?

—Sí. Juego a los bolos con Charlie, ya lo sabes.

Entraron en la cocina y su tía la abrazaba. —¿Qué ha ocurrido?

—¿Qué ha ocurrido? Que la niña está enamorada.

Blanche sonrió. —Lo sabía, cuando hace seis meses no quiso salir con ese partido tan bueno que le busqué, tuve un pálpito.

Zoe se apartó. —Tía, que reparaba calzado, ¿en serio era tan buen partido?

—Pues gana mucho dinero, siempre tiene el negocio a reventar.

Puso los ojos en blanco y fue hasta la nevera. Su prima Glory entró en la cocina en pijama. —¿Qué pasa?

—Tengo una crisis y de las gordas. —Se volvió con una cerveza en la mano. —Tío llama a tu amigo porque necesito saber si he ayudado a que atacaran a mi jefe esta tarde.

—¿Cómo has dicho? —preguntó su prima—. ¿El macizo?

—El mismo.

—¿Tú lo sabías, jovencita? —preguntó Blanche mosqueada.

—¿Que está loca por él? Claro. Me lo olí cuando me contó que le habían dado el empleo.

—¿Hace tres años?

Los tres la miraron y Zoe bebiendo se encogió de hombros. —¿Qué puedo decir? Glory siempre ha sido muy perspicaz.

Blanche se sentó. —Muy bien, cuéntanoslo todo, tu tío tiene que saber para preguntar al inútil de Charlie.

—Mujer, no es un inútil.

—Cielo, sigue patrullando después de veinte años en el cuerpo, algo no hace bien.

Glory se sentó y todos la miraron. —¿Qué?

—¿No tienes que estudiar? —preguntó su madre.

—Ya lo he estudiado todo. Vamos prima, cuenta... ¿Qué pasa con el macizo?

Miró a su padre apretando los labios y este asintió animándola. —No quiero bromitas, ¿entendido? Esto es muy serio.

—Vale —dijo su prima.

Gruñó porque iban a hablar de ello hasta que se jubilara.

Diez minutos después todos la miraban y de repente se echaron a reír. Jadeó indignada. —¡No tiene gracia!

—Ahora sí que va a estar encantado cuando te conozca —dijo su tío partiéndose a carcajadas.

—Sois lo peor. —Dio un sorbo a su cerveza.

—Vamos, está enamorada —dijo su padre sin poder reprimir una sonrisa—. Tenemos que ayudarla.

—Espera que... —Su tío sacó el móvil. —Voy a llamar a Charlie a ver cómo está tu macizo.

—¡Papá!

—Hermano, no te burles, la pobre lleva mal no haber sido capaz de conseguir una cita en tres años.

—Prima me decepcionas, mamá siempre me ha dicho que en el instituto los tenías a puñados.

—¿Queréis dejarlo ya? —Atenta a su tío le siguió con la mirada cuando se alejó para hablar con Charlie. Su tío fue perdiendo la sonrisa poco a poco. —Tío, ¿qué ocurre?

Él le hizo un gesto con la mano para que se mantuviera callada. —Sí, está preocupada, ha visto en la televisión que estaba ensangrentado y como es lógico se ha preocupado. —Curtis se pasó la mano por la frente. —Joder, ¿no me digas?

Zoe palideció y su tía sentada a su lado cogió su mano.

—¿Que querrán hablar con ella? ¿Por qué? —Apretó los labios antes de decir —Claro, trabaja en la empresa. Bien, se lo diré. —Colgó el teléfono. —Sabía perfectamente de lo que hablaba porque fue de los primeros en llegar al edificio. Al parecer recibieron un aviso sobre un altercado en la empresa y enviaron dos patrullas.

—¿Un altercado?

—Un empleado del piso inferior al de tu jefe escuchó los gritos y llamó a seguridad. Estos subieron y la cosa se puso fea. Charlie dice que no sabe bien lo que ocurrió, pero al intentar retener a los dos tipos que le habían atacado, el arma de uno de los de seguridad se disparó dándole a tu jefe en el brazo.

Separó los labios de la impresión. —Pero, ¿está bien?

—Sí, sí, está bien, es un tipo duro.

—¿No decías que solo habías dejado pasar a su tío? —preguntó Glory—. Pues eran dos.

—No entiendo nada.

—Es una buena noticia, eso significa que tú no tienes nada que ver con esto —dijo su padre—. Hala, ya podemos irnos a casa.

—Sí, es una buena noticia. —Sonrió. —Gracias, tío.

—De nada, preciosa. Oh, me ha dicho Charlie que seguramente la policía hablará contigo como con varios más de la empresa como los de seguridad.

—Sí, claro.

—Tú no sabes nada y punto —dijo Blanche—. Cielo, hazte la tonta, es lo mejor.

—Pues como la hayan visto las cámaras, muy tonta no se puede hacer —dijo su prima.

—Con decir que es corta de vista y que no le vio, solucionado. ¿O pueden verte hablando con él antes?

Pensó en ello y negó con la cabeza. —No, aparte de la primera vez que habló conmigo en la empresa, no.

—Pues eso, eres la más cegata de la compañía —dijo Glory—. Oye, el primo de mi mejor amiga es oftalmólogo, puede decir que no ves nada de nada.

—No, no va a hacer eso —dijo su madre.

—Claro que sí, mete la pata continuamente, nadie se va a extrañar de su error de diagnóstico. Además, le gusta Zoe.

—¿Cuándo me ha visto? —preguntó asombrada.

—Oh, vio la foto de nuestra fiesta de Navidad.

Bufó cogiendo su bolso. —Me haré la cegata, la sorda y la muda.

—Muda no, porque te despedirían —dijo su tía.

—Tienes razón. Ciega y punto. —Fue hasta la puerta. —Mejor no exagerar. —Iban a salir de la cocina. —¿La barbacoa de mañana sigue en pie?

—Claro, hay que aprovechar los días que te quedan en libertad —dijo su tía haciéndoles reír.

Gruñó. —Muy graciosos. —Salió y gritó —¡Os quiero! ¡Traeré las tartas!

Salieron de la casa y su padre cerró la puerta. —¿Más tranquila?

—Me da que no va a ser tan fácil.

Capítulo 3

Al día siguiente echó la harina de la masa de las tartas en la batidora y pulsó el botón. Mientras batía ella empezó a cortar las manzanas. Su padre tenía la televisión altísima. —¡Papá! ¡La señora Turner se va a quejar de nuevo!

—¿Y no se va a quejar por tus gritos?

Gruñó cortando la siguiente manzana. Frunció el ceño, ¿estaban llamando a la puerta? Apagó la batidora y escuchó que alguien aporreaba la puerta. Asustada salió de la cocina limpiándose con un trapo mientras su padre salía de su habitación con el móvil en la mano. —¿Quién es?

—¡Policía! ¡Abra la puerta!

Bufó antes de mirar a su padre. —Abre, hija.

Giró el cerrojo que tenía ante los ojos y volvió el pomo. Un tipo vestido con una camisa algo arrugada y vaqueros le mostró una placa. —¿Ocurre algo?

—¿Es la señorita Winston?

—Sí.

—Sargento Morrison, ¿puedo pasar?

—Sí, claro. —Abrió la puerta del todo y dijo —Él es mi padre, Greg Winston.

—¿Podemos sentarnos?

—¿Ha pasado algo malo? —preguntó su padre.

—Solo quiero hacerle unas preguntas a su hija.

—Por favor, siéntese.

Él miró el pequeño pero bonito salón y fue hasta el sofá.

—¿Quiere tomar algo?

—No, gracias. Siéntese.

Ella lo hizo de inmediato en el sillón de su padre mientras este se quedaba a su lado como si estuviera dispuesto a protegerla.

—No sé si sabe que ayer hubo un altercado en su empresa.

La tonta, tienes que hacerte la tonta. —¿De veras? ¿Qué ha pasado?

—¿No lo sabe?

—Me fui a las cinco y media, no había pasado nada. Y después mi padre y yo fuimos a ver La Cenicienta.

—Los hechos ocurrieron a las cinco treinta y siete.

—¿Qué hechos?

—Dos hombres entraron en el despacho de Adler McFerson y le encañonaron con un arma con intención de robarle lo que tenía en la caja fuerte.

Palideció. —¿Qué?

—Usted trabaja en la recepción, ¿no es cierto?

—Sí, sí...

—Usted deja pasar a quien tiene cita.

—Exclusivamente con cita.

—Estamos intentando averiguar cómo consiguieron entrar en el edificio. ¿Alguna idea?

—¿Cómo consiguieron entrar? Pues no sé....

Él volvió su móvil. —¿Conoce a este hombre?

Al ver una foto del tío de Adler se le puso un nudo en la garganta.

—¿Conoce a este hombre?

—Sí, estuvo ayer en la empresa. Dijo que era tío del jefe y que quería verle, pero McFerson no quiso dejar que subiera.

—Pero subió, le dejó pasar usted.

Mierda.

—¿Dejó pasar a alguien más?

—Mi hija no ha hecho nada.

Él fulminó a su padre con la mirada. —No hablo con usted, manténgase en silencio. —La miró a los ojos. —Mira, más vale que digas la verdad, porque como no lo hagas te puedes meter en un lío muy gordo.

—Yo no he hecho nada —dijo muy nerviosa—. Me dijo que era su tío y que su padre se estaba muriendo, que necesitaba ver al jefe para que le perdonara. Un tema de cuernos, ¿sabe? Pero no incestuosos de esos, sino que el suegro no podía soportar a la golfa y se lio parda.

El policía parpadeó mientras ella seguía. —Y oiga no es que a mí me importen los cuernos ni nada de eso, pero el pobre parecía tan preocupado por no poder hablar con el jefe, que sentí que tenía que echarle una mano. El abuelete se muere. Leche, eso ya lo he dicho —dijo preocupada—. Es su última voluntad. ¿Y si luego el jefe se arrepiente de no haber ido a verle? Puede ocurrir, y ya no habría marcha atrás porque el viejo ya la habría espichado. Un dilema. Así que le ayudé un poquito.

—¿Y ha sentido que tiene que echarle una mano a alguien más?

—¿Perdón?

Pasó la foto de la pantalla y le mostró a un tipo moreno que no había visto en su vida. —A ese no le conozco de nada, lo juro por Snoopy.

El policía reprimió una sonrisa. —¿Y este? —Pasó el dedo por la pantalla para mostrarle a un rubio con cara de bueno.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Le conoce?

—Es el novio de Maggie.

—¿Maggie? —preguntó a toda prisa.

—Margaret Platt, es mi nueva ayudante. No me duran nada, ¿sabe? Cuando no meten la pata, se hartan de coger el teléfono. Son muchas las personas que trabajan allí y dicen que es desquiciante.

El sargento entrecerró los ojos. —¿Usted los conoce a todos?

—Es mi trabajo. Cojo el teléfono, recados, paquetes de ventas online, hago pasar a sus citas...

—Entiendo —dijo sacando una libreta—. Margaret Platt. ¿Cómo sabe que es su novio?

—Un día, al poco de que ella empezara a trabajar en la empresa, vi que desbloqueaba el móvil y le tenía de fondo de pantalla. Pero esa foto desapareció al día siguiente. Tenía dos gatitos. Me pareció raro, pero como acababa de conocerla creí que lo mejor era no profundizar en el asunto. A veces me duran dos días, creí que no volvería al día siguiente.

—Pero volvió.

—Sí, y eso que lo hace fatal. Yo intento darle ánimos, ya sabe, a ver si así se me espabila la chica, pero no tiene pinta de que dure mucho más.

—Así que la foto desapareció.

—Sí, pero volví a verle. Un día salí detrás de Maggie para ir hacia el metro y les vi, ella se subía a su coche.

—¿Qué coche?

—Un Mustang del sesenta y cinco.

Él levantó una ceja. —¿Sabe de coches?

Alargó la mano y cogió un montón de revistas del mueble que tenía al lado. —Mi padre es mecánico, lo he mamado desde niña.

Greg apostilló —Ese es un clásico precioso.

—Y además por si fuera poco mi padre siempre ha soñado con ese coche. Me pareció raro que alguien tan joven tuviera un modelo así.

—¿Por qué?

—Porque sus reparaciones son costosas, las piezas no son tan fáciles de encontrar como en otros modelos.

—¿Color?

—No llevaba el color original, su rojo era algo más oscuro.

—Menudo sacrilegio —dijo su padre por lo bajo.

—Sí, papá. Y no veas como llevaban los tapacubos, una guarrada. —Sonrió al policía. —A mi padre le gustan cromados, ¿sabe?

—¿Y cómo siendo mecánico todavía no lo ha conseguido?

—Porque nunca salgo de la ciudad y tengo el trabajo en el taller del final de la calle, ¿para qué lo querría?

—Entiendo.

—Prefiero gastar la pasta en el abono de los Knicks.

—Pensaba que sería más de beisbol.

—También me gusta, pero el baloncesto me entretiene más.

—Que no le mienta, que se lo ve todo, hasta el boxeo. —Se adelantó. —¿Mi jefe está bien?

Él levantó la vista de la libreta y asintió. —Han tenido que operarle, pero está bien.

Se quedó blanca. —¿Operarle?

—Para sacarle una bala del brazo.

—¿Y su tío? ¿Seguía allí?

—Sí, recibió un primer golpe que le dejó KO casi antes de empezar, pero al parecer no tiene lesiones de importancia.

—Pobre hombre.

—¿Cree que Maggie tiene algo que ver en el asunto? —preguntó su padre—. Porque sino mi hija no irá a trabajar.

—La que no creo que vuelva a trabajar es Maggie —dijo levantándose—. Gracias por su colaboración.

Inquieta se levantó. —¿Le dirá a mi jefe que dejé pasar a su tío?

Él sonrió abriendo la puerta. —Ese hombre no la ha delatado, no sé por qué debería hacerlo yo con lo que nos ha ayudado en el caso.

Sonrió. —Gracias.

—No, Zoe, gracias a ti —dijo de una manera que la sonrojó.

Cuando se fue de su casa se volvió hacia su padre. —Bueno, pues tampoco ha sido para tanto...

—Te ha tirado los tejos.

—Qué va.

—Hija, soy hombre y a ese policía le vas a volver a ver, te lo digo yo.

—Mejor voy a hacer las tartas que se hace tarde.

—Me gusta.

—¡Papá, déjalo ya!

—Y me gusta más que el otro, que lo sepas.

—Muy bien, papá...

Zoe llegó el lunes al trabajo sin tenerlas todas consigo sobre si aún tenía su puesto o no. Ignorando a todos los cotillas que rumoreaban sobre lo ocurrido, entró en la empresa saludando a Harry con un gesto de cabeza. Suspiró de alivio cuando no le comentó nada. A toda prisa fue hasta su mostrador y dejó su bolso en su taquilla en la habitación de la cafetera. Cerró la puerta y se sentó en su silla. —Lo conseguiste —dijo para sí acariciando su escritorio. Miró la silla de al lado e hizo una mueca porque el trabajo se multiplicaría, pero al menos tenía un sueldo a final de mes. Y seguiría viéndole.

Sin darse cuenta miró hacia la entrada y en ese momento Adler entró en la empresa con el brazo en cabestrillo. Oh, pobrecito,

eso quedaba fatal con su traje hecho a medida. Pero qué duro era, no faltaba a trabajar ni con tiro incluido. Entonces él miró hacia allí y cuando sus ojos coincidieron Zoe se quedó de piedra mientras su corazón se aceleraba a tope. Él caminó en su dirección. ¡Qué viene, qué viene! No era buena señal que la mirara por primera vez después del asalto. Ay, que se iba al paro. Mierda. Se puso de pie sonrojándose hasta la raíz del pelo y Adler se detuvo ante ella. — ¿Eres Zoe?

—Sí, señor McFerson.

Él entrecerró los ojos como si lo que viera no le gustara un pelo y nerviosa apretó las manos. —¿Puedo ayudarle en algo?

—Vengo a darle las gracias.

Parpadeó de la sorpresa. —¿Por qué?

—Por ayudar al esclarecimiento del caso, la policía me ha dicho que has sido clave para su resolución.

—¿Entonces al final Maggie estaba implicada en el asunto?

—Eso parece.

—Oh... —Forzó una sonrisa. —No tiene que darme las gracias, porque en realidad yo no he hecho nada. Pero nada de nada. Vamos que soy inocente, inocentísima.

Algo desconcertado por su respuesta asintió muy serio. —Lo sé.

Rio de los nervios. —Claro, lo sabe por eso me da las gracias. Bueno, de nada. Uy, ya suena el teléfono.

—Supongo que hasta que encuentren una sustituta estarás un poco ocupada, llamaré a recursos humanos para que lo resuelvan cuanto antes.

—Oh, no se preocupe, lo he hecho más veces. —Se puso los cascos. —Que pase un buen día, señor McFerson.

—Lo mismo digo. —Se alejó aún con el ceño fruncido y ella suspiró del alivio porque se había ido. Es que era la leche, tres años esperando a que la mirara una sola vez y tiene que pasar algo así

para que se dé cuenta de que existes. —¡Y te has comportado como una idiota!

—¿Qué ha dicho? —preguntó alguien al otro lado de la línea.

—Oh, no era a usted. A ver, ¿qué problema tiene? —dijo dejándose caer en su sillón.

—Pues me preguntaba si tienen algún apartamento en alquiler.

—Le enviaré un teléfono por mensaje de texto para que hable con nuestro agente. Buenos días.

Colgó antes de que pudiera darle las gracias siquiera y le envió el mensaje mientras contestaba a la siguiente llamada. —Roberts McFerson. ¿En qué puedo ayudarle?

—¿Quieres salir a cenar conmigo esta noche?

—Oye, no tengo ni idea de quién eres, pero te has equivocado de teléfono y de chica, amigo —dijo antes de colgar. —¿Roberts McFerson? Oh, enseguida le paso. De nada, buenos días. —Pulsó la extensión y volvió a descolgar. —¿Robert McFerson? ¿En qué puedo ayudarle?

—Soy Adler McFerson y acabo de llamar.

Separó los labios de la impresión antes de mirar el teléfono y ver que la extensión de presidencia estaba encendida. Mierda. —¿Acaba de llamar?

—Sí, y me has llamado amigo.

Se puso roja como un tomate. —Oh, disculpe señor McFerson, pero recibo un par de llamadas de esas al día y me he dado cuenta de que esa es la mejor manera...

—¿Un par de esas llamadas al día? ¿Hablas en serio? Tendré que enviar una circular a mis empleados sobre el acoso laboral.

—No, si no me acosan, lo pillan a la primera.

Le escuchó gruñir. —¿No me digas?

Hizo una mueca porque si él volvía a llamar es que no lo había pillado, o no se daba por vencido y eso era muy buena señal.

—¡Sí!

—Sí, ¿qué?

—Sí a la cena. —Hubo un silencio al otro lado de la línea. —
¿Señor McFerson?

—Te recojo en tu casa a las siete —dijo antes de colgar.

Se llevó la mano al pecho de la impresión. ¡Tenía una cita, tenía una cita con él! ¡Y todo gracias a la inútil de Maggie! Si la tuviera delante, le plantaría un beso en los morros. Loca de contenta contestó la siguiente llamada.

A la hora de la comida estaba atendiendo a un hombre en el mostrador cuando Adler salió del ascensor con su socio y amigo, Lewis Roberts. De la que pasaban ante ella la miró de reojo muy serio poniéndole el estómago del revés. ¡La había mirado, la había mirado!

—Señorita, ¿me firma en la pantalla?

Ella cogió el bolígrafo electrónico y firmó encantada. —¿Y dónde está el paquete?

Se agachó y con esfuerzo puso un paquete enorme en el mostrador.

—¿Pesa?

—Un montón. Creo que son mancuernas o algo por el estilo porque sino no lo entiendo.

—Genial. Si me lo pone aquí detrás...

El hombre gruñó rodeando el mostrador y lo dejó en el suelo al lado de la silla de Maggie. El paquete estaba a nombre de Mónica Crimble, una de las secretarias de dirección. Le caía fatal, siempre la miraba por encima del hombro. Echó un vistazo a su alrededor y como si nada cogió un abrecartas. ¿Qué sería? Se agachó de golpe y rajó los laterales de la caja, levantó las solapas y apartó el papel de burbujas. ¡Eran dos bolas de bolos! Cogió la roja por los tres

agujeros y la miró. Leche, aquello brillaba una barbaridad, debía ser de las buenas. La dejó en su sitio y al hacerlo las solapas ya no cerraban. Mierda. Intentó colocarla mejor y metió la mano intentando colocar el papel que rodeaba la bola que había debajo. Entonces vio algo en rosa chicle. Frunció el ceño y lo sacó lentamente. ¡Era un tanga! ¿Pero qué...? ¿De dónde enviaban el paquete? Cerró la solapa y vio que no era de ninguna de las compañías con las que trabajaban. —Fred Thompson —dijo por lo bajo. Alargó la mano para coger la cinta de embalar y la cerró a toda prisa—. Lo sabía. A mí no me la podíais colar. Así que estás liada con el jefe de abogados. Está casado, bonita.

—¿Zoe? —Daniel estiró el cuello sobre el mostrador y se miraron sorprendidos. —¿Qué haces ahí?

—Preparando un paquete. —Terminó de pegarlo y se levantó. —¿Qué haces tú aquí? —Gimió por el morado que tenía en el pómulo.

Él sonrió. —Sí, lo sé, duele tanto como parece. Vengo a darte las gracias por tu ayuda.

—Al parecer hubo lío.

—Y de los buenos, pero el chico se comportó como todo un hombre. Vendrá a ver a mi padre el fin de semana que viene y me preguntaba si tú también querías venir para conocer aquello.

—Oh, me encantaría, pero si voy...

Daniel perdió algo su sonrisa. —Claro, qué estúpido soy, si vas sabrán que me colaste tú.

—Por cierto, gracias por no chivarte.

—Es lo menos que puedo hacer.

Zoe sonrió. —Espero que todo vaya bien durante la visita.

—Tío, ¿qué haces aquí?

Miró tras él sorprendida porque hubiera vuelto ya. Adler se acercó sin quitarle ojo a su tío, que tenía una cara de culpable que no podía con ella. —Pues... he venido porque el viernes Zoe fue tan amable que quería agradecérselo.

—¿Y qué hizo de esa manera tan amable para que tengas que agradecersele? ¿Acaso era algo que no formaba parte de su trabajo?

—Bueno, yo no he dicho que no fuera parte de su trabajo.

—No, eso lo digo yo.

Volvió la vista hacia ella, que forzó una sonrisa como si fuera una loca. —Uy, las llamadas que tengo... —Descolgó el auricular. —Roberts McFerson, ¿en qué puedo ayudarle?

Adler siseó —Cuelga.

Lo hizo en el acto.

—Le ayudaste a subir a mi despacho, ¿no es cierto?

—¿Yo? No.

—¡Lo he visto en las grabaciones de las cámaras!

—Uy, pues entonces sí.

—Solo quería echarme una mano.

—Estaba desesperadito, el pobre.

—¿También dejaste pasar a los otros?

—¿Claro que no? Seguro que Maggie les consiguió una tarjeta de acceso para que entraran desde el garaje, ¿a que sí?

—¿Y tú cómo sabes eso?

¡Estaba desconfiando de ella! Y eso sí que no, una cosa era dejar pasar a la familia y otra muy distinta organizar un robo con tiros incluidos. —Bueno, no hay que ser muy listo porque por aquí no pasaron. ¿A que entraron por el garaje? ¿A que sí?

Gruñó antes de volverse hacia su tío que puso cara de ángel. —¿Te vas hoy?

—Oh, sí, tengo el vuelo por la tarde. A las cinco.

—Podemos comer juntos. Mi socio acaba de recibir una llamada de su esposa y está de parto, así que no tengo planes.

—Qué bonito, que la familia se reconcilie...

Adler levantó una ceja. —Disculpa, ¿qué has dicho?

Leche, menuda bocaza tenía. —Como no le había visto por aquí antes y llevo en este puesto tres años en los que me he vuelto indispensable...

—Nadie es indispensable.

—Cielito, yo sí. —Sonrió como si estuviera muy segura. — ¿Quieres probar? ¿Me das el día libre mañana?

—Ni de coña.

Soltó una risita. —Lo sabía. —Le guiñó un ojo haciéndole parpadear y Daniel rio por lo bajo. —Uy, se me ha metido algo en el ojo.

—Creo que os lleváis muy bien, ¿por qué no la llevas al rancho el próximo fin de semana? A tu abuelo le encantará conocerla.

—Tío, ¿tienes hambre o no?

—Sí, claro. Seguro que Zoe también tiene apetito.

Se acercó a él y siseó —Es una empleada.

—Una empleada muy guapa.

Zoe se había estirado sobre el mostrador para poner la oreja y los dos la miraron. Sonrió radiante. —Tranquilo jefe, que tengo mucho trabajo aquí. Además... —Levantó una bolsa de papel. —Me he traído la comida. Rollitos de atún con mayonesa y patatas guisadas.

—Eres toda una chef —dijo Daniel.

—Me gusta la cocina para desconectar del trabajo.

—Muy interesante. Tío, vámonos.

—Hasta luego, cielito.

Se tensó y le dijo a su tío —¿Por qué no me esperas en la puerta?

Él rio por lo bajo antes de decir —Me ha encantado conocerte, Zoe.

—Gracias, chato, lo mismo digo.

Cuando se alejó Adler volvió al mostrador. —Zoe...

—¿Sí, cielito?

—No me llames cielito, no lo soporto —dijo entre dientes.

—Oh, entonces te llamaré...

—No me llames de ninguna manera.

—Cuando se tiene una relación...

—Nosotros no tenemos una relación. Te he pedido salir a cenar, nada más, y te aseguro que empiezo a arrepentirme.

—Seré muy discreta —dijo mirándolo como si fuera a comérselo entero.

Él miró sus labios y gruñó enderezándose. Zoe sonrió radiante. —¿Amorcito? ¡Osito!

—Busca otra cosa —dijo antes de alejarse a toda prisa.

Casi chilla de la alegría. —Somos el uno para el otro... —canturreó—. Menos mal que ya se ha dado cuenta, me iba a hacer vieja esperando.

Capítulo 4

A las cinco en punto dejó a un cliente a la mitad de una frase y colgó el teléfono levantándose a toda pastilla porque tenía que ponerse mona. Quería dejarle con la boca abierta y solo tenía dos horas. De la que pasaba ante una tienda de camino al metro miró el escaparate y había un vestido entallado en rojo que dejaría a cualquiera con la boca abierta. Pero no sabía si era el correcto porque le había visto en fotos con otras que llevaban vestidos de ese estilo para marcar todas sus curvas. No, tú tienes que mostrarte como eres y nunca te has puesto algo así. Demasiado incómodo, tendría que estar tirando del vestido hacia abajo continuamente para no enseñar el culo. Decidió entrar y encontró un vestido de gasa también en rojo que llegaba por encima de las rodillas, se lo podría poner también para ir a misa los domingos. Satisfecha por cómo le quedaba, giró mostrando sus torneadas piernas. —Eso es todo lo que verás hoy, majo, que yo soy muy seria.

Pagó los noventa dólares que le costó el vestido sin sentir remordimientos porque tenía muy buena calidad. De camino al metro también compró unas sandalias ya que empezaba el buen tiempo. Las aprovecharía ya que eran negras y pegaban con todo. Cuando llegó a su casa gritó —¡Ya estoy aquí!

—Qué milagro es este que has llegado antes de tiempo.

Corrió hacia la habitación de su padre que estaba ante el ordenador y chilló —¡Tengo una cita con él!

Pasmado se levantó. —¿Con el jefe?

—¡Sí! —Se acercó y le abrazó loca de contenta dándole con las bolsas. —¿A que es genial? ¡En cuanto ha hablado conmigo dos palabras, zas! —Al ver la pantalla del ordenador frunció el ceño porque estaba en negro, pero en una esquinita había una ventana abierta que les mostraba a ellos. —¿Estás en una videollamada?

—No, qué va —dijo su padre exageradamente.

A ella no se la pegaba. —¿Quién es? —susurró.

—Hija, ¿por qué no vas a prepararte? —dijo incómodo empujándola suavemente hacia la puerta.

—¿Es una mujer? —preguntó aún sin salir de su asombro.

—¿Quieres irte de una vez?

—Jo, papá, yo te lo cuento todo.

—Sí, la que ha estado tres años enamorada del jefe y no me dijo ni pío. —Cerró la puerta ante sus narices. —¡Y no escuches!

Sin poder evitarlo estiró el cuello hacia la puerta para poner la oreja, pero su padre hablaba en voz baja. Leche, papá está chateando con una mujer... Entrecerró los ojos. A ver si era una lagarta de esas que solo quería sacar los cuartos a hombres ingenuos, solos y desesperados. Pero su padre no estaba solo, estaba ella. Vamos, Zoe, tienes que darte cuenta de que tiene cincuenta y seis años y necesita compañía femenina. Además, debes confiar en su criterio. Inquieta entró en su habitación sin hacer ruido y cerró la puerta. Pero durante todo el tiempo que estuvo duchándose y preparándose para la cita del siglo no se lo quitaba de la cabeza. Estuvo muchísimo rato hablando con ella porque solo escuchó la televisión cuando terminó de secarse el cabello. Después de maquillarse ligeramente como siempre, se echó el perfume que le regalaron sus amigas en el amigo invisible de las últimas navidades, cogió su bolso y se dispuso a salir. Su cabello caía en hondas hasta su trasero y al mirarse en el espejo del pasillo sonrió porque iba a llevarse una sorpresa. Miró su reloj de pulsera y nerviosa entró en el salón.

Su padre ante la tele con un sándwich en las manos silbó. — Hija, le vas a dejar con la boca abierta.

—Eso espero. —Al ver su sándwich gruñó. —¿En serio vas a cenar eso?

—En unos minutos empieza la serie que me gusta.

Puso los ojos en blanco. —Tienes lasaña en la nevera.

Ya pendiente de la tele asintió. —Sí, hija, sí...

Llamaron a la puerta y ella abrió. Dios, qué guapo estaba con ese traje gris. Se miraron de arriba abajo y sus ojos coincidieron. Él carraspeó. —¿Estás lista?

Jadeó. —¿Acaso no se nota?

—Sí, nena, se nota.

—Pasa, tengo que hacer algo antes de irme.

—¿Hacer algo? —Él entró en la casa.

—Papá, él es Adler, Adler mi padre, Greg Winston.

—Mucho gusto, señor Winston.

Su padre masticando entrecerró los ojos y ella le advirtió con la mirada. —Ignórale, hace eso con todas mis citas.

—Oh...

Le dio su bolso. —Enseguida vuelvo. Tú ponte cómodo.

Fue hasta la cocina a toda prisa y abrió la nevera sacando la fuente de la lasaña. En tiempo récord cortó un buen pedazo y lo colocó sobre el plato. Lo metió en el micro y mientras le cortaba algo de fruta estiró la cabeza para verles a los dos mirando la televisión sin hablarse. —Estupendo papá—dijo por lo bajo.

El micro sonó y sacó el plato a toda pastilla. Corrió hacia el salón, le puso a su padre delante la mesa portátil y el paño que llevaba en la mano. Antes de darse cuenta su padre tenía delante el plato de lasaña, algo de ensalada y la fruta con un botellín de cerveza.

—Hija, esto es mucho.

—No haberte comido el sándwich —dijo entre dientes antes de sonreír a Adler que seguía mirando la televisión de lo más interesado. Ella miró la pantalla donde salía un culebrón de los que le gustaban a su padre—. ¿Nos vamos?

—¿Crees que la hija es suya?

Ella iba a decir algo, pero su padre se le adelantó. —Qué va, esa es una arpía de la peor calaña. Seguro que es de su hermano, me huelo que estaban liados. ¿Qué te ha pasado en el brazo?

—Me han pegado un tiro, ¿tu hija no te lo ha dicho?

—Ah, sí, es verdad que me lo dijo. —Distraído pinchó el tenedor en la mesa en lugar de en la lasaña.

Zoe puso los ojos en blanco. —¿Nos vamos?

—Oh, sí, claro —dijo su cita como si no le apeteciera nada.

—Oye, si quieres quédate a ver el culebrón con mi padre.

Suspiró del alivio. —¿De veras no te importa? Estoy agotado y esa lasaña huele de miedo, ¿hay más?

—Claro que sí... —Sonrió levantando un dedito. —Espera un momento que enseguida te la sirvo.

Su padre miró a su cita de reojo mientras entraba en la cocina. —Eso no ha sido buena idea.

—Lo ha sugerido ella —dijo como si nada.

A toda prisa Zoe servicial le puso otra bandeja portátil ante él y le puso exactamente la misma cena. —¿Está bien así, cielito?

Él sonrió. —Sí, nena, perfecto.

—Espero que te encante. —Agarró su bolso del sofá y fue hasta la puerta de la casa mientras él cortaba una buena porción de lasaña y se la llevaba a la boca. —Que paséis buena noche.

Salió dando un portazo y él volvió la cara hacia Greg que dijo —Te lo dije. Chico, qué poco conoces a las mujeres.

Gruñó poniéndose en pie. —Ya me contarás qué pasa. —Se metió la lasaña en la boca y gimió de gusto.

—Buena, ¿eh? Mi chica cocina mejor que mi madre y eso ya es mucho decir. Pero se ha preparado para salir y ahí ya no la detiene nadie. Yo que tú me daba prisa porque sino no la vas a pillar. Cuando se cabrea es muy rápida.

Juró por lo bajo saliendo de la casa y el ascensor tardó una eternidad en llegar. Cuando llegó a la calle efectivamente ya no estaba. Juró por lo bajo mirando a un lado y otro. —Joder...

El martes entró en la empresa echando humo por las orejas del cabreo que tenía. Como no sabía qué hacer cuando había salido de casa, se había ido a casa de sus tíos para ponerle verde mientras comía el delicioso pollo que su tía había preparado para la cena. Pero cuando terminó, ni de broma iba a regresar a casa, no porque pensara que estaba allí esperándola, no, sino por orgullo, así que se puso a jugar a la videoconsola con su prima que estaba encantada de tenerla allí. Por pura vagancia se quedó a dormir después de avisar a su padre, claro, no quería que se preocupara y fue cuando se enteró de que Adler al final sí había cenado su lasaña, ¡incluso se había quedado a ver el segundo capítulo del culebrón! Y cuando esa mañana llegó a su casa para cambiarse, se enteró de que había conquistado a su padre, estaba encantado con él. ¡Tres años esperando una oportunidad y cuando la conseguía su padre se lo robaba ante sus narices! Y lo más gordo es que le había invitado a su partida de póker de los martes y el muy capullo había dicho que sí. Es que era para matarle, porque eso significaba que no iba a suplicarle perdón con una docena de rosas para que le diera otra cita esa noche, no, porque prefería jugar al póker con los amigos de su padre. Es que era tan surrealista que no se podía creer lo que estaba pasando. Con mirada sanguinaria intentó devanarse los sesos para vengarse. Porque esa humillación no se la perdonaba, ah, no. ¡Se había gastado cien pavos en un vestido y se había depilado las ingles por si tenía un momento de debilidad con él! ¿Ves como no

hay que darlo todo en la primera cita? Luego te llevas estos chascos. La próxima vez salía en chándal y con una coleta.

Dejó el bolso al lado de su ordenador y gruñó sentándose. —Será capullo —dijo por lo bajo—. Mira que dejarme por una serie de tercera. Esto te pasa por imaginarte que era un hombre de diez. Estará muy bueno, pero es un...

En ese momento entró él en la empresa y Zoe entrecerró los ojos antes de apartar la vista para coger sus cascos. Se los puso y pulsó para pasar la primera llamada. —Buenos días, Roberts McFerson, ¿qué puedo hacer por usted?

Él llegó hasta el mostrador y carraspeó. —Buenos días.

—Oh, disculpe, es que me reclama el jefe, ¿sabe? Y al parecer, aunque él puede hacer lo que quiera, los demás no podemos hacerle esperar. —Pulsó el botón de la consola y miró hacia él con una falsa sonrisa en los labios. —¿Necesita algo, señor McFerson?

—Eres muy rápida.

Ella parpadeó como si no supiera de lo que hablaba.

—Salí detrás de ti —dijo molesto—. Y ya no estabas.

—Tenía hambre y no quedaba más lasaña —dijo con burla—. ¿Algo más?

—Te esperé.

—¿De veras?

—Y no apareciste.

—¿Y?

—Que dónde estuviste, tu padre estaba preocupado.

Aquello era el colmo y molesta pulsó el botón con fuerza. —Ya estoy con usted, perdone las molestias. —De repente se echó a reír. —No, no me han despedido. ¿Qué tengo una voz sexy? —preguntó sorprendida—. Oh, pues...

Adler alargó la mano y cogió el auricular del teléfono para escuchar. El hombre dijo —Si quieres podemos quedar esta noche y

conocernos tan a fondo como tú quieras.

Se puso como un tomate mientras Adler gritaba al teléfono — ¡Esta es una empresa seria! ¿Pero quién te has creído que eres, capullo?

—¿Adler?

Su jefe no podía estar más sorprendido. —¿Will?

—Joder tío, me han robado el teléfono y aunque tengo otro, tu número no estaba en la nube esa y como comprenderás no recordaba el número de tu móvil. ¿Esa trabaja para ti? Tío, tiene pinta de ser una fiera en la cama.

Zoe jadeó mientras Adler siseaba —Te llamo en cuanto llegue a la oficina. —Colgó con fuerza y dijo —¡A ese tipo de llamadas les cuelgas y punto! ¡Nada de palique, estás aquí para trabajar!

Dejó caer la mandíbula del asombro mientras él iba hacia el ascensor. Bueno, aquello era la gota que desbordaba el vaso. —Te vas a enterar, cabrito.

Sonrió maliciosa. —Sí, claro que le paso. —En ese momento se encendió el botón de presidencia, pero lo ignoró por completo. — ¿Quiere hablar con el señor McFerson? No se preocupe que estará encantado de atenderla. —Pasó la siguiente llamada. Debía tener al menos cien en cola. Soltando una risita pulsó para que entrara la siguiente llamada y en ese momento llegó un repartidor. Se levantó para ver la etiqueta del enorme sobre y firmó sonriendo al chico. Lo cogió y lo metió entre los veinte que tenía allí, al parecer iban a tardar unos días en llegar a Adler porque no pensaba llamar al chico de los recados para que los repartiera, ese no era su trabajo.

Las puertas del ascensor se abrieron y la secretaria de su jefe salió echando chispas. Uy, uy, que venía chula, pues para chula ella. —No, lo siento, el señor Roberts no estará en unos días, ha sido padre. ¿Hablar con su secretaria? No va a poder ser, lo siento, se ha

ido a comer hace cinco minutos. Mejor llame la semana que viene.
—Colgó y sonrió a Lisa. —¿Necesitas algo?

—¿Pero tú de qué vas?

—¿Qué te pasa?

—¿Estás pasándome todas las llamadas que piden hablar con el señor McFerson?

—Bueno, mi función es derivar las llamadas al departamento correspondiente, eso pone mi contrato. Llegan a mí y yo las envío a las distintas extensiones y eso he hecho.

—¿Y te quedas así? ¿Tan pancha? ¡Estás retrasando mi trabajo y por lo tanto el trabajo del jefe!

—Uy, lo siento.

—Maja, ¿tú quieres guerra?

—No, ¿cómo puedes pensar eso con lo bien que nos hemos llevado en tres años?

Lisa entrecerró los ojos. —Vale, ¿qué pasa?

—Me dejó plantada —dijo entre dientes.

Abrió los ojos como platos. —¿No hablarás del jefe?

Se levantó y susurró —Ayer me pidió una cita y después de ponerme mona se presenta en casa para sentarse a ver la tele con mi padre. Prefería cenar lasaña y ver el culebrón a salir conmigo. Y eso sí que no.

—Leche, menudo chasco. Siempre pensé que era de esos que primero te empujan contra la pared y después te da de cenar fresas tumbada en su cama.

—Pues ya ves.

—Vale, estás cabreada, pero yo no tengo la culpa.

—Pues pásaselas a él —dijo maliciosa.

—Ni de coña, no quiero quedarme en el paro, tengo dos hijos que mantener.

—Yo solo hago mi trabajo.

Lisa entrecerró los ojos. —¿Quieres vengarte?

—Claro que sí.

—Mañana tiene una cena de negocios en Warrens. Imagínate que llega allí y no hay mesa, ni invitados ni cena porque alguien se ha encargado de anularla. Se cabreará muchísimo, te lo digo yo.

—Se te ha olvidado prepararlo todo para la cena, ¿no?

Gimió. —Y ya no hay mesa, me va a matar. Si cargas tú con las culpas, yo no me voy a quejar, te lo aseguro.

—Me gustaría conservar el trabajo, gracias. —Sonrió maliciosa. —Pero se me ha ocurrido algo. ¿Si te consigo esa mesa qué harías por mí?

—Lo que sea, seré tu esclava.

—No necesito tanto, con que finjas una llamada y hables de mí, me daré por satisfecha y no te pasaré más llamadas innecesarias.

—Hecho.

Adler abrió la puerta de su despacho dispuesto a irse y para su sorpresa su secretaria todavía no se había ido y era porque estaba hablando por el móvil en el cuarto auxiliar que tenían para la cafetera y las cosas de oficina. Adler caminó hasta la puerta de cristal y escuchó —Te digo que sí —susurró su secretaria a su móvil—. Zoe no tiene problema con eso, te lo aseguro.

Se detuvo en seco y miró hacia la puerta.

—¿Que si es trabajadora? Mucho más que yo, ya verás cuando la tengas en tu equipo, te encantará trabajar con ella.

Frunciendo el ceño caminó lentamente hasta el escritorio para escuchar mejor.

—Es maravillosa, aquí van a llorar lágrimas de sangre por no haberla tratado como merecía, te lo aseguro. Sin ella la centralita será un auténtico caos. —Se pasó unos segundos en silencio. —No,

todavía no se ha decidido a aceptar el trabajo, pero hoy en la comida la vi más receptiva. Estaba algo disgustada por un capullo insensible.

Alder entrecerró los ojos.

—Sí, de acuerdo, ya te llamo si me da el sí definitivo.

Salió del cuarto y se detuvo en seco al ver a su jefe. —Oh, me voy, jefe.

—¿Qué hacías? —preguntó mosqueado.

—Hablar con un amigo, lo he hecho fuera de mi horario, jefe. —Cogió su bolso —Bueno, hasta mañana. —Sonrió. —Recuerde que mañana tiene la cena.

—Lo recuerdo perfectamente —dijo entre dientes.

—Estupendo. ¿Baja?

—Sí, sí que bajo.

Ya en el ascensor Lisa pulsó el botón del hall y le miró de reojo, ponía esa cara cuando le estaba dando vueltas a algo hasta que encontraba la solución.

—¿No se sabe nada de recursos humanos? —preguntó él de repente.

—¿Recursos humanos? —preguntó sin entender.

—Para reemplazar a la chica de recepción.

—Oh, pues no lo sé, eso es cosa de ellos.

—Quiero que ese problema se solucione cuanto antes. La recepcionista que hay ahora ya trabaja mucho como para cargarla también con el trabajo de otra persona.

—Sí, jefe. Mañana me encargo de preguntar. —Las puertas se abrieron y saludó con la mano a Zoe, que sonrió para perder la sonrisa poco a poco hasta lanzarle puñales con los ojos. Y como si no le hubiera quedado claro que no quería ni verle, entró en el cuarto que había tras ella y cerró de un portazo.

—Estupendo —dijo entre dientes antes de ir hacia la salida.

Zoe dentro del cuarto descolgó su teléfono. —¿Cómo ha ido?

—Mañana tengo que encargarme de llamar a recursos humanos —contestó Lisa divertida.

Jadeó. —¿Solo eso?

—Es evidente que quiere aliviar tu trabajo, es lo primero que se le ha ocurrido para que no te vayas. Pero no va a quedarse ahí, su mente está trabajando, espera y verás.

—¿Y eso qué quiere decir?

—¿Conociendo al jefe? Aumento de sueldo y alguna sorpresilla más. Por la cara que puso no va a dejarte escapar.

Se sonrojó de gusto. —¿Eso crees?

—Amiga, le conozco, cuando algo se le mete en la cabeza no para hasta conseguirlo. Así que para que te vayas de Roberts McFerson, tendrás que hacerlo por encima de su cadáver.

Capítulo 5

Unas risas dentro de su piso hicieron que gruñera. Metió la llave en la cerradura y cuando entró los hombres que estaban en la mesa de póker volvieron la vista hacia ella. ¡No se lo podía creer, todos estaban fumando puros! El humo era tan denso que no sabía cómo no había saltado la alarma de incendios. —¿Pero qué hacéis? —gritó cerrando de golpe. Asombrada miró al padre Morton y corrió hacia él para arrebatarse el puro, aunque el cura intentó apartar la mano—. ¡Traiga aquí, leche!

—Hija, no...

Le miró como si fuera el anticristo y el cura le dio el puro en el acto. —¿No le da vergüenza? ¡Ha tenido dos amagos de infarto! —Examinó el puro y era de los caros. Miró a su jefe como si quisiera matarle. —¿Tú le has dado esto?

—Es un Montecristo.

—¡Con esto no va a subir el monte, va a subir al cielo y conocerá a Cristo en persona!

Con descaro Adler le dio una calada al puro y le echó el humo. Zoe le pegó un manotazo que no le metió el puro hasta la garganta de milagro y los demás tiraron sus puros en uno de los vasos en un visto y no visto.

—¡Abrid la ventana, me vais a apestar toda la casa! —gritó mientras Adler hacía una arcada intentando sacarse el puro de la boca.

—Hija, ¿qué tal el aerobio?

Le fulminó con la mirada y él carraspeó. —Ya veo que no te ha relajado, ya.

El portazo del baño se lo dejó claro y todos, el tío de Zoe incluido, miraron a Adler como si fuera idiota. —Yo no he hecho nada, ella se fue corriendo.

—¿A quién se le ocurre ponerse a ver el culebrón? —preguntó el cura.

—Si estuviera trabajando doce horas al día y le doliera el brazo como si se le fuera a caer en cualquier momento, igual necesitaría sentarse a relajarse un poco. Estaba agotado. Host... —El cura levantó una ceja y Adler carraspeó. —Pues eso.

—¿A ti te gusta mi sobrina?

—Claro que sí.

Escucharon que se abría la puerta y todos carraspearon. —Voy... —Disimulando tiró unas fichas en el centro cuando no era ni su turno, mientras de reojo veía como con un pijama de corazoncitos pasaba hasta la cocina.

En cuanto entró escucharon —Menudo desastre de cocina.

El cura se levantó y su padre le cogió del hombro para que se sentara. —Ni se te ocurra desertar ahora —dijo entre dientes.

—¿Habéis cenado? —gritó de una manera que había que ser muy valiente para decir que no.

—Tranquila, cielo, luego haré unos sándwiches o algo.

—Sí, sí —dijeron los demás.

—¡Ya, para que después me lo ensuciéis todo de nuevo!

Escucharon golpes de una sartén chocando con algo.

—Venga, levanta y vete a hablar con ella —dijo su tío—. Ahora no puede escapar.

—Sí, con todos escuchando.

Su padre reprimió la risa. —El chico tiene razón, dejadle a él que seguro que no le ha ido mal en la vida. Tiene pinta de conquistador.

El cura y el tío Curtis rieron por lo bajo.

—Muy agradiosos. Sí, muy agradiosos.

—Este nunca se ha encontrado a una como nuestra Zoe —dijo el cura.

De repente un aroma empezó a invadir la estancia y Greg sonrió. —No, como mi niña no hay ninguna. ¿Por qué crees que le ha echado el ojo?

—¿Qué está haciendo?

—Te vas a chupar los dedos, son sus famosas alitas de pollo picantes —dijo el cura casi relamiéndose de gusto.

De repente apareció en el salón llevando una bandeja y la dejó sobre la mesa al lado de Adler. Les puso un cuenco a cada uno con guacamole y otros dos cuencos más con nachos y zanahorias con apio. Adler asombrado vio cómo se largaba de nuevo. —¿Ha hecho esto en dos minutos?

—Mi hija ya lo tenía preparado, estoy convencido. —Su padre cogió un apio y lo metió en su cuenco. —El guacamole lo hace ella también. Le gusta mucho cocinar, se puede pasar horas ahí dentro.

Adler cogió un nacho y saboreó el guacamole. —Joder, podría poner un restaurante. —Al darse cuenta de lo que había dicho se disculpó —Perdón, padre.

—Chico, si algo merece un buen taco es la comida de la niña. Si vengo cada martes es solo por eso.

—¡Eh...! —protestaron los demás haciéndole reír.

—Venga, juguemos —dijo Curtis—. Tengo que sacaros la pasta, mi hija quiere un ordenador nuevo.

—¿Y eso? —preguntó su hermano tirando cartas sobre la mesa antes de ponerse a repartir.

—Una estúpida que la empujó al salir del instituto y Glory se cayó encima de la mochila rompiéndolo.

Adler entrecerró los ojos. —Pues entonces es esa chica quien debería pagarlo.

—Sí, pues podemos esperar sentados porque sus padres no tienen un dólar. Lo que más me jode es que cuando la directora llamó la atención a la alumna y a sus padres, esos idiotas pasaron de todo. Y encima se fueron pegando gritos diciendo que nos iban a demandar a nosotros.

—¿Qué has dicho? —Zoe sacó la cabeza de la cocina con una cara de mosqueo que daba miedo. —¿Quién se ha metido con Glory, tío?

Curtis carraspeó. —Nadie, no te preocupes.

—¿Que no me preocupe? No, claro que no. —Entró de nuevo en la cocina y al minuto salió de ella para ir hacia las habitaciones.

Curtis gimió y su padre susurró —Bocazas.

—A su Glory no la toca nadie —le explicó el cura—. Es su prima pequeña y la ha cuidado siempre. Que se prepare el que le toque un pelo.

En ese momento pasó ella con el móvil al oído diciendo —No, claro que no, pero tú dime quién es para que le diga dos cositas. —Entró en la cocina. —Espera, que voy a sacar las alitas y voy para allá, que ya me estoy oliendo quien es...

Adler entrecerró los ojos. —¿No pensará ir ahora?

Su padre gimió por lo bajo. —Chico, distráela porque vamos a acabar en comisaría.

—Ay...

Ella sacó la cabeza con el móvil al oído y al ver que se tocaba el brazo como si le doliera muchísimo dijo —Glory, te llamo ahora. —Se acercó a toda prisa. —¿Qué ocurre?

—No sé, me están dando pinchazos muy fuertes.

—¿De veras? Déjame ver. —Desenganchó el cabestrillo y abrió los velcros antes de que pudiera evitarlo.

—No creo que...

—Mi hija hizo un curso de enfermería.

—¿De veras?

—Sí, lo dejé porque no soporto la sangre. Pero no la sangre en las postillas y eso, sino la sangre que sale a borbotones con heridas abiertas. —Hizo una mueca. —Desgraciadamente me di cuenta demasiado tarde y perdí un año de mi vida.

—No fue una pérdida de tiempo, hija, tomas la tensión como nadie.

Le quitó el cabestrillo y entrecerró los ojos. —Algo no me huele bien. —Se acercó al brazo e inhaló.

Adler carraspeó. —Me he duchado a conciencia esta mañana y te aseguro que me pongo desodorante.

—No es eso. Quítate la camisa.

—Hija, no creo que... —dijo el cura antes de carraspear.

—Padre esto es una emergencia, le duele muchísimo. —Como si fuera un niño empezó a desabrocharle la camisa. Tuvo que ignorar el vellito negro que empezó a dejar a la vista y cuando rozó sus pectorales se dijo que menuda suerte tenía de tocarle, aunque solo fuera de refilón. Pero luego llegaron los morados de los golpes recibidos. Otro estaría baldado, pero él no había mostrado en sus movimientos que le dolieran demasiado. Serían cabrones.

—Bueno, si insistes...

—Insisto. —Tiró con cuidado de su camisa para sacársela del pantalón y cuando movió el brazo para sacarlo de la manga se le fue la libido de golpe porque en sus clases de enfermería había visto un caso así y el resultado no había sido el más idóneo. El color algo enrojecido de su piel al borde de la venda la alertó. —Papá tráeme las tijeras del botiquín. Esas tan carísimas que tuve que comprar para el curso.

Al ver la seriedad en su rostro se levantó de inmediato. Adler sonrió divertido. —Tampoco es para tanto.

—¿Te estás tomando el antibiótico?

Él perdió la sonrisa poco a poco. —He perdido las pastillas.

—Y no has ido a la revisión, ¿no es cierto?

—Nena, he estado muy ocupado. Pensaba ir mañana.

Le puso la mano en la frente y estaba ardiendo, lo que la preocupó aún más si eso era posible. —¿Te duele? Dime la verdad.

—Sí, bastante.

Su padre le tendió la tijera y Zoe sin perder el tiempo empezó a cortar la venda por encima del codo. Para todos fue evidente el cambio de color de su piel al primer tijeretazo. —Dios mío... —dijo el cura.

Adler se tensó. —¿Nena?

—Espera, quiero verlo bien. —Abrió la venda del todo y al quitar la gasa con cuidado le escuchó gruñir porque estaba pegada a la herida. —Lo siento.

—Hostia —dijo su tío levantándose—. Está infectada.

Su jefe hizo una mueca. —Sí, no tiene buena pinta.

Tenía la zona muy inflamada y enrojecida. Pero no solo eso porque los puntos mostraban pus y sangre. Un punto se había abierto. —Vaya, no solo no tomas la medicación, sino que has hecho esfuerzos. —Se acercó. —¡Se te ha abierto un punto! —gritó en su cara—. Nos vamos al hospital.

—Sí, chico —dijo el cura—. No tiene buena pinta.

Cabreadísima atravesó el salón. —Esto es la leche, está claro que no sabe cuidarse solo. Primero le atracan, le pegan un tiro y ahora esto...

Adler iba a decir algo, pero los tres negaron con la cabeza vehementemente. Su padre susurró —Cuando se ponga así nunca le lleves la contraria, porque tiene razón y te dará un discurso que te volverá loco. Chico, aprende a cerrar el pico o te irá muy mal con mi hija.

En ese instante Zoe salió con un vestido de flores y unas deportivas. —¿Todavía estás así? ¿Por qué no le habéis ayudado a ponerse la camisa? —Gruñó acercándose y cogió la camisa para meterle el brazo por la manga con sumo cuidado. Él metió la otra y antes de darse cuenta ya le estaba abrochando los botones. —Enseguida te tratarán y te pondrás bien.

—¿Me lo estás diciendo a mí o te lo dices a ti misma? —preguntó él con voz grave.

Levantó la vista hasta sus ojos y apretó los labios antes de apartarse. —¿Vamos? Ya he llamado al taxi.

Él cogió la chaqueta de su traje y dijo —Siento lo de la partida de póker.

—La haremos otro día —dijo su padre.

—¿Has oído, nena? Estoy invitado para otro día.

Ella estaba pensando en que ahora entendía muchas cosas, la infección y que se encontrara mal había influido en que le pidiera una cita, en que se quedara con su padre a ver el culebrón y en lo de la timba de póker con su familia. Entraron en el ascensor y ella nerviosa pulsó el botón del bajo.

—¿Hace mucho que vivís aquí?

—Toda la vida. Mi vida. Mis padres se mudaron poco antes de que naciera.

—¿Y qué le ocurrió a tu madre?

Apretó los labios. —Murió cuando tenía once años. Un día volví del colegio y ya no estaba. Le dio un ictus y se derrumbó en el trabajo, era peluquera. Mi padre no fue capaz de levantarse de la cama en una semana después del funeral.

—Lo siento, nena.

Forzó una sonrisa. —Me juré a mí misma que si algún día me casaba, sería con un hombre que me amara como mi padre la amaba a ella. En esos once años solo tengo recuerdos felices y quiero que mi vida sea igual. —Salió del ascensor y él se la quedó mirando.

Zoe se volvió. —Vamos, tenemos que irnos.

—¿Por eso intentas ser la hija perfecta para tu padre?

—¿Pero qué estás diciendo? —Se acercó y cogió su otro brazo tirando de él fuera del hall del edificio.

—Para suplir su ausencia. Cocinas como un chef, supongo que tu madre también cocinaba... Siempre estás pendiente de él, en realidad de todos, como de esa prima tuya. Intentas protegerles a todos, es tu familia, no quieres perder a ninguno más.

—Vale, la psicología se te da fatal.

—¿Eso crees? —Ella abrió la puerta del taxi y entró. —Puede que sí. Nena, estoy algo mareado, el puro no ha debido sentarme bien.

Cerró la puerta y corrió al otro lado del taxi para entrar. —Al Presbyterian, rápido.

—¿Sabes? Siento lo de la cita de ayer. —Suspiró cerrando los ojos. —Estaba cansado.

—Lo entiendo —dijo preocupada—. No te preocupes por eso. Por favor, dese prisa.

—Me doy toda la prisa que puedo, señorita.

Adler cogió su mano. —Estoy bien.

Zoe forzó una sonrisa y se la apretó. —Claro que te pondrás bien. Soy algo exagerada, ya me irás conociendo.

—Lo estoy deseando.

Le dio un vuelco al corazón. —¿De veras?

—Sí, nena, de veras. —Levantó su mano y se la besó como todo un caballero poniéndole el estómago del revés porque no dejaba de mirar sus ojos. —Tengo la sensación de que eres lo que siempre he buscado.

—No sabes nada de mí —consiguió decir.

—Lo que sé me ha impresionado, te lo aseguro.

Se sonrojó de gusto. —Dime lo mismo cuando ya no tengas fiebre.

Él sonrió. —¿La tengo?

—Estás ardiendo.

—Eso es porque estás a mi lado.

—Ay, madre... —dijo mientras su corazón casi se le salía del pecho. Miró al frente y gritó —¿Quiere darse prisa? ¡Está delirando!
—El taxi frenó en seco y al ver la entrada del hospital dijo —Ah, que estamos aquí.

—Sí —dijo el chófer irónico.

Sacó dinero de su cartera a toda prisa y le tendió veinte dólares antes de salir del coche como una exhalación. Rodeó el vehículo y abrió su puerta. —Nena, eso tenía que hacerlo yo.

—Otro día. —Le cogió del brazo sano. —Otro día haces lo que quieras, ahora déjame a mí.

—De acuerdo. —Entraron en el hospital y fueron hasta la recepción. —Tiene una herida de bala en el brazo, se le ha infectado, está muy mal y tiene fiebre alta.

Le dio una tablilla. —¿Pueden rellenar esto?

—Oiga, le aseguro que Adler McFerson puede pagar la atención, de hecho, ipuede comprar todo el maldito hospital, así que llame a alguien ya!

La chica iba a protestar y Adler dijo —Llame a Henry Hopson y dígame que estoy aquí.

La recepcionista separó los labios y levantó el teléfono a toda prisa.

Zoe se acercó a Adler. —¿Henry Hopson? ¿Quién es ese tío?

—El director del hospital.

—¿Conoces al director del hospital?

—Doné un millón el año pasado y me dio las gracias efusivamente la última vez que le vi, supongo que no me habrá olvidado todavía.

La chica colgó el teléfono. —Nuestro cirujano de guardia ya viene para acá.

Levantó una ceja mirando hacia Adler que sonrió con ironía.

—¿Cómo es?

—¿El qué, nena?

—Ser un chico normal y corriente que ha llegado ahí arriba. ¿Qué se siente en la cúspide?

Apretó los labios. —Soledad.

Separó los labios de la impresión, pero en ese momento llegó un médico vestido con un pijama azul y se acercó a toda prisa. — ¿Señor McFerson? Por favor, vengan por aquí.

—Al parecer mi novia considera que he sido negligente con mi medicación y estoy pagando las consecuencias.

¿Novia?, preguntó para sí pasmada mientras les seguía.

—Lo solucionaremos, no se preocupe.

Pasaron de la zona de urgencias y los metieron en una sala que tenía puerta y no una cortina. Seguramente para que tuvieran intimidad.

—Veamos lo que ocurre...

—Me operaron hace cuatro días. No, cinco... El viernes por la noche.

—Ha perdido las pastillas y no se ha tomado la medicación — dijo ella a toda prisa.

—Entiendo.

—Nena, ¿me ayudas? No quiero forzar más el brazo.

Dejó el bolso sobre la silla y se acercó para desabrocharle la camisa. Ahora entendía cómo se había roto el punto, abrochándose la camisa él solo. Ayudó a que la sacara por el brazo y el cirujano apretó los labios al ver la herida. —Esperen aquí un momento, vuelvo en dos minutos.

—Por la cara que ha puesto, es evidente que no tiene buena pinta.

—No te preocupes. Ahora hay antibióticos que son una bomba. —Apartó la vista de su pecho y se alejó lo que pudo. Mala idea, tenía una vista aún mejor de todo el conjunto y era como para que le temblaran las piernas de gusto.

Él se sentó en la camilla. —¿Crees que tardará mucho?

—Seguro que no. ¿Por qué has dicho eso? —preguntó nerviosa.

La miró sin comprender.

—Eso de que soy tu novia.

—Ah, para abreviar. Si le digo que eres una empleada a la que le he pedido una cita y que la he fastidiado, lo vería raro, así que he decidido resumirlo porque eso es en lo que te convertirás.

Sin aliento y con el corazón a mil susurró —Vale, que te pongan el antibiótico ya. —Fue hasta la puerta y sacó la cabeza. —¿Dónde estará este hombre?

—¿Quieres venir conmigo a Texas este fin de semana? A mi tío le gustaría verte de nuevo.

Sorprendida le miró. —Que te encuentres con tu abuelo después de tantos años es un momento muy delicado e íntimo, no sé si...

—Quiero que vengas.

Mordiéndose el labio inferior se acercó a él. —Adler, deberías...

La cogió por la cintura colocándola entre sus piernas y se miraron a los ojos. —Tu padre me cae bien, preciosa.

Parpadeó por el cambio de tema. —Me alegro mucho.

—Pero te aseguro que podría haber hecho cosas mucho más interesantes que jugar al póker en mi tiempo libre. —Su mano acarició su cintura haciendo que las mariposas que tenía en el estómago se volvieran locas. —Quería verte, arreglarlo...

—¿De veras? —consiguió susurrar mientras esa mano se deslizaba hacia su trasero y no pudo evitar cerrar los ojos del gusto. Sintió su aliento sobre sus labios.

—De veras. —Rozó sus labios. Zoe los separó sin darse cuenta y él besó su labio inferior haciéndola suspirar justo antes de que entrara en su boca saboreándola. Fue tan intenso, tan abrumador que tuvo que sujetarse en sus hombros. Sentir su piel la

volvió loca y su respiración se agitó mientras él gruñía pegándola con pasión a su pecho.

De repente Adler se apartó y medio mareada protestó queriendo besarle de nuevo. Alguien carraspeó y Zoe se dio cuenta de que el médico estaba allí con una enfermera. —Oh...

Adler sonrió. —Le gusta aprovechar el tiempo.

Se puso como un tomate. —Muy gracioso.

La enfermera preguntó —¿Me permite?

—Sí, claro.

Se alejó todo lo que pudo y forzó una sonrisa a la enfermera que no debía estar en su mejor día porque no le correspondió. Esta dejó la bandeja de acero que llevaba en las manos sobre un carrito y lo acercó a Adler. —¿Limpio la herida, doctor?

—Prepara la lidocaína, 70 miligramos.

La enfermera de manera eficiente cogió la jeringuilla y un botecito pinchándolo. Cuando sacó el volumen que le había pedido, se la entregó al cirujano que dijo —No ha debido tardar tanto en venir.

—He estado muy ocupado.

—Debe dolerle horrores —dijo la enfermera mientras el cirujano pinchaba alrededor de la herida varias veces.

—Es soportable.

Zoe apretó los labios observando atentamente todo lo que le hacían y cuando el cirujano apretó ligeramente la herida este preguntó —¿Le duele?

—Cada vez menos.

El cirujano apretó con más fuerza y un líquido amarillo se deslizó por su piel. —Gasas.

La enfermera se las entregó.

—Será mejor que se tumbe porque voy a tener que quitar dos puntos. Prepara el instrumental para un desbridamiento hay que quitarle esa infección en la medida que podamos.

Mientras se tumbaba Zoe preocupada se acercó a la cabecera y él la miró. —¿Saben que mi novia estudió un año de enfermería? —dijo él mientras el cirujano cogía un bisturí.

—¿No me diga? —preguntó el doctor cortando en la herida.

—Sí, pero lo dejó, al parecer no le gusta ver sangre a borbotones.

Zoe con los ojos clavados en lo que le estaban haciendo, vio como la sangre caía por su brazo hasta manchar la sábana que tenía debajo. Perdió todo el color de la cara antes de caer tan larga como era sobre el suelo de linóleo golpeándose la cabeza con el marco de la puerta. —¡Hostia! —Adler se sentó de golpe. —Nena, ¿estás bien?

El cirujano y la enfermera miraron hacia Zoe que estaba sin sentido. —Enfermera, que la preparen para un escáner.

Capítulo 6

Se despertó cuando la trasladaban y ella dijo que se encontraba bien, aunque al parecer el porrazo había sido de aúpa, pero no le hicieron ni caso. Tuvo que soportar la puñetera prueba para que le dijeran que no tenía nada más que un chichón enorme encima de la nuca. Una residente le estaba diciendo que debería quedarse en observación cuando la puerta se abrió y entró Adler que muy serio preguntó —¿Cómo está?

—No se quiere quedar en observación.

—¡No tengo nada! ¡Solo ha sido un estúpido desmayo y están exagerando!

—Ha sido un buen golpe, nena. —Acarició su cabeza. —Te diste con el marco y... Joder, ¿qué coño es eso? —Fulminó a la doctora con la mirada. —¿Y dice que no tiene nada?

—Nada de importancia. Le dolerá unos días, pero se repondrá. De todas maneras, debido al desmayo yo recomendaría que se quedara esta noche.

—Sí, lo que me faltaba, y preocupar a mi padre. —Se bajó de la camilla mostrando su bata de hospital. —¿Dónde está mi ropa?

—Zoe...

—Ni de coña. No, y no hay más que hablar. Quiero el alta.

Adler apretó los labios cuando la doctora salió del box.

—¿Y tú cómo estás? —Cogió su brazo con cuidado. Su camisa estaba remangada lo suficiente como para mostrar parte del vendaje bajo la camisa. —¿Te duele?

—No, además me han dado pastillas para eso. —Él dejó la chaqueta sobre la camilla y acarició su mejilla. —¿Y a ti?

—Bah, esto no es nada. Si hubieras visto las leches que me metí cuando estaba en mi primer año, te sorprenderías. Una vez tuvieron que sacarme un bisturí del omóplato porque caí sobre el carrito. —Se volvió y apartó la bata. —¿Ves?

Él pasó el pulgar sobre la cicatriz. —Una profesión peligrosa. —Bajó la mirada por su espalda hasta su trasero desnudo y levantó una ceja. —¿Una mariposa, nena?

Se puso como un tomate. —Tontunas adolescentes. ¿Tú tienes tatuajes?

—No. No tuve demasiadas tontunas adolescentes —dijo antes de apartarse.

Zoe se dio cuenta de que se había molestado y no sabía muy bien por qué. Igual estaba agotado y era normal. —¿Dónde estará mi ropa?

—Una enfermera cogió tu bolso cuando te levantaron del suelo y lo metió en una bolsa.

—¿Una bolsa? —Miró a su alrededor y la encontró en una silla. Allí estaba su vestido, su ropa interior y sus deportivas. Se las puso a toda prisa y al mirarle de reojo vio que se había dado la vuelta mirando su móvil. Aprovechó para ponerse las braguitas y se quitó la bata a toda prisa para ponerse el vestido sin sujetador. Lo metió en el bolso y se volvió con él en la mano. Adler la observaba y se puso como un tomate. —¿Nos vamos?

En ese momento llegó la doctora con un papel en la mano. —Aquí tienen las pautas a seguir. Si se mareo o...

—Sí, sí, ya me lo sé. —Cogió el papel. —Gracias. Vamos cielo, tienes que estar agotado.

Y lo demostró porque mientras salían del hospital no dijo palabra. Afortunadamente llegó un taxi en ese momento y dejó a unos pasajeros. Ellos se subieron y Adler dijo —A la quinta con la octava.

—¿Te han dado medicación?

—Sí, pero hasta mañana no tengo que tomar nada. Y me han dado las pastillas del desayuno. —Le guiñó un ojo provocando su sonrisa. —Estaba pensando...

—¿Qué?

—Ya que necesitas vigilancia, podemos vigilarnos el uno al otro.

—¿No me digas?

—Nena, no estoy para muchos trotes y alguien tiene que vigilar que no me suba la fiebre. —Pasó el brazo sano por su hombro y la besó en la sien. —Y alguien tiene que vigilarte a ti.

—Mi padre...

—No creo que se escandalice, es tu buena acción del día.

—Creo que mi buena acción ha sido llevarte al hospital.

—Esa fue la primera parte, ahora tienes que terminar el trabajo.

Ella tampoco quería dejarle. Le aterraba la posibilidad de que cuando le bajara la fiebre, se diera cuenta de que ella no era lo que realmente quería. Había estado enamorada de él tres años y había llegado el momento de arriesgarlo todo por conseguir que la amara. —Muy bien.

Adler sonrió antes de darle un suave beso en los labios. —Haré que mañana mi chófer te lleve a casa. Y puedes tomarte el día libre. De hecho, no hace falta que vayas hasta el lunes, tendrás que arreglar cosas para el viaje a Texas.

—Adler...

—Tienes que venir, nena. Tengo la sensación de que te necesito conmigo.

Debía estar preocupado por la reunión y quería su apoyo. ¿Si no le apoyaba ahora cuándo iba a hacerlo? —Está bien, iré.

—Será mejor que llames a tu padre, para que no se preocupe.

El taxi se detuvo y Adler pagó mientras ella llamaba a su padre. —Hija, ¿estáis bien?

—Sí, papá. Es que Adler tiene mucha fiebre y voy a pasar la noche en su casa para asegurarme de que no le sube más.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea y ella saliendo del taxi susurró —No te preocupes.

—Soy tu padre, no puedo evitarlo. ¿Estás segura de esto?

—Sí, papá. Ya te lo dije.

—Como te haga daño, le capo.

Sonrió. —De eso estoy segura. Te quiero.

—Y yo a ti, mi niña, por eso quiero que tengas cuidado porque eres lo más importante en mi vida.

—Lo sé, papá. —Adler la cogió por la cintura para llevarla hasta el portal del edificio que hacía esquina. —No te preocupes —dijo distraída mientras el portero de noche les abría la puerta.

—Hasta mañana, cielo.

—Hasta mañana —dijo antes de colgar.

—¿Preocupado? —Adler pulsó el botón del ascensor.

—Lo normal. Ha dicho que como te pases de la raya te capa.

Rio por lo bajo. —No esperaba menos.

Entraron en el ascensor y él pulsó el último botón.

—¿El ático? Qué predecible, jefe.

—Cuando conseguí mi primer trabajo arreglaba casas. Este fue el primer piso en el que hicimos una reforma y cuando miré por esa terraza me dije que algún día sería mío.

—Tuyo como otras mil propiedades más en toda la costa este.

—Al principio fue difícil, ahora todo viene rodado con la constructora.

—¿Y hay límite?

Se la comió con los ojos. —Nunca hay límites, preciosa.

Salieron del ascensor y ella dijo —Me muero por ver lo que has hecho de tu sueño.

Él puso la mano en un sensor y la puerta se abrió.

—Impresionante.

—Suele pasarme.

Entró en la casa y él encendió la luz mostrando un hall clásico de los años veinte con un suelo de ajedrez precioso. —Esto sí que no me lo esperaba. —Rodeó una mesa con un hermoso centro de flores y entró en un gran salón clásico que tenía un parquet de espiga. —Realmente hermoso. —Pasó la mano por el sofá tapizado en seda borgoña.

—¿Sorprendida?

Se acercó a una chimenea enorme de piedra que tenía tallados unos ángeles. —¿Estaba en la casa?

—Mil novecientos cuarenta. Los anteriores propietarios quisieron quitarla y la guardé hasta que llegó el momento.

—Has puesto la casa en su estado original.

—Cuando algo es perfecto, no hay por qué cambiarlo. —Se acercó a su espalda y besó su cuello. —Cuando llegamos a realizar la obra había unas cajas que nos pidieron que tiráramos. Por curiosidad las abrí y estaban llenas de fotos antiguas que me guiaron en la decoración. —Cogió una foto de la repisa de la chimenea y se la mostró. —Estos son los Wagner. —Ella cogió la foto, eran al menos veinte y todos sonreían vestidos como la gente de la clase alta de aquella época. —De todos sus descendientes no queda ninguno al que le importara su pasado, sus raíces. Su familia. Dejaron aquellas fotos allí como si fueran basura. —Zoe levantó la vista hacia él para ver que estaba muy molesto. —No puedo entenderlo. Las fotos con mi padre es lo más valioso que tengo.

—¿Por qué les has puesto en la chimenea?

—Para recordarme que tu propia familia puede traicionarte. —Se alejó. —En aquel momento no tenía una foto de mi abuelo —dijo divertido yendo hacia el mueble bar.

—Ni de coña.

Él la miró.

—Ni se te ocurra servirte nada de eso, estás medicado. —
Dejó el marco sobre la chimenea y fue hasta él empujándole hacia
las escaleras. —A la cama.

—Nena, ¿no quieres ver la casa?

Sabía que estaba orgulloso de ella, pero no sabía si la había
comprado por el motivo correcto, la historia de las fotos la había
puesto alerta. —Me la enseñarás mañana —dijo suavemente—. Son
las dos y tienes que dormir. Eso es lo más importante.

Llegaron al primer piso y él caminó hacia el final del pasillo. —
Si quieres algo...

—Si quiero algo seré capaz de encontrarlo sola, no te
preocupes. —Cogió la chaqueta y la tiró sobre una silla antes de
empezar a desabrocharle la camisa. —Te has librado del cabestrillo,
¿no?

—El cirujano no me lo ha puesto y yo he cerrado el pico.

Sonrió. —Aprovechaste la situación.

—Suelo hacerlo.

Ella terminó con el último botón y se mordió el labio inferior
antes de llevar sus manos a su cinturón para abrirlo lentamente.
Elevó la vista hasta sus ojos y desabrochó el botón antes de bajar la
cremallera rozando su sexo que estaba de lo más endurecido. —Esta
situación no vas a aprovecharla.

—Tampoco te lo pediría, nena. —Bajó la vista hasta sus
labios. —Tú también debes estar agotada. —La besó suavemente en
los labios y se volvió. —Ahí tienes el baño —dijo entrando en una
habitación que debía ser el vestidor—. Y si quieres una camiseta o
algo para dormir, puedes coger la que quieras.

—¿Necesitas ayuda para quitarte la camisa?

—No, tranquila.

Zoe se quitó el vestido, se descalzó y se metió en la cama. Él salió del vestidor con un pantalón de pijama de seda azul y apagó la luz. Sonrió. —Nena, ese es mi sitio.

—¿No me digas? —preguntó sin moverse—. Pues tenemos un problema.

Él gruñó rodeando la cama y apartó la colcha mostrando que estaba casi desnuda. —¿Seguro que no quieres una camiseta?

—No la necesito, con lo cansado que estás...

—No tanto —dijo por lo bajo antes de apagar la luz.

—¿Qué has dicho?

—Que descanses, preciosa.

Sonrió. —Que descanses, cielo.

Abrió los ojos sorprendida porque ni se había dado cuenta de que se había dormido y al ver que la luz que entraba por la puerta de la habitación era intensa suspiró, porque era evidente que ya había amanecido. Entonces sintió que Adler estaba pegado a su espalda y que el brazo herido lo tenía sobre su cintura. Zoe sonrió porque sus labios rozaron su cuello antes de besárselo. —Buenos días, nena.

—Buenos días. —Se volvió ligeramente para mirar su rostro. —¿Cómo estás?

—Mejor, me duele la herida, pero no estoy tan cansado.

Se tumbó de espaldas llevándosela con él y cuando sus pechos tocaron su piel fue maravilloso. Adler acarició su espalda erizándole la piel hasta llegar a su nuca. —¿Te duele la cabeza?

Ella se tocó el chichón. —Sí, un poco, pero cuando lo toco. — Al mover su pierna sintió su sexo endurecido. —Oh...

—Sí, oh... —Su mano bajó hasta su trasero y acarició su nalga.

—No estás en condiciones —dijo casi sin voz.

—Pues tendrás que hacer algo.

Se sintió poderosa y mirándole con picardía besó su pecho haciéndole suspirar. —Así que tengo que hacer algo... —Le besó de nuevo cerca del pezón antes de pasar la lengua por él. —Pero me tengo que ir a trabajar o mi jefe me despedirá. —Riendo se levantó y fue hasta el baño haciéndole gruñir. Después de usar el inodoro tiró de la cadena y abrió el grifo del lavabo para refrescarse la cara. Cuando la cogió por la cadera miró sorprendida el espejo. Su deseo la embriagó y cuando le bajó las bragas de un tirón se sujetó en el lavabo. El roce de su sexo por el suyo la hizo gemir arqueando su cuello hacia atrás, antes de que entrara en ella con un fuerte empujón. Zoe gritó de placer y él susurró a su oído —Tu jefe te ha dicho que te quedaras en casa. —Se deslizó en su interior para llenarla de nuevo con una contundencia que la hizo gritar por las maravillosas sensaciones que la recorrieron y apretó sus dedos sobre el lavabo mientras la volvía a llenar con tal ímpetu que se estremeció. Adler la cogió por el hombro y empujó de nuevo. —¿Vas a correrte, nena? Siento como me aprietas —dijo con la respiración agitada—. Joder, es una tortura.

Zoe ni entendía lo que decía por todo lo que le hacía sentir y cuando empujó de nuevo creyó que se rompía antes de que todo a su alrededor explotara dándole la mayor felicidad que había sentido en la vida.

Cuando fue consciente de lo que le rodeaba, Adler la abrazaba a su pecho y susurró a su oído —Ha sido la hostia, nena. —La besó en la sien. —Estaría horas follando contigo, pero el deber me llama. —Se volvió y abrió el grifo de la ducha. —Tráeme un café, ¿quieres? La cafetera ya debe haberlo hecho, está programada.

Aún impresionada por lo que estaba pasando, vio como dejaba caer el pantalón al suelo antes de meterse bajo el agua. —Te vas a mojar la venda.

Le escuchó jurar por lo bajo. —Búscame otra. Las debe haber en el botiquín del otro baño.

Confundida se subió las bragas. Salió del baño y se puso el vestido. Le había hecho el amor de una manera... No te equivoques, Zoe, como él ha dicho te ha follado, no había habido ningún sentimiento en ello, solo puro sexo. Y eso era lo que le confundía, porque no había sido tierno ni delicado, aunque había sido el mejor sexo de su vida. Pero había sido como si en realidad no quisiera sentirse unido a ella, como si no pudiera dejar de tocarla, pero por otro lado quisiera marcar distancias. Y eso la preocupó, la preocupó muchísimo porque puede que esa mañana se hubiera dado cuenta de que realmente no la quería en su vida.

Cuando encontró el otro baño, miró en el armario que había colgado en la pared y como allí no había nada, se agachó para abrir el que estaba debajo del lavabo. Allí estaba el botiquín y lo cogió para regresar a la habitación. Iba a entrar en el baño cuando vio por el espejo como con las manos apoyadas en los azulejos dejaba caer el agua en su nuca mientras siseaba algo por lo bajo que no llegó a oír. Era evidente que no estaba contento con lo que había pasado. Apretó los labios y entró en el baño. —Lo he encontrado.

—Bien, nena. Enseguida salgo.

Abrió la cremallera del botiquín y cogió las vendas mientras él cerraba el grifo. Salió de la ducha y cogió la toalla poniéndosela alrededor de la cintura. —Siéntate ahí. —Zoe cogió una toalla limpia y se la pasó por el brazo antes de coger la tijera para empezar a cortar la venda. —No deberías habértela mojado. Iré a comprarte una funda para el brazo.

—Nena, date prisa, tengo mil cosas que hacer hoy.

Tiró la venda en la papelera y secó la herida lo mejor que pudo. —¿Por qué estás enfadado?

—No estoy...

—No me mientas. —Cogió la venda y empezó a rodear su brazo.

Él pasó su otra mano por los ojos. —Vale, no quería ser tan... agresivo.

Se le cortó el aliento. —No has sido agresivo.

—¿De veras? —preguntó preocupado—. ¿Te ha gustado? Porque tienes una cara que parece que se te ha muerto el perro.

Eran dos tontos y se echó a reír sin poder evitarlo. —Me ha gustado, me ha gustado mucho y espero que repitamos.

Pareció aliviado y ella acarició su cuello. —Me gusta que seas apasionado, el que no me gusta es ese que se ha metido en la ducha después de decir que me ha follado.

—Joder, nena... No era mi intención que pensaras que no me importas.

Se emocionó porque había entendido sus sentimientos a la primera. —¿Te importo?

—Te aseguro que en este instante no me importa nadie más que tú.

Se abrazó a él y Adler la pegó a su cuerpo sentándola sobre sus muslos.

—No puedo creer que esté contigo.

—Va a salir bien, preciosa. Haré lo que sea para que esto salga bien.

Pulsó el botón y le dijo al micro —Roberts McFerson. — Escuchó a aquella pesada y chasqueó la lengua cuando llegó a la queja de siempre. —Señora Mills, ya le he dicho que la compañía no tiene la culpa de que las palomas le caguen en la ventana. ¿Sabe qué? Pruebe esto, compre un molinillo de esos de colores y póngalo en la ventana, ya verá que no se vuelven a detener allí. ¿Que si funciona? Le aseguro que sí. Que pase un buen día. —Pulsó el botón. —Roberts McFerson, ¿en qué puedo ayudarle?

En ese momento Adler salió del ascensor y ella juró por lo bajo agachándose. —Sí, sí, le oigo —susurró al micro—. No, no puedo hablar más alto, será la línea. ¿Que han roto el columpio del

jardín de su comunidad? —De repente la línea se cortó y al mirar hacia arriba allí estaba Adler que levantó una ceja. —Señor McFerson. —Se levantó a toda prisa. —¿Necesita algo?

—Nena, ¿qué te había dicho?

Se acercó a él y susurró —No hay nadie que me sustituya, ¿quieres que tu empresa sea un caos? Vale, me voy a casa.

En ese momento llegaron varios paquetes y ella firmó en la tablet antes de cogerlos para dejarlos en el suelo a su lado.

—¿Por qué haces eso? —preguntó él asombrado.

—La gente no puede recogerlos en casa si no están, así que los envían a la empresa.

—La madre que... —Rodeó el mostrador para ver al menos cien paquetes.

—Los recogen a la salida.

—Este no es tu trabajo.

Uno de mantenimiento pasó por allí y tiró unas llaves sobre la recepción. —Gracias, guapa.

—De nada, guapetón.

Riendo por lo bajo se alejó y Zoe al ver la cara de Adler forzó una sonrisa. —Tiene que ir al médico y le he dicho que regaré las plantas del hall antes de irme.

Por detrás del jefe se acercó el de seguridad. —Preciosa, había pensado que igual quieres ir a un musical de esos que te gustan tanto.

Adler se volvió lentamente y Arnold se enderezó como si viera al presidente de los Estados Unidos. —Señor... —Se llevó la mano a la frente como si fuera un militar. —Todo en orden, señor. Y quería decirle que le agradezco mucho que no me demandara por el problemilla que tuvimos. —De repente con camaradería le dio un golpe en el brazo y Adler palideció. —Hostia, es el brazo que...

Ella rodeó a toda prisa el mostrador. —Lárgate, lárgate...

Arnold salió pitando y Zoe le preguntó —¿Estás bien?

—Tenía que haber despedido a ese inútil —dijo con esfuerzo.

—Ven, siéntate un rato —dijo cogiéndole por el otro brazo para llevarle a su cuarto del café. Le sentó en una silla y le pasó la mano por la frente—. Cielo, ¿te has tomado la medicación?

—Sí. Joder, qué dolor.

—Déjame ver si sangras.

—No, déjalo.

—Si la chaqueta del traje se mancha puede estropearse y es carísima. Déjame ver. —Le ayudó a quitarse la chaqueta y a abrirse la camisa para comprobar que la venda estuviera limpia. —Bien.

—Ese mamón te estaba pidiendo una cita.

—No es la primera vez.

—¿No me digas?

—Esto es cosa mía, McFerson, déjamelo a mí.

—No me gusta, es un inútil. Y casi me mata.

—Eh, ¿dónde estás? —dijo una voz femenina desde fuera antes de decir—. ¿Dónde estará esa idiota?

Apretó los labios antes de salir. —Señorita Foster, ¿necesita algo?

—Necesito mi paquete, bonita —dijo con chulería—. Venga, date prisa que tengo una reunión importante.

Zoe se agachó para cogerlo y lo puso sobre el mostrador.

—¿Pero qué es esto?

—Lo que han enviado.

—¡El embalaje está roto! —dijo levantando la voz.

—Ha llegado así.

—¿Y has firmado su recogida? ¿Es que eres estúpida? Como mi entrega no venga bien me lo vas a pagar tú.

En ese momento salió Adler del cuarto del café y su empleada se tensó. —Señor McFerson...

—Margaret, ya no hace falta que acudas a la reunión que tenemos en diez minutos en el restaurante.

—Pero es muy importante decidírnos sobre esos terrenos de Washington, señor.

La fulminó con la mirada. —No me interrumpas.

Se sonrojó.

—No vas a asistir a la reunión porque el comportamiento que acabo de ver es una infracción del contrato que firmaste cuando entraste en la empresa. Si Zoe decidiera denunciarte por acoso laboral, la apoyaría totalmente, así que tienes dos opciones, esperar un despido disciplinario o presentar tu renuncia y que nadie de la profesión sepa lo que acaba de ocurrir aquí.

Aquella bruja apretó los labios. —Recogeré mis cosas, señor McFerson.

—Eso me parecía... —Miró a Zoe. —Dejarás de recoger los paquetes, ¿me has entendido? No solo por lo que acaba de pasar, sino porque no es tu trabajo.

—Sí, señor McFerson.

Miró su carísimo reloj de pulsera. —¿No es tu hora de la comida?

Ella miró de reojo a la mujer que aún seguía allí y cuando su jefe exasperado la miró esta se volvió para ir hacia el ascensor.

—Nena, vete a comer.

Levantó la bolsa. —Empanada de huevo y beicon, espaguetis a la carbonara y tarta de manzana. ¿Quieres? También he traído para ti.

Con sorpresa preguntó —¿Para mí?

—Por si no tenías tiempo para ir a comer.

Entró en el cuarto del café y metió los espaguetis en el microondas. Adler entró tras ella y cerró la puerta. —No sé si esto es buena idea. La gente rumoreará.

—A mí me da igual. —Sonrió. —Ven siéntate, ¿un refresco o agua?

—Agua. —Se sentó en la silla y la observó mientras ponía la mesa. —¿Siempre comes aquí? Deberías salir para tomar el aire.

—¿Aire en Nueva York?

Él hizo una mueca y cogió la botella de agua.

—A veces salgo a tomarme un bollo a las once, pero eso es cuando tengo sustituta.

—No entiendo por qué no lo han solucionado todavía. —Zoe puso los espaguetis sobre la mesa. —Nena, tienes mano para la cocina.

—Me encanta. —Se sentó a su lado. —Hoy tienes una cena, ¿no?

—Sí, pero me puedes esperar en casa. —Mordió la empanadilla y asintió demostrando que le gustaba.

Zoe sonrió y le sirvió una buena ración de espaguetis. —¿En tu casa? Ya no tienes fiebre.

Pareció decepcionado. —¿No quieres venir?

—Vas a llegar muy tarde y aún no he hablado con mi padre sobre lo que está pasando. Esta mañana ni le he visto. No quiero que...

—¿Qué, nena?

—Que sienta que ya no me importa porque estés tú. —Le rogó con la mirada. —Lo entiendes, ¿no?

Adler sonrió. —Claro que lo entiendo. Pero puedes venir a casa después de hablar con él, ¿no?

Iba a darle otro mordisco a la empanadilla cuando ella dijo — Hoy es noche de bolos. Y es la semifinal.

Eso le detuvo en seco. —¿Bolos?

—¿Te gustan los bolos?

Él sonrió de medio lado. —He jugado.

Se le cortó el aliento por cómo lo había dicho. —Dime que eres bueno, nos hace falta uno.

—Nena, tengo la cena.

—Que les den, tienes excusa por lo del tiro.

—Sí, y que luego me saquen una foto en la bolera.

—Te regalaré una gorra para que no te reconozcan. Es la gorra del equipo, no la tiene cualquiera.

Él sonrió. —Una propuesta irresistible.

Chilló de la alegría y le abrazó llenándole la cara de besos. Cuando se apartó le acercó el plato. —Come cielo, necesitas fuerzas para poder con todos esos pesados que no dejan de darte la lata.

Capítulo 7

Se ató sus zapatos de bolos y miró a su alrededor antes de levantarse.

—¿Vendrá? —preguntó su padre.

—Me dijo que sí —dijo preocupada porque estaban a punto de empezar. No le había visto salir de la empresa, lo que significaba que se había quedado trabajando. Y eso le daba muchísima rabia, porque en su estado no debería trabajar tanto. —Seguro que se ha quedado a trabajar.

Su prima se acercó chateando al móvil y se sentó a su lado. Al ver un arañazo en su mejilla se tensó y le cogió la barbilla. —¿Qué te ha pasado?

—Me he dado con una rama.

—¿Qué rama, dónde estaba y por qué te golpeaste con ella?

—Menudo interrogatorio. —Miró el móvil ignorándola.

—Glory...

Suspiró. —No ha sido nada, ¿vale? Me puse chula por lo del portátil y... —Al ver que alguien pasaba por delante agachó la mirada a toda prisa. Zoe se giró para encontrarse que dos chicas la miraban y se reían como dos estúpidas hasta llegar a un grupo de adolescentes. Cuando llegaron, a ellos les dijeron algo y todos se echaron a reír. Una pelirroja con la cara llena de pecas gritó — ¡Bonita camiseta, Glory!

—Tory, ¿pero a ti qué te pasa? —Asombrada porque se echaban a reír siseó —¿Pero qué pasa? Si Tory es amiga tuya de

toda la vida...

Su prima asustada susurró —Déjalo.

Y su tía llegó en ese momento mirando a los chicos. —Al fin me he enterado de lo que pasa. Y no por mi hija, sino porque su amiga Molly ha sido muy amable diciéndomelo.

—Será chivata —dijo Glory molesta—. Ya la pillaré.

Su madre pasando de ella dijo —¿Ves al moreno que está en la pista del fondo?

Estiró el cuello, había un grupo de chicos con la chaqueta del equipo de fútbol del instituto de su prima. —Se llama Boyd Garret y es el jefe del equipo. Pues todo ha sido por él, porque a esa pelirroja de Tory le gustaba el chico y al parecer se ha enterado de las preferencias de Glory, lo que la ha cabreado un montón y quiere hacerse la lista dejándola en ridículo.

Los ojos de su prima se llenaron de lágrimas. —Dejadlo, lo arreglaré yo.

—Y una leche.

—Nena, déjame a mí.

Se volvió sorprendida para ver como su churri con su traje de diez mil dólares iba hacia la pista del fondo y se acercaba a los chicos. Glory se levantó de golpe. —¿Qué hace? Por cierto, está mucho más macizo en persona.

—¿Verdad que sí? —dijo emocionada—. ¡Ha venido, ha venido!

—¡Sí, y está hablando con Boyd!

Las tres no perdieron detalle. Boyd le dio la mano y asintió mientras Adler hablaba. —Ya verás, esas idiotas se van a enterar. Mi novio lo arreglará, que tiene una mano para las negociaciones...

El chico le miró impresionado y asintió antes de darle la mano de nuevo. Adler regresó con ellos y la besó en los labios. —Ya está, nena.

—¿Qué has hecho?

—Le he contratado.

—¿Para qué?

—Para que salga con tu hermana y la proteja hasta que acabe el instituto.

Las tres dejaron caer la mandíbula del asombro. Zoe gimió. —¿Qué has dicho?

Sin embargo Glory chilló de la alegría abrazándole por el cuello. —Gracias, gracias.

—Ah, que ese trato te vale.

—¿Pasar lo que queda de curso con Boyd? Le besaría en los morros por lo que ha hecho.

La cogió por el brazo para apartarla. —Creo que ya lo hemos entendido.

En ese momento llegó Boyd y sonrió a Glory. —¿Quieres un refresco?

—Sí, gracias. Te acompaño.

—Mírala —dijo su madre—, qué espabilada es cuando le interesa.

—¿Qué le has dicho? —preguntó por lo bajo—. Cuéntamelo palabra por palabra.

—Me he presentado y le he preguntado a qué universidad le interesaría ir, él me ha dicho que Columbia. Que le gustaría conseguir una beca para jugar con los Lions. En resumen, le he dicho que si la cuida esa plaza será suya.

Su tía sonrió. —¿Y puedes conseguirlo?

—Oh, tía, deja que te presente. Adler McFerson, ella es mi tía Blanche Winston.

Le dio la mano. —La esposa de Curtis.

—La misma, mucho gusto.

—El gusto es mío.

Su tío se acercó. —Bueno, chaval, espero que sepas darle a la bola, nos jugamos mucho esta noche.

—El brazo derecho lo tengo perfectamente.

—Estupendo.

Greg se acercó con cara de pocos amigos. —Adler no llevas los zapatos apropiados —dijo como si fuera un delito.

—Me están buscando unos porque no encontraban de mi número.

Annie, la chica encargada llegó en ese momento con unos totalmente nuevos haciéndole ojitos. —Aquí tienes, guapo.

—Muchas gracias. —Al ver la cara de mosqueo de Zoe carraspeó. —¿Me ayudas, nena?

Su padre gruñó antes de alejarse.

—Ya veo que has hablado con él.

—Se le pasará. Es que está algo disgustado porque su novia por internet estaba casada. —Cogió los zapatos de su mano y le indicó que se sentara. —¿Te duele mucho?

—Cada vez menos. —Se sentó en el sofá de cuero rojo y se quitó los zapatos el mismo empujando con los pies. —¿Y tú cómo estás?

—Bah, ni lo noto si no lo toco. —Le metió un zapato y él la ayudó empujando hacia abajo. Le ató los cordones y preparó el otro susurrando —No sé si me gusta eso del chantaje de ese chaval.

—Es un acuerdo, no un chantaje. Tu prima tendrá unos meses para intentar conquistarle y él tendrá lo que quiere. Y de paso esas estúpidas cerrarán el pico porque tu prima ha conseguido mucho más que ellas.

Miró hacia ellas y vio como murmuraban sin quitarle ojo a su prima. Parecían asombrados. La parejita se acercó sonriendo y se sentaron solos hablando en voz baja. Y parecía que a él le gustaba mucho su compañía. —Como esto salga mal...

—Ya estaba mal. —Se levantó y se quitó la chaqueta con esfuerzo. —Y mejor hacer esto a permitir que mi novia se parta la cara con un grupito de adolescentes.

Jadeó. —Yo no iba a hacer eso...

—Sí, ayer dabas la impresión de que ibas a ser muy razonable.

—¡Empezamos! —exclamó su padre.

—Hazle la rosca, que para qué negarlo también está algo celoso —susurró empezando a arremangar su camisa.

—Nena, antes de terminar la noche comerá de mi mano, no te preocupes. —La besó en los labios y se volvió para mirar al equipo contrario que llevaban una camiseta violeta con el logo de una pizzería. Entonces la miró a ella, en su camiseta decía los Winston. —¿Y mi gorra?

Sonrió y se la sacó del bolsillo trasero del pantalón. —Aquí tienes.

Él se la puso y la abrazó por la cintura. —¿Cómo me queda?

—Perfecta, pareces de la familia.

Él rio por lo bajo y ambos miraron hacia la pista donde su tío lanzaba el bolo en ese momento. Falló dos y los del equipo contrario aplaudieron. Serían mamones. Su tío intentó derribarlos en el siguiente tiro, pero no pudo tirar ninguno de los dos.

—Venga papá, demuéstrales cómo somos los Winston. —Zoe aplaudió y Greg cogió su bola.

Su padre hizo un pleno y Zoe chilló de la alegría. Se acercó a él y le abrazó. —Vamos, hija, te toca a ti.

Fue hasta su bola y la cogió mientras su equipo silbaba animándola. Miró la pantalla de los del equipo contrario y sonrió porque su familia iba ganando. Los bolos ya estaban colocados y respiró hondo elevando su bola hasta la barbilla antes de correr dejando caer el brazo y soltar la bola. Falló un bolo y entrecerró los ojos.

—Muy bien, nena.

Le había quedado el bolo de la esquina y tendría que hacer un lanzamiento curvo para llegar hasta él. Lanzó y retuvo el aliento siguiendo su trayectoria. Tiró el bolo abajo con tal fuerza que revotó y Zoe levantó los brazos mientras los suyos reían.

Adler miró a Blanche. —¿Te toca?

—No, jugará Glory, yo solo vengo a animar.

Glory se levantó y cogió su bola. —Mamá tiene una puntería pésima.

—Sí, lo reconozco —dijo mientras todos reían.

Zoe se acercó. —La última vez que jugó, tiró los bolos de la pista de al lado.

—Cierto.

—Muy bien, nena.

Le dio una palmada en el trasero mientras su prima tiraba y Greg exclamó —¡Eh! ¡A ver si estamos atentos al juego!

—Cielo, deja las caricias que se está cabreando.

—¿Qué puedo decir? Eres irresistible.

Glory volvió a tirar, pero no pudo con los tres que le habían quedado. Pero para ella como si hubiera hecho un pleno porque Boyd estaba animándola.

—Vamos allá. —Adler fue hasta las bolas y cogió la de su padre porque era la más pesada. Cuanto más pesada más efectivas eran para derribar bolos, pero no eran tan fáciles de maniobrar. Al ver cómo la elevaba, retuvo el aliento porque se notaba que sabía lo que hacía. Y cuando lanzó, lo hizo con una potencia, que la bola de su padre se estrelló contra los bolos con fuerza, derribándolos todos al chocar los unos con los otros. Se volvió y le guiñó un ojo mientras ella corría para abrazarle. —Bien hecho, McFerson.

Su tío le palmeó en la espalda. —Perfecto, chaval.

—Vamos a arrasarlo —dijo Greg mucho más contento.

Aliviada por su cambio de actitud, abrazó a Adler por la cintura y susurró —Bien hecho, cielo.

—Pues aún estoy calentando, voy a rematarle con una buena hamburguesa.

—Ya le vas conociendo. Que tenga mucho queso.

Lo pasaron tan bien que después de ganar el campeonato de manera aplastante, decidieron echar otra partida entre ellos. Incluso se animó Boyd, su mejor amigo Steve y Blanche. Fue realmente divertido, pero cuando su tío algo pasado de cervezas les animó a jugar de nuevo, Zoe se levantó. —Será mejor que nos vayamos, es tarde y Adler ya se ha forzado demasiado.

—Cierto, me duele algo el brazo.

—Lo has hecho muy bien, chico, espero verte en la final —dijo su padre.

—Lo intentaré, eso te lo aseguro.

Zoe besó a su familia y cuando llegó a su padre susurró —Sé que te gusta.

—Cada vez más.

Sonrió alejándose. —Buenas noches a todos.

Adler cogió sus zapatos y fueron hasta el mostrador donde Annie le dio los de Zoe diciendo por lo bajo —Menuda suerte tienen algunas.

Parpadeó y al mirar a su chico, que intentaba ponerse los zapatos solo, se dijo que sí que tenía suerte. Se acercó y se agachó para anudarle los cordones y él sonrió. —Gracias, nena.

—Por ti lo que sea.

Se la quedó mirando y cuando ella se levantó después de ponerse sus zapatillas de deporte se dio cuenta de que tenía toda su atención. —¿Qué?

—Eres fantástica.

Se puso como un tomate. —¡Venga ya!

Él rio con ganas levantándose y la cogió por la cintura. —Vamos, estoy deseando tenerte para mí solo.

Se sintió tan bien que deseó estar a su lado toda la vida y supo que haría lo que fuera para que ese sueño se cumpliera.

El viernes a las cinco de la tarde, se cambió en su cuarto de café para quitarse el traje y ponerse cómoda para el viaje con un simple vestido azul de gasa y unas manoletinias. Estaban en primavera y ya hacía calor, lo que presagiaba un verano asfixiante. Salió de su cuarto tirando de su pequeña maleta y como habían quedado, salió de la empresa despidiéndose de los de seguridad. El coche ya estaba esperando y le dio su maleta al chófer. —Gracias —dijo antes de entrar.

—El jefe me ha llamado, está bajando y ya tengo su equipaje atrás.

—Perfecto.

Miró hacia la entrada y vio que los chicos de seguridad estaban cotilleando sin dejar de mirar el coche. No, aquello no había sido buena idea. Ya había rumores sobre su relación y era evidente que se lo estaban confirmando, pero Adler le había dicho que los rumores no le importaban y que con su vida hacía lo que le daba la gana. Que solo le molestaba porque ella se sintiera incómoda y Zoe le había dicho que a ella también le daba igual, pero había mentido, tenía la sensación de que ahora la gente no la miraba igual. De hecho, hasta Lisa había marcado distancias y cuando la había llamado para un tema de trabajo, había sido algo cortante como si no quisiera que se trataran con tanta familiaridad. Suspiró, suponía que tendría que acostumbrarse, estaba con un hombre importante. Ahora entendía aquello que había dicho de la soledad. En el poco tiempo que habían pasado juntos a ella la habían llamado sus tíos, su prima y su padre muchas veces, incluso la había llamado alguna amiga del barrio para invitarla a alguna fiesta como el bautizo de la hija de una amiga del colegio. A él no le había llamado nadie que no

fuera su socio o alguien del trabajo y eso demostraba lo solo que estaba. Y no iba a permitir que continuara así.

Al ver que salía de la empresa sonrió y se apartó para que se sentara a su lado. —Hola, nena. —Le dio un beso rápido y dijo a su chófer muy tenso —Intenta llegar cuanto antes, Francis, ya nos están esperando.

—Por supuesto jefe, no se preocupe.

Adler sacó su móvil porque le estaba vibrando y Zoe puso su mano sobre él y susurró —Respira, cielo.

La miró a los ojos. —Ha sido un día duro.

—Y ya ha terminado. Ahora solo importo yo.

La abrazó por el hombro pegándola a él y la besó en la sien. —Tienes razón. ¿Lista para nuestra aventura?

—Por supuesto, me muero por ver algo de Texas. ¿Tienes recuerdos?

—Era muy pequeño.

—Claro. —Le abrazó por la cintura. —Un rancho, es emocionante. ¿Montas a caballo?

Rio por lo bajo. —Creo que tuve un pony.

Sorprendida le miró. —¿Un pony?

—Recuerdo uno que era castaño con manchas blancas. —Entrecerró los ojos. —O puede que fuera un sueño, no lo sé. —Miró por la ventanilla pensativo. —Nunca se lo pregunté a mi padre.

—¿Por qué?

—Supongo que siempre que estaba en casa teníamos otras cosas de las que hablar, como del colegio y de los partidos de fútbol.

—¿Te contó por qué se había ido?

—Sí.

Parecía que no quería hablar de ello, pero era mejor que expresara lo que sentía, lo necesitaba. Él sonrió con tristeza como si lo estuviera recordando.

—Cielo, ¿en qué piensas?

—Regresó una vez, ¿sabes? Hace veinte años un abogado se puso en contacto con él porque su tío había fallecido y le dejaba parte de sus tierras. Tuvo que decírmelo porque fue hasta al pueblo para venderlas, a Paxton Creek. Y ahí fue cuando me lo contó todo.

Se alejó para mirarle bien. —¿Estuvo allí y no fue a verles?

—Les vendió las tierras a unos vecinos, pero ni siquiera estuvo en la firma, le dio poderes a un abogado para que actuara en su nombre.

Separó los labios de la impresión. —A tu padre debió dolerle mucho lo que hizo tu abuelo.

—Cuando me contó lo ocurrido lloró, nunca había visto llorar a mi padre.

Se llevó la mano al pecho. —Cielo, ¿me han mentido? ¿Daniel no me dijo la verdad?

—¿Qué te contó?

—Que tu madre le había sido infiel a tu padre con el capataz y que tu abuelo la había dejado en evidencia ante todos.

Sonrió con ironía. —¿Eso te dijo?

Ay, madre, que le habían mentido. —¿Qué ocurrió?

—El ante todos se quedó un poco corto. Todo el condado estaba en la casa porque era la fiesta de Navidad y mi abuelo ignorando completamente los sentimientos de su hijo cogió una copa de champán y en un discurso humillante puso a su hijo de cornudo y estúpido ante todos. Pero no se quedó ahí, sino que le dijo que si seguía casado con esa puta que se fueran del rancho, que no pensaba soportar ese comportamiento en su casa.

Se podía imaginar la vergüenza y la humillación de Martin en ese momento. —¿Qué hizo él?

—Dijo que podía meterse el rancho por el culo, me cogió en brazos y salió de allí diciéndole a mi madre que contratara a un abogado. Ella no se llevó un solo dólar por el acuerdo prenupcial y perdió mi custodia.

—¿Qué fue de ella?

—Nunca supe lo que le ocurrió y cuando le pregunté a mi padre, él tampoco lo sabía. Nos largamos de allí y nunca la volví a ver.

—Así que no sabes nada de ella.

—No, y no me importa en absoluto como no me importa ninguno de esa familia. Es evidente que si no han insistido en verme a lo largo de los años, es porque les importo muy poco.

Se le cortó el aliento. —Pero parecía que te llevabas bien con tu tío.

—¿Bien? ¿Te das cuenta de que si no hubiera sido por el viejo, no hubiera visto a mi tío nunca más? Si vino, solo fue por una estúpida entrevista que vio en una revista. Dicen que no nos encontraron. Mi padre no se ocultó en ningún momento, de hecho cuando murió su tío nos encontraron, así que eso de que no nos encontraban solo fue una puta mentira. Les importábamos una mierda y mi padre murió pensando que su padre no le quería para tratarle como lo hizo.

Zoe apretó los labios porque era evidente que tenía razón. —Entiendo tu postura. ¿Pero entonces por qué vamos?

Él miró por la ventanilla. —No lo sé, nena, te juro por lo más sagrado que no tengo ni idea de por qué voy a subirme a ese avión.

Le abrazó. —Son tus raíces, puede que tengas curiosidad.

—Supongo que sí.

Sentía la necesidad de consolarle y le abrazó apoyando la mejilla en su hombro. —Yo estoy de tu lado.

Él sin responder acarició su espalda como si estuviera a millones de kilómetros de allí y se dijo que era mejor cambiar de tema. —Yo voy a montar a caballo.

—Ni de coña.

Se echó a reír. —Venga, quiero ser una vaquera.

—¿Has montado alguna vez?

—Alguna tiene que ser la primera. —Le besó en la barbilla. —
Montarás conmigo y lo pasaremos genial. E iremos hacia el
atardecer...

Adler se echó a reír. —Muy bien vaquera, deja de ver películas
que no quiero traerte a casa con una pierna rota y que tu padre me
cape.

—Además, me necesitas en la recepción.

—Eres capaz de ir al trabajo hasta escayolada.

—Eso no lo dudes, cielo. Soy imprescindible y no puedo
dejarte tirado.

Capítulo 8

Cuando llegaron al aeropuerto, Zoe alucinó al ver el avioncito que les esperaba. —¿Tenemos que volar en eso? Si parece de esos teledirigidos.

—Te aseguro que llegará mucho más lejos que esos teledirigidos.

Gruñó como si eso no le gustara un pelo provocando en él una sonrisa. Subieron la escalerilla y les esperaba una azafata, que muy amablemente les indicó que pasaran. Aquello era de superlujo. —Hala... Me siento como una de las Kardashian. —Se sentó en el sillón estirando una pierna de manera sexy. —Una copa de champán francés.

La azafata rio por lo bajo antes de carraspear y decir —¿Moet & Chandon Gran reserva o Veuve Clicquot?

Separó los labios sorprendida. —Pues...

—Vamos nena, tú decides.

Sus ojos brillaron antes de decirle a la azafata. —El primero, que se ha reservado mucho para esta ocasión.

—Perfecto, ¿señor McFerson?

—Lo mismo y traiga chocolate.

—Enseguida despegamos, pónganse cómodos.

La chica cerró la puerta y Adler se sentó a su lado.

—Te noto muy habituado a todo esto.

—Es más cómodo que el avión convencional, en ciertos viajes siempre lo contrato. Cuando viaje más compraré uno.

Perdió la sonrisa de golpe. —¿Cuándo viajes más? ¿Viajes a dónde?

—Nena, vamos a hacer seis edificios en las Vegas.

Sorprendida negó con la cabeza. —No lo sabía.

—Vamos a abrir una sucursal allí, lo hemos firmado esta semana, pero no se anunciará hasta el mes que viene por los permisos del ayuntamiento.

—¿Y por qué tienes que ir tú? Que vaya el otro.

—Él tiene familia. Quedamos en que me mudaría yo.

—¿Y cuándo quedasteis en eso?

—Cuando iniciamos los trámites.

—¡Eso fue mucho antes de que estuviéramos juntos!

—Nena...

—¡No me voy de Nueva York! ¡Y tú tampoco!

—Joder, ¿vamos a discutir por esto?

—Pues sí —dijo como si fuera lo más obvio del mundo.

—Zoe, acabamos de empezar —dijo entre dientes.

—Y vamos a terminar como quieras largarte de Nueva York.

—¿Hablas en serio?

—Claro, porque yo no voy a dejar a mi familia y a mis amigos porque tú vayas a ganar más pasta, ¿me entiendes? ¡No!

Él abrió la boca para decir algo y Zoe entrecerró los ojos dispuesta a la batalla, pero dijo —Vale.

—¿Has dicho vale? —preguntó sorprendida porque hubiera cedido tan rápido.

—Tienes razón. Tu familia y tus amigos son mucho más importantes que el dinero.

La azafata entró con la bandeja y extrajo una mesa de la pared para ponerla sobre ella. Zoe cogió la copa encantada. —Cielo, qué bien me entiendes.

Rio por lo bajo. —Eres fácil de entender.

Chocaron sus copas mirándose a los ojos y ella susurró —Por nosotros.

—Por el futuro.

Bebió un sorbo y sonrió. —Está bueno.

—Prueba el chocolate.

Cogió un trocito y se lo metió en la boca cerrando los ojos de gusto para recibir un beso con champán. Se saborearon el uno al otro y Adler se apartó mirándola con picardía. —¿Qué te parece?

Abrió los ojos. —Lo más delicioso que he probado en la vida.

—Tenemos casi cuatro horas de vuelo por delante hasta Houston —dijo dejando su copa—. Y como cuando lleguemos aún tenemos que ir hasta el rancho puede que te agotes.

—¿Eso crees?

—Igual deberías descansar un poco en cuanto despeguemos.

El rugido de los motores ni la afectó por la excitación que la recorría. —Estos sofás parecen muy cómodos.

—Nena, este es un jet de lujo, ¿crees que no tiene habitación? —Se acercó y besó su cuello. —He estado pensando en esto todo el día.

—¿De veras? Y yo que creía que después de lo de esta mañana podrías esperar.

—Tu olor me vuelve loco.

—¿Cuándo despegas este trasto? —preguntó casi sin voz.

Él lamió su piel hasta llegar al lóbulo de su oreja y Zoe tembló de deseo de tal modo que tuvo que dejar la copa de champán. Ni se dio cuenta de cómo el avión ascendía. Él se apartó ligeramente para susurrar —Ven, nena... —Se levantó y cogió su mano para ayudarla a ponerse en pie. Medio mareada dejó que abriera la puerta para mostrar una cama de matrimonio con sábanas de seda en color cereza. Las rosas encima de la almohada la emocionaron y él cerró la puerta comiéndosela con la mirada. —¿Te gustan?

Se quitó el vestido mostrando que no llevaba ropa interior. — Me gustas tú.

Adler la cogió por la nuca atrapando su boca y se besaron con pasión demostrándose todo lo que se deseaban. Impaciente empujó su chaqueta por sus hombros y esta cayó al suelo. Adler apartó su boca y con la respiración agitada susurró —Te necesito ahora.

La volvió empujándola sobre la cama y cuando acarició su trasero ronroneó de gusto. —Ponte a cuatro patas, nena —dijo con voz ronca excitándola hasta lo indecible. Sin saber cómo pudo hacerlo, cumplió su orden y al sentir la dureza de su sexo recorriendo sus húmedos pliegues, cerró los ojos esperando que la llenara. Y lo hizo de un solo empuellón provocando que no pudiera contener su placer y que un grito saliera de su boca.

—No te preocupes, preciosa, no creo que la azafata se escandalice. —Entró en su ser con contundencia haciendo que todos sus músculos se tensaran. El placer era tan intenso que se mordió el labio inferior apretando las sábanas entre sus dedos —¿Ya no gritas? Eso es que necesitas más. —Aceleró su ritmo casi volviéndola loca y cuando la llenó de nuevo una y otra vez su placer aumentó hasta un punto que creyó que jamás recuperaría la cordura, pero con un fuerte empuellón todo explotó a su alrededor en una felicidad que la hizo sentir la mujer más dichosa de la tierra.

El coche se detuvo ante el camino asfaltado. —¿Es aquí? —le preguntó él. —Nena, vuelve a mirar el GPS.

—Sí, dice que es aquí. —Miró al frente, pero ya eran las diez de la noche y no es que se viera mucho. —La casa debe estar por ahí.

Desde que se habían bajado del avión Adler estaba tenso y a medida que se acercaban al rancho lo estaba cada vez más. Llegaron a una curva y en cuanto la pasaron vieron una casa enorme de ladrillo rojo. Adler detuvo el coche mirándola fijamente.

—Ya hemos llegado, cielo.

—Sí —dijo entre dientes.

—¿Estás bien?

Asintió acelerando de nuevo y a medida que se acercaban pudieron ver otras edificaciones como un establo y lo que debía ser un garaje. Era muy evidente que su abuelo tenía mucho dinero. Dos luces de abajo y otra arriba estaban encendidas y cuando se detuvieron ante la casa su tío salió con una mujer de su misma edad que sonreía.

Insegura por lo que pasaría porque Adler parecía más enfadado a cada segundo que pasaba, abrió la puerta pensando que aquello no había sido buena idea. Se arrepintió muchísimo de haber ayudado a Daniel a llegar hasta él.

—Me alegra muchísimo que hayas venido. —Bajó los escalones ágilmente y la abrazó. —Bienvenida al rancho McFerson.

—Está muy tenso, no le presiones —susurró.

Daniel se apartó disimulando que no había oído nada y se acercó a su sobrino. —Me alegra muchísimo que hayáis venido. Al parecer has visto lo que yo, es fantástica, ¿no?

Le dio la mano. —Irresistible.

Lo dijo en un tono que la tensó por su ironía, pero no se lo tomó en cuenta por el estrés al que estaba sometido.

—¿Entramos? Quiero presentaros a mi mujer, ella es Ava.

—Mucho gusto —dijo la mujer—. Estaréis hambrientos.

—Hemos comido algo en el avión —dijo Adler cortante.

—Oh... —Su tía se sonrojó. —Estaréis cansados, venís de trabajar.

—¿Y mi abuelo?

—Está dormido —respondió su tío más serio en respuesta a su actitud—. Su enfermera le ha dado algo para dormir. Entrad, por favor, os enseñaremos vuestra habitación.

—Cielo, las maletas.

Apretó los labios como si se estuviera mordiendo la lengua, hecho que la confundió porque parecía enfadado con ella.

—¿Habéis tenido buen viaje? —preguntó Ava intentando ser amable.

—Sí, Adler contrató un avión.

—Qué cómodo.

—Sí. ¿Vivis aquí?

—Sí, desde que nos casamos vivo en la casa. Mis hijos se han criado aquí.

Qué raro, cuando había hablado con Daniel no le había dado la sensación de que tuviera hijos. —¿Y cuántos son?

—Cuatro. —Se volvió hacia Adler que entraba en la casa con las maletas. —Y están deseando conocer a su primo.

—¿De veras? Pues podían haber ido a verme hace años cuando mi padre pasó por aquí por última vez.

—No quiso vernos —dijo su tío igual de tenso.

—Ya, ¿por qué sería? —Empezó a subir los escalones. —Me voy a la cama. ¿Qué cuarto es?

—El tercero a la derecha, ese tiene baño.

—Perfecto. ¿Nena?

—Voy enseguida, me apetece un vaso de leche.

Él no contestó y escucharon que se cerraba la puerta porque no se cortó a la hora de dar el portazo.

—¿Pero qué ha pasado? —preguntó Daniel asombrado—. Está furioso.

—Fue bajarse del avión y ponerse así. Está nervioso, eso es todo, toda esta situación le incomoda y no sé si lo sabes, pero tu sobrino tiene muy mala leche cuando se enfada, es algo de dominio público en la empresa.

—Cuando vea a mi padre estará más relajado, ¿no?

—¿Y yo cómo voy a saberlo?

Daniel se pasó la mano por la nuca. —Esto va a ser un desastre, como le reproche algo...

—Sabías que podía pasar y tu padre también lo sabía, así que no me vengas con esto. Tiene derecho a estar así después de no haberos visto en treinta años. —Empezó a subir las escaleras.

—¿No quieres la leche?

Sonrió a Ava. —No, gracias. —Al ver que miraba tras ella con preocupación y que hacía un gesto para que alguien se escondiera, se volvió de golpe para ver cómo se cerraba una puerta a toda prisa. —¿Quién es?

—Nadie —dijeron los dos a la vez.

Uy, uy... Subió el resto de los escalones a toda prisa y los dos exclamaron desde abajo —¡No!

Abrió la puerta y para su asombro se encontró a un tipo con bastantes años y que era clavado a Adler. Con la boca abierta de la sorpresa le miró de arriba abajo. No estaba enfermo en absoluto, es más, hasta estaba vestido con vaqueros y una camisa de cuadros. A ese viejo aún le quedaban unos cuantos años de rodaje. Parpadeó. No, ese no podía ser su abuelo, ¿pero cómo no va a ser su abuelo si son iguales? Era como ver a Adler con cincuenta años más. Impresionada se volvió hacia sus anfitriones que forzaron una sonrisa y Zoe siseó —Abajo, todos.

Bajaron en tropel, incluso el abuelo que no había abierto la boca. En cuanto entraron en la cocina Ada cerró la puerta. —No es lo que piensas...

—Esa frase ya está muy trillada, guapa. —Señaló a Daniel con el dedo. —Me has mentido, este no se muere.

—Todos nos morimos.

—¿Tendrás cara? ¡Me has utilizado!

—Shusss...

—Señorita...

Se volvió hacia el viejo. —Soy Zoe Winston. Y si tengo suerte en esta vida, pienso convertirme en su nuera nieta, así que voy a

chivarme que me debo a él. Buenas noches.

El abuelo la cogió por el brazo. —Será mejor que te sientes.

Le miró y se le cortó el aliento porque hasta la expresión de sus ojos era exactamente igual. Y estaba cabreado.

—Ahora. —Antes de que se diera cuenta la sentó en una silla demostrando que tenía fuerza de sobra.

—Eh...

—Silencio, si mi nieto nos sorprendiera teniendo esta conversación saldrías perjudicada, ¿no crees? Pensaría que eres nuestra cómplice y que le has traído aquí con engaños.

—Oiga, a mí con chantajes estúpidos no, que soy de Nueva York y hacen falta tres como usted para que me tiemblen las piernas, ¿sabe? Yo no he hecho nada, ni siquiera iba a venir, fue él quien insistió, así que no cuela. Y es mi novio, así que no pienso ocultarle una mierda, ¿me he explicado con claridad?

—Diez mil dólares.

Jadeó ofendida y se levantó de golpe. —¿Pero quién se ha creído que es?

—La pregunta es quién eres tú y hasta dónde estás dispuesta a llegar para ayudarnos. Cincuenta mil.

—Ni de coña. —Fue hasta la puerta.

—¿Adler sabe que contigo no tendrá hijos?

Palideció y le miró por encima del hombro. —¿Cómo sabe usted eso?

—He tenido días de sobra para que te investigaran. Daniel se dio cuenta enseguida que entre vosotros había algo. —La miró fríamente. —Algo que no llegará a ningún sitio, así que es mejor que cojas el dinero y salgas de esta con algo al menos. Cien mil.

—Puedo tener hijos —dijo con rabia.

—Tu madre tuvo siete abortos antes de traerte al mundo. Tenía un problema en el útero, ¿no es cierto? —Se acercó a la jarra

de café y se sirvió uno. —Malformación que tú has heredado. Puede que tú no tengas ningún hijo.

—Tendré diez, viejo meticón —dijo entre dientes.

—¿Y en serio crees que Adler va a soportar lo que soportó tu padre? Dos de esos fetos murieron con más de siete meses de gestación. Golpes muy duros para cualquier matrimonio. —Bebió un sorbo. —No es que conozca mucho a Adler...

—No le conoce nada, porque no ha querido conocerle.

—No sabes nada de nuestra vida, así que no te atrevas a juzgarnos. Como iba diciendo, mi nieto es un perfeccionista, ha trabajado como un cabrón para llegar hasta donde está y tiene un montón de mujeres preciosas y sanas a su alrededor, ¿por qué iba a quedarse contigo?

Sintió un nudo en la garganta que la iba ahogando poco a poco.

—Vamos, sabes que esto no va a llegar a ningún sitio. El chico tiene clase, dinero y tú solo eres una recepcionista que aspira demasiado alto. Disfruta mientras puedas, pero acabará y lo sabes. Cien mil, es mi última oferta. Si no aceptas, puede que no salgas bien parada de esta visita porque cuando me encuentre con mi nieto, puedo dejar caer que tú estás metida en esto hasta el fondo. Tú dejaste pasar a mi hijo para que se encontrara con él y sabías que no estaba enfermo desde el principio. Es más, hasta puedo decir que mentirle con eso de estar enfermo, fue idea tuya para ablandarle el corazón.

—¿Y qué ganaba yo con eso?

—Dinero. Los veinte mil que ya te he dado.

—Viejo asqueroso —dijo con rabia.

—Tranquila, queda muy poco para que se acabe tu trabajo. — Sonrió. —Ahora solo tienes que convencerle para que me lo dé.

Asombrada miró a Daniel. —¿De qué habla?

—Mi hermano se llevó algo cuando se largó de aquí. Algo que ha pertenecido a la familia durante generaciones. Un anillo, un anillo

de oro.

—El anillo de mi madre —dijo el viejo muy molesto—. Ese anillo le pertenece a Ada. —Esta se sonrojó. —Debe volver a la familia.

Zoe miró a todos uno por uno y entrecerró los ojos. —¿Un anillo? ¿Has hecho esto por un anillo? —Señaló a Ada. —¡Esa mujer no lleva ninguna joya! ¡Ni siquiera pendientes! Aunque dudo que no tenga en su habitación, porque seguro que se los pone los fines de semana para ir a misa o a donde quieran que vayan por aquí los fines de semana. ¿Y sabes por qué no las lleva a diario? Porque se encarga de las tareas de la casa, solo hay que ver sus manos. —La aludida se sonrojó mirándose sus manos enrojecidas. —Así que a ella ese anillo le importa muy poco. ¡Ahora me vais a decir la verdad, porque os juro por lo más sagrado que me voy a poner a gritar como una loca, chantajistas de mierda!

—El anillo se lo quitó a su esposa ante todos, pero... —Daniel miró de reojo a su padre—. Pero también se llevó el testamento de su abuelo.

—Al fin llegamos al meollo del asunto.

—Martin era dueño del rancho —dijo el viejo sorprendiéndola—. El único heredero. Mi padre aún estaba vivo en el nacimiento de su biznieto y unas semanas después discutimos, así que cambió el testamento sin decírselo a nadie para dejárselo todo a mi hijo porque deseaba que a su muerte Adler se hiciera cargo. Hecho del que no me enteré hasta que falleció mi padre. Quiero que este rancho lo hereden mis nietos, los que están aquí, que son los que trabajan en él.

No se lo podía creer. Era el dueño de todo y se lo querían arrebatar a pesar de que siempre les habían dejado vivir allí. Ellos se largaron sin nada y aun así querían arrebatarle su herencia. Al mirar a Daniel este bajó la vista avergonzado, demostrando que todo era cosa del viejo. Era evidente que estaba acostumbrado a mandar y a hacer siempre lo que le daba la gana con los que le rodeaban. Pero

Adler era otra cosa, no había crecido bajo su yugo y no iba a plegarse a sus deseos. —Sois patéticos —dijo con desprecio.

—¡Daniel se ha dejado la piel por el negocio, merece que sus hijos lo hereden! ¡Mi padre ya estaba senil cuando hizo el testamento!

—Me imagino tu sorpresa cuando abriste el testamento y viste lo que había hecho. Estarías furioso. —Empezó a entender. —Y lo pagaste con tu hijo, ¿no es cierto? Le hiciste la vida imposible para que renunciara a la herencia. Seguro que vivir aquí era un infierno. ¿Qué hiciste? ¿Malmeter en su matrimonio hasta que ella le fue infiel a su marido y le dejaste en evidencia ante todos? —El viejo se enderezó. —Ya veo. Y empiezo a entender muchas cosas, como que tu hijo te importó una mierda mientras estaba alejado, al fin y al cabo no había reclamado su herencia y solo quería alejarse de ti. Pero cuando faltó Martin la cosa cambió, ¿no? Adler no tiene ningún afecto que le ate a vosotros, podría vender el rancho mañana mismo, así que cuando murió su padre os pusisteis muy nerviosos, por eso ideasteis el robo en su despacho. ¿Qué pasó para que apareciera Daniel? —Miró al tío de Adler. —¿Te arrepentiste? Querías advertirle, ¿no?

—Quería arreglar las cosas por las buenas.

—Y te sorprendió el robo cuando estabas allí.

—No sabía que lo preparaban para esa noche.

—Robar el testamento no os serviría de nada, habrá copias en los abogados.

—No, no las hay porque mi hijo se encargó de ello —dijo el viejo—. Si no en algún momento se hubiera reclamado el rancho, pero nunca lo hizo. Lo guardó sin decírselo a nadie.

—Dios mío, lleváis años buscándolo, ¿no es cierto?

—Necesitamos ese documento y si no es posible, aún podemos recuperar la finca si mi nieto renuncia a su herencia. Martin nunca hizo nada por reclamar las tierras mientras el niño fue

pequeño y cuando falleció nadie sabía que la finca era de mi nieto, así que aún podemos ocultar todo esto.

No se podía creer que ese hombre fuera tan frío, estaban hablando de la muerte de su hijo al que había destrozado la vida. —¿Mereció la pena?

—¿El qué?

—Dañar a su hijo hasta el punto de destrozarle con el único objetivo de quedarse con todo esto.

—Tú no lo entiendes —dijo con desprecio—. Me he dejado la piel por estas tierras, las he enriquecido, imi padre no tenía derecho a quitármelas! ¡Así que coge tus cien mil dólares y cierra el pico, que de todo lo demás nos encargamos nosotros!

Estaba tan cegado por la rabia, por lo que le había hecho su padre, que no podía ver el daño que les había hecho a los demás. Le repelía su sola presencia y quiso alejarse de él dando un paso atrás. No voy a colaborar con esto, pensó abriendo la puerta antes de que pudieran impedirlo y al salir lo más aprisa que podía, se golpeó con algo cayendo al suelo. Al levantar la vista se quedó helada porque Adler estaba ante ella y su mirada no presagiaba nada bueno. De repente sonrió con frialdad. —Nena, has tardado mucho en tomarte la leche, ¿alguna charla interesante?

—Cielo...

Pero él no le hacía caso mirando fijamente a su abuelo. —Vaya, vaya... Te has recuperado —dijo con ironía—. Los milagros existen.

Asombrada por su frialdad le siguió con la mirada y nerviosa se levantó a toda prisa. —Te juro que no sabía nada de toda esta mierda.

La miró con tal desprecio que le heló el alma. —Cierra la boca —dijo antes de volverse hacia su abuelo—. Bien, como es evidente que no estás enfermo como para morirme y que me habéis mentido, deduzco que me habéis hecho venir porque os interesa algo de mí y me imagino qué es.

—Renuncia a la herencia, tus primos se la merecen.

Sonrió con desprecio. —Se la merecen... No os basta que hayáis comido todos de lo que me dejó mi padre, sino que lo queréis todo.

—¡Es lo justo! ¡Vosotros os fuisteis!

Furioso dio un paso hacia su abuelo. —¡Ni se te ocurra volver a hablarme así! ¡Yo no soy mi padre! ¿Crees que no lo recuerdo? ¿Crees que no recuerdo cómo le hablabas? ¿Los gritos y los desprecios? ¡Los recuerdo muy bien y te juro por lo más sagrado que si de mí depende, nadie de esta familia tendrá nunca el rancho!

El abuelo le miró con un rencor que empezó a asustarla. —¿Adler?

Pero él no la escuchó gritando —¡Todo esto es mío y tendrás que aceptarlo o largarte! ¿Me oyes?

—¡Lo hicisteis a propósito! ¡Quisisteis humillarme! ¡Tu padre vendió las tierras de su tío para torturarme, para que viera lo que sucedería cuando yo falleciera! ¡Pensaba venderlo todo cuando ya no estuviera! ¡Todo mi esfuerzo, mis raíces!

—Tus raíces —dijo con odio—. Si nunca te importó tu hijo, que era sangre de tu sangre, tus raíces te importaban muy poco. Lo único que te importaba era tener poder sobre todo y todos los que vivían aquí. Y precisamente eso era lo que te quitó tu padre y nunca pudiste superarlo. ¡Mi padre como legítimo heredero tenía derecho a dirigir el rancho y nunca lo permitiste!

—No tenía las agallas que hay que tener para llevar esto.

Su desprecio la dejó helada y sintió la impotencia en Adler que dijo —Te juro por su tumba que no te muelo a golpes porque acabaría en prisión, pero no me fuerces, viejo, si no quieres acabar tus días en un maldito asilo. ¡Te puedo echar de aquí ahora mismo!

—Por encima de mi cadáver...

—De hecho, puede ser aún peor. No te gustaría la cárcel, abuelo. —Adler sonrió con malicia mientras ninguno podía disimular su sorpresa. —¿Crees que soy idiota? ¿Que no sé que has desviado

dinero del rancho durante todos estos años? ¿Crees que no sé que tú estabas detrás del robo donde casi me matan en mi propio despacho? Pues entérate bien, la policía está informada de todo, el testamento ya lo tiene mi abogado y como me pase algo el rancho será donado a una ONG.

—¡Maldito! —Se tiró sobre él con tal violencia que le lanzó sobre la mesa de la cocina haciéndole caer al suelo. Zoe gritó y al ver que Daniel también se sumaba a su padre tirándose sobre él para darle de puñetazos, gritó corriendo hacia ellos y se tiró sobre la espalda de Daniel para agarrarle del cuello. Pero alguien la cogió por la melena tirándola y cayó sobre una de las sillas que estaban en el suelo. Se hizo un daño terrible en la espalda antes de caer sobre la fría baldosa. Gimió volviéndose y sin saber de dónde sacaba las fuerzas levantó la cabeza para ver que Adler empujaba a su tío tirándole sobre el viejo que cayó al suelo. Entonces escuchó el chasquido. Ada tenía una pistola en la mano y gritó —¡Ponte en pie!

Adler sonrió con desprecio y se levantó pasándose la mano por debajo de la nariz, que sangraba con fuerza. —Putos chiflados.

—Daniel trae papel y un bolígrafo. Aquí nuestro sobrino va a escribir la cesión de sus tierras —dijo con frialdad.

—¿Pero estás loca? —preguntó ella poniéndose de rodillas hasta conseguir ponerse en pie—. ¡Baja el arma!

Ada la apuntó con la pistola. —Cierra la boca si no quieres acabar enterrada junto a él. En cuanto tengamos en nuestras manos la carta que nos ha enviado y que dice que siente muchísimo lo que ha pasado en nuestra familia, que por supuesto las tierras son nuestras y que todo nos pertenece, ningún juez la pondrá en duda.

Daniel llegó casi corriendo. Dejó unos folios sobre la mesa de la cocina y levantó una silla poniéndola delante. —Escribe.

Su abuelo sonrió con maldad. —Y que la letra sea clara.

—No pienso escribir una mierda.

Ada volvió la pistola hacia ella y disparó. Zoe gritó cayendo al suelo agarrándose el muslo. —¡Putita loca! —Se miró la pierna que le

dolía muchísimo y sangraba con fuerza. Palideció. —¿Adler?

—¿Creéis que me importa? —Adler se echó a reír con desprecio paralizándole el corazón. —¡No es nada para mí, solo la traje porque sabía que estaba metida en esto! Ni siquiera folla bien. Es una zorra aprovechada como lo sois vosotros. —Escupió en la cara de su tío. —Pienso veros a todos en prisión.

Incrédula preguntó sin aliento —¿Adler?

Él la miró con desprecio. —Cállate, zorra. Espero que te hayan dado mucho para que me traicionaras porque pienso hundirte. Esos cien mil dólares que ibas a cobrar, te van a salir muy caros.

Sus palabras demostraban que había oído la última parte de su conversación y se dio cuenta de que claramente la incriminaban. No iba a mover un solo dedo por ella y se le rompió el corazón. —No, yo...

Ada apuntó a la cara a Adler. —¡Yo ya no tengo nada que perder, como no escribas esa carta acabarás enterrado en estas tierras, así que escribe!

—¿Me crees estúpido? ¡Si escribo esa carta me matarás y te quedarás con todo! ¡Os juro que vais a sudar sangre en prisión por lo que le hicisteis a mi padre!

Ada gritó de la rabia —¡Escribe!

Sintiendo un miedo atroz Zoe consiguió levantarse.

—¿Crees que no sé que tú fuiste la que le tendiste la trampa a mi madre, puta retorcida?

La impotencia y la rabia se reflejaron en el rostro de esa mujer y Zoe se lanzó sobre ella tirándola al suelo. Se escuchó un disparo, pero consiguió coger la pistola y tirarla a un lado antes de pegarle un puñetazo a Ada en toda la nariz desmayándola en el acto. Sin aliento volvió la cabeza y al ver a Adler apuntando a su tío suspiró del alivio, pero no podía oírle. Gritaba y no podía oírle solo podía escuchar el acelerado sonido de su corazón. Confundida se llevó la mano al oído, pero antes de que llegara a él vio la sangre. Temblando bajó la vista hasta su pierna y entonces vio la sangre que

caía a borbotones sobre su vestido. Ni se daba cuenta de que esa sangre empezaba a bañar su rostro. —¿Adler? —Intentó mirarle, pero todo se nubló antes de caer desmayada hacia atrás sobre el cuerpo de Ada.

Capítulo 9

Consiguió abrir los ojos lo suficiente como para ver varios rostros sobre ella, gritaban, pero no les oía bien. Sintió que tiraban de su ropa y el frío sobre su piel humedecida, pero ni podía protestar. Tenía mucho frío. Algo apretaba su cabeza con fuerza, le molestaba, le dolía... Pero afortunadamente la oscuridad volvió y allí no se sentía nada.

—Vamos cielo, abre los ojos. Demuéstrales a todos lo dura que eres. —Escuchó un sollozo. —No me hagas esto, no podría soportarlo. Después de lo de tu madre no, cielo. Abre los ojos, Zoe, por favor.

Papá... Era su padre, algo en su interior la sacó de aquel sopor y sintió su mano.

—Tranquilo, señor Winston, ya le hemos dicho que... —Hubo un silencio. —Démosle su tiempo para despertar, quitarle la sedación puede tardar unos minutos.

—¿Cómo voy a estar tranquilo?

Su temor hizo que Zoe apretara su mano y su padre sollozó. —Mi niña, ¿me oyes? Me ha apretado la mano, me la ha apretado. —Se hizo el silencio. —¿No me creen? ¡Mi hija es muy fuerte! ¡Ya sé que piensan que no se va a despertar, no soy idiota, pero ella es más fuerte que los demás y nunca me dejaría solo! ¡Sobrevivió a todos sus hermanos y no va a abandonar ahora! ¡Se pondrá bien! —Apretó su mano. —Vamos cielo, demuéstales a todos estos matasanos que puedes con esto.

Ella lo intentaba, pero algo se lo impedía. El sollozo de su padre le rompió el corazón. Al parecer no era tan fuerte como él pensaba y sintió decepcionarle. Alguien suspiró. —Si no hay cambios en las próximas cuarenta y ocho horas, le haremos unas pruebas para comprobar hasta dónde llega su actividad cerebral. Igual solo es cuestión de tiempo. Hablaré con el policía que está fuera para comunicarle su coma. No hace falta que vigile la habitación.

¿Coma? Ella no estaba en coma. Qué tontería. Intentó abrir los ojos con todas sus fuerzas. Leche, con lo fácil que era normalmente. Además, le dolía todo, sobre todo la cabeza. Mierda. Había un pitido constante que la ponía de los nervios.

—¿Sabes, hija? Al verte tan contenta con Adler nunca me hubiera imaginado que destrozaría tu vida.

¿Destrozar su vida? ¿De qué hablaba?

—Ese cabrón —dijo su padre con rencor—. Pero lo va a pagar, eso te lo juro por mi vida.

Asustada por sus palabras apretó su mano.

—¿Zoe?

Sintió que su mano se movía y su presencia era más cercana.

—Hija, ¿puedes oírme?

Sin saber cómo pudo abrir los ojos y al ver a su padre consumido por la preocupación se asustó. —Papá —susurró con la voz muy ronca.

Greg se acercó aún más con los ojos llenos de lágrimas. —Sabía que lo conseguirías.

—¿Qué me pasa? —Intentó levantar la otra mano para llevarla hasta la garganta, pero algo se lo impidió.

—¿No lo recuerdas? —Las lágrimas corrieron por sus mejillas. —Te dispararon en la cabeza, hija.

—¿Qué?

—Pero eres tan fuerte que conseguiste desarmarla y tirar el arma. Eso dice la policía por sus declaraciones.

—¿Policía? —Confusa cerró los ojos. —Tengo sed, dame agua.

Su padre pulsó varias veces el botón que había en el costado de su cama. —Enseguida vienen, no te duermas de nuevo.

Le miró. —Me duele.

Impotente asintió. —Lo sé, pero enseguida te ayudarán.

La puerta se abrió y una enfermera al verla despierta dejó caer la mandíbula del asombro antes de salir corriendo. —¡Doctor Ramírez!

—¿Qué le pasa a esa? Parece que ha visto a un fantasma.

—No creían que despertaras, no dejaban de insinuármelo. — Besó su mano muy emocionado. —Y estás bien, mi niña, mi niña bonita.

—Estoy bien, papá —dijo agotada.

Dos hombres con bata entraron en la habitación casi corriendo. —Dios mío... —dijo el más mayor acercándose—. ¿Señorita Winston? ¿Me oye?

—Sí, no estoy sorda. ¿Puede darme agua? Me raspa la garganta.

—Hasta que no le haga unas pruebas, no debería...

—Papá, dame agua —dijo como si no hubiera oído nada, frustrada porque no le hiciera caso cuando tenía la garganta como una lija.

Greg cogió la botella que tenía sobre la mesilla.

—Enfermera puede quitarle el suero —ordenó el doctor.

La enfermera le hizo algo en el brazo y quitó una bolsa del gotero. Su padre miró al doctor y este asintió con la cabeza sin quitarle ojo a su paciente. Greg le acercó el vaso de agua a los labios y ella bebió con ganas. —Despacio, hija.

Cuando no quiso más dejó caer la cabeza en las almohadas mirando al doctor. —¿Qué me pasa? Parece que mi padre tiene miedo a decirme lo que está ocurriendo.

—¿Qué sabe?

—No mucho, me duele la cabeza. He entendido que me dispararon.

—Hemos tenido que operarla de un disparo que entró cerca de la sien, por encima de la oreja. El ángulo hizo que la bala saliera por la parte superior del cráneo. —Se acercó y tocó su cabeza suavemente en un extremo de su coronilla. —Tendría que haber muerto en el acto, pero consiguió salvar la vida y salvar al señor McFerson antes de perder el sentido. Durante la operación su corazón se detuvo, seguramente por la pérdida de sangre porque la otra bala rozó la vena femoral. Ya fue increíble que viviera lo suficiente hasta que llegaron los sanitarios y a punto estuvo de perder la vida en quirófano, pero no me di por vencido y conseguí reanimarla, aunque...

—¿Aunque?

—Después de demasiado tiempo.

Separó los labios de la impresión. —Entiendo, por eso pensaban que no despertaría, creían que mi cerebro no había recibido oxígeno durante demasiado tiempo.

—Exacto.

—¿Y la lesión cerebral?

—Debido al ángulo apenas rozó masa encefálica y por lo que vemos está bastante bien, razona, comprende lo que le digo, está alerta... De todas maneras, para asegurarnos vamos a hacerle un montón de pruebas.

—No.

—¿Perdón?

—Lo que sea será y lo iré descubriendo. —Miró a su padre. — Quiero irme de aquí, quiero volver a casa. ¿Cuánto llevo ingresada?

—Una semana, cielo.

—¿Qué? Papá, tu cumpleaños.

—Eso no es importante.

—¡Claro que lo es, el televisor!

Greg sonrió. —Lo tiene la vecina.

Suspiró del alivio. —¿Dónde está Adler?

Su padre parpadeó. —¿Adler?

—Sí, ¿dónde está? No estará herido, ¿no?

—No, cielo... —Miró al doctor de reajo. —Ha vuelto a Nueva York.

—¿Cómo va a volver a Nueva York? —Forzó una sonrisa. —Si yo estoy aquí. ¿Cómo iba a dejarme así? Ningún novio haría eso.

—Hija, la policía te acusa de ser cómplice de intento de estafa, robo e intento de asesinato.

—¿Qué?

—Él declaró que tú colaboraste en llevarle hasta allí, que eras cómplice de esos bastardos para quitarle su herencia, que te iban a dar cien mil dólares. Y ellos corroboran su versión. Han dicho que te contrataron para que Adler estuviera más relajado en su visita al rancho y para que le convencieras de que colaborara.

Se le cortó el aliento. —¿Qué has dicho?

—Además dicen que te dieron veinte mil dólares para que les ayudaras en el atraco en Nueva York. Y que ibas a cobrar cien mil por llevarle hasta el rancho para tenderle una encerrona. Hija, si todo salía mal pensaban matarle, al no tener sucesor todo volvería a ellos. Ya tenían el hoyo cavado en una parte de la finca, eso dicen en las noticias. Nunca le hubieran encontrado. Si todo salía mal, pensaban decir que se había ido porque en el fin de semana no habían limado asperezas. En una finca tan grande nunca le encontrarían.

—Y me hubieran matado a mí para no dejar testigos.

—Seguramente. Pero a pesar de todo lo que le he dicho a la policía, la fiscal que va a encausaros va a por ti y a por los demás, no atiende a razones cuando le digo que tú también fuiste engañada. Ha dicho en la televisión que no piensa dejarte escapar.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Así que Adler les cree.

—Sí, hija. Les cree y no quiere ni verte. De hecho, ha vuelto a Nueva York sin que en ningún momento le importara tu estado, a pesar de que le salvaste la vida.

Apretó su mano necesitando sentirle e intentó pensar. Nadie la creería, en Texas no la conocía nadie. Necesitaba ayuda de alguien que estuviera de su parte y no solo de un buen abogado. Entonces un rostro vino a su mente. —Papá, ¿recuerdas a aquel policía?

Su padre entrecerró los ojos. —¿El que vino a casa?

—Necesito que le encuentres.

Greg mostró la esperanza en su rostro. —Es un tío listo.

—Sabrá encontrar la verdad.

Miró el móvil que estaba entre sus manos e hizo una mueca. Se lo había comprado su padre, era de esos antiguos con tapa y botones, pero es que como no conocía bien la zona no había encontrado nada mejor cerca del hospital. Bueno, daba igual, servía para lo que quería. Marcó el número que sabía de memoria antes de poner el teléfono en manos libres. —¿Diga?

—¿Señorita Sellers?

—Soy yo, ¿quién es?

—Soy una buena amiga.

—¿Perdón?

—¿Recuerdas a la mujer de Thompson? Ella seguro que se acordará de ti cuando le hable de los cuernos que le pones con su marido. Os conocisteis en aquella celebración de Navidad que hizo la empresa hace dos años, ¿no? Compartisteis unas risas y unas copas de más.

—¿Quién eres? —preguntó entre dientes.

—Soy una amiga, ya te lo he dicho. Si no quieres que le haga una llamadita, vas a hacerme un favor.

—¿Qué favor? ¿Quieres dinero?

—Qué va, tranquila, tendrás para pagar ese Mercedes tan caro que te has comprado. Quiero información.

Se hizo el silencio, así que se lo estaba pensando.

—Vamos, no es espionaje industrial o algo de eso, solo quiero información de tu jefe.

—¿De Roberts?

—No, ese no me interesa nada. Quiero saber qué hace Adler.

—No trabajo en su zona de presidencia.

—Por eso será menos sospechoso. Pero sé que comes todos los días con Lisa y que os divierten los cotilleos. Quiero saber lo que hace y con quién. Quiero saber cómo está y si sale con alguien, quiero saber todo lo que tenga que ver con su vida personal, ¿me he explicado bien?

—¿Durante cuánto tiempo?

—Hasta que me aburra.

—Oye, yo no quiero líos...

—Pues no haberte liado con ese idiota, que hay que tener mal gusto.

—¡El mercado está muy mal!

—Dímelo a mí. Te llamaré mañana y espero noticias. —Colgó y en ese momento entró su padre que llevaba una bolsa en la mano.

—Dime que es con queso.

—Doble de beicon y queso —dijo contentísimo—. Adivina...

Cogiendo la bolsa preguntó —¿Qué?

—Me ha llamado.

Sin entender le miró.

—El policía, ese Morrison, me ha llamado, viene hacia aquí.

No pudo sorprenderse más. —¿De veras?

—Dice que nada de lo que le he contado le cuadra y que vendrá a hablar contigo. Que tú no eres una delincuente.

Apenas sonrió y dijo —Genial.

—¿Genial? —Se sentó a su lado. —Hija, ¿qué pasa? Pensaba que te alegrarías, él cree en ti.

—Sí, es una muy buena noticia. —Desenvolvió la hamburguesa que olía a gloria, pero ella solo comió por recuperar fuerzas. De hecho, en esos dos últimos días que llevaba despierta no le apetecía mucho la comida del hospital, por eso su padre había ido a por ella y ya que él había hecho el esfuerzo pensaba comérsela. Masticó y forzó una sonrisa. —Buenísima.

—Ninguna como las que preparas tú.

—Qué ganas tengo de volver a casa.

Su padre acarició su brazo. —Lo sé, cielo. Y volverás. Cuando salgas del hospital volveremos a casa.

Escucharon voces fuera y Greg se levantó. —¿Qué pasa? —Abrió la puerta y pasmado preguntó —¿Pero qué haces aquí?

—Tío dile a este que me deje pasar. ¡Soy su prima y tengo derecho a verla porque aún no le han leído sus derechos, que lo he visto en internet!

Emocionada vio como su prima entraba y se echaron a llorar antes de abrazarse con fuerza. —Estás aquí.

—Tenía que venir, tenía que ver que estabas bien. Mamá decía que no nos dejarían verte, pero después de mirar tus derechos en internet quise asegurarme de que esos datos eran correctos, así que fui a la universidad de Nueva York para preguntarle a uno de los profesores de derecho y me compré un billete de autobús.

—¿Y tus padres, saben dónde estás?

—Claro. —Soltó una risita. —Estarán al caer. —La besó en la mejilla y se apartó para mirarla bien. —¿Cómo estás?

—Viva, que ya es mucho. Eres una loca.

Glory soltó una risita y miró el vendaje que tenía en la cabeza. —¿Te han rapado entera?

—No, cuando me curaron me mostraron que me han rapado solo una franja de la parte afectada. Tengo un redondel enorme, pero terminará por cubrirse por el cabello.

—¿Y la pierna?

—Tuvieron que operarla, pero está bien. —Vio que su padre tenía el teléfono al oído, estaba hablando con su hermano, seguramente. —Eres un bicho, el tío no puede dejar su trabajo así como así.

—Bah, le debían vacaciones, ya era hora de que se las tomara. —Acarició su mano y vio que la otra la tenía engrilletada a la cama. —Ya veo.

—Las cosas se han puesto feas.

Glory se la quedó mirando. —Te ha hecho daño, ese cabrito te ha hecho daño.

Negó con la cabeza. —Ha sido más decepcionante que doloroso, supongo que las heridas duelen mucho más.

—O que todavía estás en shock.

—El psiquiatra que me ha visitado, dice que aún no lo he asumido. —Se quedó mirando su hamburguesa. —Supongo que he sido tan feliz a su lado que no quiero aceptar que todo era mentira, que siempre desconfió de mí y que para él nada era real. —Una lágrima recorrió su mejilla. —Dijo que no le importaba si me mataban.

Su prima la abrazó. —Eres importante para mí, para nosotros y siempre lo serás. No le necesitas. Necesitas a un hombre que lo dé todo por ti y que haga lo que sea para hacerte feliz.

—Nadie me hará feliz porque no será él.

Glory apretó los labios y apartó la mirada. A Zoe le dio la sensación de que le ocultaba algo. —¿Qué? ¿Qué pasa?

Miró de reojo a su tío que seguía hablando por teléfono y Zoe la cogió por la barbilla para que la mirara. —¿Qué pasa? ¿Qué me ocultáis?

—No llamó a una ambulancia.

Se le cortó el aliento entendiendo lo que quería decir. —Eso no puede ser, estaba herida.

—No llamó a la ambulancia, Zoe. Te creyó muerta y solo llamó a la policía. Dijo que estabas muerta, está grabado. Fue un policía quien te tomó el pulso y llamó a emergencias. Te trasladaron en helicóptero, me lo ha dicho mi padre. Te salvaste de milagro y no por lo que él hizo por ti. Por Adler podrías estar muerta, no movió un dedo para ayudarte. Ni se molestó en comprobar si tenías pulso.

Sintió que se le resquebrajaba el corazón. —Dios mío...

Su respiración se aceleró y Glory se asustó por ella. —¿Prima?

—¿Qué ocurre? —Greg se acercó a toda prisa. —¡Hija respira!

No le importaba nada, por su falta de auxilio podría haber muerto y le daba igual. —Dios mío... —Le costaba retener el aire. —Dios mío...

Su padre salió corriendo mientras pedía ayuda a gritos y su prima desesperada se echó a llorar. —Lo siento, lo siento, no tenía que haberte dicho nada.

Una enfermera entró en la habitación con un médico y se acercaron a ella. —Zoe respira más despacio —dijo el doctor—. Un gramo de Lorazepam, tiene un ataque de ansiedad.

La enfermera salió corriendo. El doctor cogió la hamburguesa dejándola en la mesilla y la cogió por los brazos. —¡Zoe mírame, mírame!

Sin saber cómo le hizo caso.

—Como no respires más despacio te vas a desmayar. ¿Quieres eso? ¿Quieres asustar a tu padre? Respira hondo... Despacio. —Lo intentó. —Eso es, lo haces muy bien, repítelo. —Zoe respiró hondo mientras no dejaba de llorar. —Esto era predecible, ¿no es cierto? El dolor tiene que salir, déjalo salir... —Consiguió sollozar. —Eso es... —La enfermera llegó a su vía e inyectó la medicación. —Eso te hará sentir mejor. —Zoe sollozó mientras su padre totalmente pálido tuvo que sentarse en una silla. —Eso es... —dijo el doctor antes de abrazarla—. Ahora te encuentras mejor, ¿verdad?

—Sí, gracias.

—No tienes que darlas. —Acarició su espalda mostrando el enorme morado que tenía en ella y su prima lloró tapándose la cara con las manos. —El dolor pasará y todo esto será un mal recuerdo.

—No me ayudó, doctor. No le importó si estaba muerta...

—Shusss... Todo pasará y dejarás esto atrás. Ahora descansa, tu cuerpo necesita descansar. —La ayudó a tumbarse en la cama y apagó la luz con el botón de la cama mientras le decía a la enfermera. —Estaré en urgencias, si no se encuentra mejor, haga que me llamen.

—Sí, doctor Hobson. —El hombre se levantó y miró a su familia. —Les aconsejo que se vayan a descansar unas horas. Necesita estar sola.

—No pienso dejar a mi hija en ese estado.

El doctor apretó los labios. —Déjenla descansar, como no lo hagan haré que les echen, ¿me han entendido?

—Sí, sí —dijo Glory—. Descansará, se lo juro.

El doctor y la enfermera salieron de la habitación, pero antes de cerrar la puerta la enfermera metió la cabeza y dijo —No les quito ojo...

Greg gruñó antes de volverse y forzó una sonrisa a su hija que en ese momento hipaba del disgusto. Ella alargó la mano y se la cogió de inmediato sentándose a su lado. —No me ayudó, papá.

—Eso ya no es importante. No es bueno para ti y ya no está en tu vida. Saldrás de esta y estaremos a tu lado en cada paso que des.

Le abrazó con fuerza. —Te quiero, papá.

—Lo sé, mi niña. Y quiero que nunca olvides que lo eres todo para mí. Y tienes que buscar a un hombre que piense lo mismo, cielo. Ese será tu compañero de vida.

Capítulo 10

Al día siguiente le estaban cerrando el vendaje de la pierna cuando llamaron a la puerta.

—Adelante.

La puerta se abrió y el detective Morrison entró en la habitación. Al ver sus piernas desnudas se detuvo en seco. —Oh, perdón, pensaba...

—No pasa nada, ya he terminado —dijo la enfermera—. La herida está muy bien, Zoe. Seguro que mañana el doctor dice que podemos quitarle el vendaje.

—Gracias, May.

—Un placer. —Le guiñó el ojo al detective antes de empujar el carrito fuera de la habitación.

Zoe reprimió una sonrisa. —Al parecer le ha gustado, no sé si está soltera, tendré que preguntárselo.

—No está en mis planes, así que no hace falta que preguntes nada. —Sus ojos fueron a parar al vendaje de la cabeza. —Has tenido mucha suerte —dijo muy serio.

—Sí, mi padre dice que es un milagro y es algo que opinan algunos doctores.

Se acercó a ella y cogió la silla.

—No, por favor, siéntese en la cama a mi lado. Si tengo que mirar hacia la silla me duele la espalda.

—¿Seguro?

Sonrió. —Sí, seguro.

Él lo hizo con cuidado y se la quedó mirando. —¿Cómo te has metido en este lío, Zoe?

—No tengo ni idea, supongo que amando al hombre equivocado.

—Muy sincero.

—No pretendo engañar a nadie.

—¿Temes que haya venido con segundas intenciones?

Decidió ser más cercana con él, ya que la trataba con confianza. —Mi padre está obsesionado con que eres perfecto para curar mis heridas y no hablo de las exteriores.

—Quizás tu padre tiene razón.

Sonrió con tristeza. —Puede ser, pero de momento no creo que sea así y no sé si será posible.

—No suelo darme por vencido —dijo haciendo que mirara sus ojos grises—. Ahora cuéntame tu parte de la historia. Y empieza desde el principio, será lo mejor.

—Antes deja que te dé las gracias.

—¿Las gracias por qué?

—Por venir hasta aquí, has sido muy amable.

—En cuanto me llamó tu padre y me enteré de todo lo que había ocurrido en Texas, no había nadie que pudiera retenerme.

—¿Ni tu capitán?

Sonrió. —Él sabe que cuando se me mete algo en la cabeza nunca me detengo, así que ya no intenta ordenarme nada porque lo que menos quiere es perderme.

—Debes ser muy bueno en tu trabajo.

—Te aseguro que sí, por eso estoy impaciente por saber qué ocurrió en ese rancho. No te dejes ningún detalle, puede ser importante.

—Todo empezó cuando Daniel, su tío, apareció en la empresa.

Media hora después su padre, su tía, su tío y su prima ya habían llegado, pero en ningún momento la interrumpieron mientras se lo contaba todo a Warren.

—¿Sabes que tienes nombre de rockero? Warren Morrison... Suenas a guitarrista.

—¿No me digas? —preguntó divertido—. Tenía una banda cuando estaba en el instituto.

—Seguro que erais buenísimos.

—No lo hacíamos mal, pero crecimos.

Perdió algo la sonrisa. —Sí, crecimos y todo se complicó. ¿Cómo lo ves?

—Eso, eso —dijo Glory—. Al grano.

Todos la miraron y su prima se sonrojó. —¿Lo he dicho en alto?

Warren sonrió. —Voy a hablar con mis colegas de Texas y a leer las declaraciones. —Se levantó. —Mañana me pasaré por aquí y hablaremos.

—Uy, este lo ve muy feo —dijo su tía por lo bajo.

—Tranquilos, solo necesito tiempo para tirar de unos cuantos hilos y que les quede claro a estos texanos que con los de Nueva York no hay que meterse.

Eso les hizo sonreír.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana, majó —dijo su tía.

Cuando salió todos se miraron. —¿Creéis que podrá librarme de esta?

—Por cómo te ha mirado, este va a poner Texas patas arriba con tal de librarte de la cárcel —dijo su padre orgulloso—. Es que hasta hecha polvo les enamora, no puede evitarlo, es como su madre.

Su tía sonrió. —Pues sí. Nuestras chicas son guapas, listas y con futuro.

Bueno, eso del futuro estaba por ver. Esperaba que Warren encontrara algo porque sino acabaría en una cárcel texana y allí las penas por intento de asesinato eran de aúpa.

A la mañana siguiente, cuando aún estaba dormida, la puerta de su habitación se abrió de golpe sobresaltándola y su enfermera entró excitadísima. —Zoe, Zoe...

Aún medio dormida se sentó con esfuerzo. —¿Qué pasa? ¿Hay fuego? ¿Hay que evacuar? Pues vete a buscar la llave de las esposas o sácame con cama y todo.

Se echó a reír. —Qué graciosa eres.

—¿De veras? ¿Qué hora es?

—Las siete de la mañana y he venido escuchando las noticias en el coche.

—Hemos entrado en guerra —dijo asustada.

—¿Qué?

—¡Yo qué sé! ¿Qué pasa?

—¡Qué te has librado! ¡La tipa esa que trabajaba contigo en la empresa de ese McFerson ha declarado que tú nunca supiste nada, que eres buena persona y que nunca te hubieras implicado en algo así!

—No fastidies.

—Y han encontrado más pruebas de que no estabas implicada. La policía ha demostrado que jamás te encontraste con Daniel McFerson antes de que te abordara en la empresa. Y lo ha demostrado porque ese imbécil nunca antes había cogido un avión a Nueva York y no hay ni una sola llamada que demuestre que estabais en contacto. Le han interrogado y aunque al principio se resistía a librarte del asunto, entró en contradicciones y el que le interrogaba le sacó hasta los higadillos. Agárrate, en el pasado

Martin McFerson sufrió un extraño accidente de coche cuando vino a Texas a vender no sé qué tierras.

—¿Intentaron matarle?

—Ahora creen que sí, aunque en el pasado las autoridades no le dieron ninguna credibilidad a su historia. ¿Me sigues?

—Sí, sí.

—Pues eso. Como sabía que no tenía pruebas para denunciarles, ¿qué hizo él?

—Ni idea.

—Era listo, volvió a Nueva York y llevó el testamento a un abogado con un informe médico de sus lesiones. Dejó una carta donde contaba quién le había agredido y el por qué. Después escribió a su familia, les dijo que no quería saber nada de ellos y que por él todo seguiría igual mientras viviera, que su hijo no sabía nada ni sabría nada del testamento en el futuro, que podían estar tranquilos. Y lo hizo así porque temía por la vida de su hijo.

—Por eso no hicieron nada más mientras Martin vivía.

—Por eso y porque temieron que si Martin fallecía por asesinato, la policía podía rascar y podían llegar a pensar en ellos después de lo del accidente aquí.

—Serían sospechosos.

—Y eso sin saber que ese abogado guardó toda la documentación y aún está en su poder con la carta de Martin. Pero cuando murió, ellos se asustaron porque seguramente al revisar los papeles Adler habría visto el testamento. Esperaron, él no hizo nada, entonces se les ocurrió la idea de intentar robárselo. Pero después de entrar en su casa no lo encontraron y pensaron en la empresa. Los de la radio han dicho también que al parecer tu novio hizo testamento antes de que fuerais a Texas.

Separó los labios de la impresión. —Como dijo Adler, dijo que lo había donado todo a una ONG.

—Exacto.

—Así que el testamento de su abuelo no estaba en la caja fuerte de la oficina, ya estaba en el abogado. Pero ellos no lo sabían, como Martin no había hecho nada en el pasado, confiaban en que les había dicho la verdad.

—Sí, ¿a que ahora te has quedado tiesa de la impresión?

—¿Y Adler sabía todo esto?

—Pues no lo sé, eso no lo han dicho.

Pensó en ello. —¿Entonces para qué fue Daniel a Nueva York si no quería impedir el atraco? Ya habían contratado a esos para que lo hicieran y él estaba de acuerdo. ¿Para qué fue?

—Uy, de eso no han dicho nada.

A toda prisa cogió el teléfono. —Warren lo tiene que saber.

—¿El poli macizo?

—Ese. —Su padre lo cogió enseguida. —Papá, dame el teléfono del poli.

—Hija...

—Mejor mándamelo por mensaje que no tengo para apuntar. Date prisa, que parece que me libro. —Cerró la tapa. —Vamos, vamos...

En ese momento se abrió la puerta y un policía asomó la cabeza. —¿Puedo quitarle las esposas? ¿Es buen momento?

Se le cortó el aliento. —¿Es cierto? ¿Me he librado?

Entró en la habitación. —Solo sé que no se presentarán cargos y que debo volver a la central.

Asombrada vio como sacaba la llave y abría las esposas. —Que pasen un buen día.

—¡La paciente debería demandarles por ensuciar su buen nombre! —protestó su amiga.

El policía le guiñó un ojo antes de largarse. —Uy, qué descarado... —Al volverse vio sus ojos llenos de lágrimas y May se acercó a toda prisa para abrazarla. —No llores.

—Es de alegría, puedo volver a casa.

—Sí.

Su teléfono sonó y May se apartó para que lo cogiera. — ¿Papá? Me han soltado, ya no tengo las esposas.

—Hija, no me has dejado decirte que me acababa de llamar Warren. No te ha llamado a ti porque pensaba que estarías dormida.

—Dime... ¿Qué ha descubierto?

—Todo fue una farsa desde el principio, hija. Daniel quería entrar en la empresa con el fin último de matar a su sobrino. Ese era su objetivo al invitarle a Texas y si le salía bien, si Adler aceptaba ir a su rancho, pensaba deshacerse de esos idiotas que eran sus cómplices en el intento de robo.

Confundida se pasó la mano por la frente. —¿Pero qué dices? Si Daniel no sabía cuándo iban a actuar, eso dijo.

—Mentía, Maggie lo ha declarado. Warren, al enterarse de que estabas en problemas, habló con la fiscalía para que le permitieran interrogarla de nuevo. La chica estaba deseando ayudarte porque te aprecia y sabe que no tienes ninguna culpa. Ha llegado a un acuerdo con la fiscalía por una reducción de la condena y ha dicho todo lo que sabía. Al parecer Daniel la conoció porque es prima de uno de sus vaqueros y su familia siempre se ha dedicado a este tipo de trabajos. Ya me entiendes, trabajos poco limpios. De hecho, tienen un largo historial de condenas por timos y asaltos. Los McFerson les iban a pagar cincuenta mil dólares si conseguían los papeles. Diez mil por adelantado. Ese era el plan inicial, pero ocurrió algo que hizo que los McFerson cambiaran de opinión y Daniel tuvo que ir a Nueva York. El día D abordó a Maggie antes de que entrara en la empresa y pidió que lo retrasaran un día, que les pagaría igual, pero que tenía que hablar con Alder a ver si llegaban a un acuerdo por las buenas.

—Una mentira si su objetivo era matar a Adler.

—No te adelantes, hija, que quiero contártelo por orden, que luego me lío porque esto tiene mucha miga.

—Perdona, continúa...

—Maggie intentó llamar a los suyos a lo largo del día, lo intentó varias veces, pero no consiguió ponerse en contacto con ellos.

—No fastidies.

—Al parecer su novio tenía dentista por la mañana y el otro se había ido de juerga la noche anterior, por lo que estaba algo perjudicado.

—Menuda panda, es evidente que Maggie era la más lista de los tres.

—Así que cuando llegaron las cinco de la tarde, ellos ya estaban en el parking del edificio con la tarjeta que Maggie les había conseguido para que pasaran el control de acceso y esperaron a que la chica les diera el visto bueno. ¿Adivina cuál era la señal?

Pensó en aquella tarde y se le cortó el aliento. —Una llamada perdida. Colgó porque la interrumpí cuando se iba... Estaba llamando a alguien y parecía impaciente. Como entraba en la sala del café, la seguí para evitar que abriera el armario y descubriera a Daniel.

—Esa era la señal para darles el visto bueno y que subieran a las cinco y media en punto, porque Maggie sabía que Adler tenía una llamada de trabajo a las cinco y cuarto. Conocedora de lo trabajador que es Adler, estaba segura de que a las cinco y media estaría solo en su despacho. Al darse cuenta de que había dado la orden de subir con esa llamada perdida, tuvo que correr para rodear el edificio y entrar por el garaje. Pero sorpresa, la tarjeta que había clonado no funcionaba. Intentó llamar de nuevo, pero su novio y el otro idiota tenían los teléfonos en silencio, seguramente para que no se oyeran en el aparcamiento si alguien bajaba a buscar su coche.

—Y cuando subieron, Daniel estaba allí porque durante ese tiempo yo le dejé pasar.

—Ellos no le conocían, para esos imbéciles solo era otro tipo de la oficina al que tenían que neutralizar para conseguir su objetivo, pero se encontraron con que Adler tenía más aguante con los golpes de lo que se esperaban y no soltaba un solo número de la caja fuerte. Daniel temiendo que esos idiotas le mataran allí con él

presente y que le terminaran implicando en el asalto, se asustó, así que intentó defender a su sobrino llevándose unas buenas hostias de paso y entonces llegaron los de seguridad pegando tiros. Les detuvieron a todos y ya sabes el resto. Los implicados cerraron la boca porque se creen profesionales y Daniel volvió a su casa porque...

—Ya había conseguido lo que quería, que Adler aceptara ir hasta Texas. Nada había salido bien y allí le iban a tender una encerrona. Aprovechó la situación para quedar bien con Adler al intentar defenderle y seguro que pensó que se marcaba un tanto cuando su sobrino aceptó ir a Texas.

—Exacto, pero Adler no es idiota, no cayó en su trampa y te invitó a ir con él porque su tío lo sugirió y sabía que tú le habías ayudado a subir al despacho.

—Por eso salió conmigo.

—Esperó a que algo os delatara.

—¿Pero por qué ir hasta allí? No es tonto, tuvo que suponer en algún momento que su vida correría peligro.

—Claro que lo suponía, pero sentía la necesidad de enfrentarse a ellos por todo el daño que le habían hecho a su padre. Y para eso iba armado.

Se le cortó el aliento. —¿Qué?

—Pero como viajaba contigo, escondió la pistola en su maleta y cuando llegó al rancho aún la tenía allí. Tenía miedo de que...

—Yo la descubriera antes de llegar, por ejemplo si le abrazaba.

—Cuando llegó a la habitación la escondió. Entonces escuchó un grito abajo. Eras tú diciendo que no a algo. Salió para escuchar, pero era evidente que si quería enterarse de algo tendría que bajar, así que volvió a coger la pistola. La escondió a su espalda sujeta con su cinturón, por eso nadie la vio bajo su camisa. Pero cuando su abuelo se tiró sobre él, el arma cayó bajo la mesa sin que nadie se diera cuenta.

Se le cortó el aliento. —Entiendo. ¿Pero por qué matarle en lugar de ir por las buenas? ¿En lugar de intentar tener una buena relación?

—Porque necesitaban mucho más que el rancho. Estaban desesperados porque los McFerson necesitaban su fortuna.

Entonces lo entendió. —Creían que si él moría lo heredarían todo, el rancho, la empresa, todo su dinero...

—Exacto, no está casado, no tiene familiares cercanos porque su madre se fue del país hace años y no se sabe nada de ella, creían que todo acabaría en sus manos. El rancho pasa por apuros económicos. Esos idiotas que Daniel había contratado para el atraco no iban a cobrar ni un solo dólar más, por eso pensaban deshacerse de ellos. El dinero que tenían previsto darles había desaparecido, lo habían perdido cuando unas reses que pensaban vender para pagarles tuvieron que ser sacrificadas por no sé qué enfermedad. Por eso quiso anularlo todo si su sobrino aceptaba ir a Texas. Si no conseguía convencer a Adler...

—Al día siguiente con el atraco buscarían el testamento en el despacho, al menos les quedaría el rancho y aún podrían venderlo.

—Pensó en ello. —Para Daniel fue una suerte que su sobrino aceptara ir hasta allí a conocer a su abuelo moribundo. Pero Adler dijo que habían desviado dinero, no pueden estar en la ruina.

—Es que Daniel no sabía que el viejo robaba ese dinero. Su padre había estado sacando la pasta del país sin que él se enterara por si algún día les echaban. Pero como tenía a toda su familia trabajando como esclavos no podía decirles que tenía una fortuna guardada sin ponérselos en contra. Por eso cerró el pico esperando que la muerte de Adler lo resolviera todo.

—Tenía la esperanza de conseguir las tierras de sus antepasados con la muerte de su nieto.

—Llevaba media vida pensando que el rancho sería suyo, cuando su padre le desheredó no pudo soportarlo.

—Adler nunca había confiado en ellos por todo lo que sufrió su padre y cuando vio que yo me llevaba tan bien con Daniel

desconfió de mí. —Se le hizo un nudo en la garganta por la decepción. A pesar de haber estado a su lado no había llegado a conocerla en absoluto. —Por eso me pidió una cita, para averiguar hasta qué punto estaba implicada en esto. Ese era su único objetivo.

—Lo siento mucho, hija.

Zoe se quedó en silencio pensando en ello.

—¿Estás bien?

Intentando reprimir las lágrimas asintió. —Sí, estoy bien.

—En un rato voy a verte.

—No tengas prisa, May está conmigo. —Colgó el teléfono y su enfermera esperó impaciente. —Se ha acabado.

—Me alegro mucho por ti.

Zoe forzó una sonrisa.

—¿Estás bien? —preguntó May.

—Sí, claro. Son tonterías mías.

—Tú no eres tonta en absoluto, solo hay que verte.

Hizo una mueca porque hasta su enfermera la conocía mejor que Adler. Mientras las lágrimas caían por sus mejillas y con la mirada perdida recordó su sonrisa, sus caricias... —Por unos días llegué a pensar que los sueños se cumplen, que se puede llegar a conseguir ese amor del que hablan en los libros. —Levantó la vista hasta sus ojos. —Pero solo fue una estupidez. Qué tontería, ¿no? Ni que fuera una niña.

May cogió sus manos. —Ese amor existe. Intenso, emocionante y salvaje... Sí que existe. Yo lo conseguí y te puedo asegurar que no fue fácil.

—¿De veras?

—Chica, a veces hay que sufrir, pero yo soy más de torturar.

Entrecerró los ojos. —¿Qué quieres decir?

—Mi chico tonteó con otra ante mis narices dos semanas antes de nuestra boda, ¿sabes?

—¿Y qué hiciste? ¿Te vengaste?

Entrecerró los ojos sonriendo maliciosa. —¿Que si me vengué? Todavía lo está pagando y no terminará de pagar hasta que la espiche.

Minutos después pensó en las palabras de May. ¿Venganza? ¿Qué iba a conseguir con eso? Él no la quería, solo había estado con ella porque quería utilizarla. Cogió su teléfono y miró la hora. Ya estarían trabajando. Se puso el teléfono al oído.

—Otra vez tú.

—Por el tono de tu voz pareces agotada.

—Ayer tuvimos una cena de negocios que terminó a las tantas. Y no, no estaba Adler.

—¿Tienes algo?

—¿Aparte de que está cabreadísimo? Le acabo de ver en el ascensor y parecía que se lo llevaban los demonios. Le he preguntado si estaba bien y me ha dicho que me metiera en mis asuntos, que era por lo que me pagaba.

—¿Algo más aparte de su mala leche?

—En la cena, Callister mencionó algo que me llamó la atención, el jefe está pensando en anular la expansión.

Entrecerró los ojos. —¿Lo de las Vegas?

—Veo que estás enterada.

—Yo me entero de todo. —Escuchó un suspiro. —¿Quieres un consejo?

—No sé qué contestar a esa pregunta.

—Thompson no te quiere.

—Qué sabrás tú.

—Te lo he dicho, yo lo sé todo. No eres la única. —Escuchó como se le cortaba el aliento. —Siempre me has caído bien, así que

te diré quién es y dónde se ven.

—¿Quién es? —dijo furiosa.

—Mónica Crimble.

—Estás de broma. ¿Mi secretaria?

—Se ven todos los miércoles a las siete en la casa que ella tiene en Brooklyn.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque es vecina mía del barrio. He visto entrar a ese imbécil en el edificio y soy algo curiosa. Al parecer juegan a los bolos. Ella es muy aficionada, ¿sabes? Y no es mala, es casi tan buena como yo.

—¿No me digas? —preguntó entre dientes.

—Es un cabrón y tú eres demasiado lista como para dejar que te tome el pelo. ¿Quieres vengarte?

—Si me ayudas en esto, te conseguiré toda la información que quieras.

Se moría por saber más de él, pero eso lo haría gratis porque estaba convencida de que Thompson no era de fiar y cuanto más lejos estuviera de Adler mejor para todos. —Siempre he tenido un pálpito con ese tío.

—¿Qué quieres decir?

—Un día envió unos papeles, mejor dicho, los dejó en la recepción para que los enviaran. Era un sobre cerrado y debía ser enviado a un apartado de correos.

—¿Y?

—Que por casualidad pude abrir ese sobre. Era una copia de la compraventa del edificio del Soho, ¿y adivina qué? Hice alguna llamadita, pregunté aquí y allá y tengo las firmes sospechas de que se edificio se vendió por dos millones más de lo que valía y Thompson conocía al viejo que lo vendió.

—¿Qué quieres decir? ¿Que se quedó con una comisión de dos millones por la venta?

—Exactamente.

—¿Puedes demostrarlo?

—Seguro que tú puedes acceder a sus cuentas en uno de vuestros encuentros. Tengo entendido que siempre se lleva su ordenador. ¿Sabes lo que significaría eso? El ascenso que esperabas.

—¿Por qué me ayudas?

—Porque hace tiempo me ayudaste cuando tuve un problema. Podías haber hecho que me despidieran por ello y no lo hiciste, es más lo encubriste.

Se le cortó el aliento. —¿Zoe?

—Shusss...

—Dios mío, ¿estás bien? En las noticias dicen que tu estado es crítico.

—En estado crítico se va a quedar el jefe cuando vuelva a casa.

Se echó a reír. —Ahora lo entiendo todo. ¿Qué pretendes?

Entrecerró los ojos. —Todavía no lo sé. Consigue esa clave y el ascenso, nos vendrá bien a las dos.

—¿Volverás?

—Si todavía tengo trabajo cuando regrese, por supuesto que sí.

Capítulo 11

Un mes después

Pero cuatro semanas después ya no estaba tan furiosa. De hecho, hasta podía entender su punto de vista. Aunque eso no significaba que no le doliera su comportamiento. Dios, estaba tan confusa que no era la de siempre. No dejaba de darle vueltas al asunto y ya pensaba que se iba a volver loca. En casa de su tía bebió un sorbo de su cerveza antes de sentarse a la mesa de la cocina donde Glory estaba poniendo unas costillas a la parrilla que tenían una pinta estupenda.

—Uhhh, tiene un aspecto increíble, tío.

—Gracias, cielo. —Sentándose a la cabecera la miró de reojo.
—¿Sabes algo de...?

—¿La empresa? ¿De Adler? ¿De alguien? Pues no.

—Eso no es del todo cierto —dijo Greg sirviéndose algo de ensalada—. Warren no deja de llamarla para ver cómo se encuentra.

Su prima silbó. —Así que el policía no se rinde. —Le guiñó el ojo. —Está cañón.

Cogió una costilla y empezó a comer encogiéndose de hombros.

—¿Qué ocurre? —preguntó Blanche—. ¿No te gusta?

—Es que... No sé qué hacer. —Su familia se miró y empezaron a comer sin decir palabra. —¿Qué? ¿Nadie va a decir nada?

—Hija, es tu vida, no podemos meternos en eso —contestó su padre con la boca llena.

Bufó antes de dar otro mordisco a su cena. —Antes no erais tan diplomáticos.

—¿De veras Adler no te ha llamado? —preguntó su tía como si no se lo pudiera creer.

Apretó los labios antes de tragar. —No, y tampoco he recibido carta de despido alguna. Me siguen pagando puntualmente.

—Creerán que sigues recuperándote, estuviste muy grave. — Blanche cogió otra costilla poniéndosela en el plato de Zoe y le guiñó un ojo. —¿Qué te ha dicho el médico esta mañana?

—Que ya puedo trabajar.

—¿Pero?

Sonrió divertida. —No sé dónde. No sé si volver o no. —Pensó en ello. —¿Sabéis lo que me mosquea? No me ha llamado Lisa ni nadie de la empresa. Silencio total. ¿No es raro? No es que fuéramos amigas íntimas, pero llevaban tres años trabajando conmigo.

—Duele, ¿verdad? —preguntó su prima.

—Un poquito.

—¿Esa es otra razón por la que te piensas volver?

Dejó la costilla sobre el plato. —No sé cómo voy a reaccionar al verle.

Su tía asintió. —¿Sigues enamorada de él?

—Debería sentir rencor, ¿no es cierto?

—Nadie te culparía —dijo su padre irónico demostrando lo que pensaba, aunque no se lo dijera claramente.

—No sé lo que siento.

Su prima cogió su mano. —Pues deberías volver para averiguarlo, ¿no crees?

—¿Y qué más da lo que yo sienta si él no siente lo mismo? No le importo.

—Date tiempo. Necesitas tiempo y él también. Igual dentro de unos meses las aguas vuelven a su cauce.

—No intentes justificar sus acciones, hija. No deberías animarla a que volviera con el daño que le ha hecho —dijo Curtis molesto—. Puede que al principio Adler estuviera cabreado y paranoico porque Zoe había ayudado a Daniel, pero cuando se supo la verdad tendría que haber dado la cara. —Su tío apoyó los codos sobre la mesa. —Mira, tu padre no quiere decirte lo que piensa, pero siento que debo decirte que Adler no es buena gente, debería haberse disculpado por lo menos. ¡Joder, podrías haber muerto, no llamó a una ambulancia!

—Curtis... —le advirtió Greg.

—¡No, hermano, no haces bien al no decirle lo que piensas! ¡Ni siquiera se preocupó por su estado después de saberse la verdad! ¡Y estaba allí por él, porque él se lo pidió! ¡Él la metió en esa familia de locos y casi la matan!

—Buena razón para no volver. —Zoe mordió la segunda costilla.

—Encontrarás otro trabajo.

—¿Y que ese idiota se vaya de rositas? —preguntó su prima indignada.

—Ah, que ahora es idiota. Chica, eres un poco veleta.

—Es que papá me ha abierto los ojos. Deberías ir y hundir su empresa.

—Eres una mujer de extremos.

—¿Qué quieres que te diga? Estoy muy confusa, mi churri está de su parte. Estoy entre el amor eterno y la matanza de Texas.

—Ya somos dos. —Con la costilla en la mano entrecerró los ojos. —¿Sabéis qué? Creo que voy a volver para tocarle las narices, porque es evidente que no quiere ni verme, así que se fastidie. Y si siento que me duele mucho su indiferencia, rechazo o lo que sea me pienso lo de la matanza.

—Hija, que no estamos para más dramas.

—Tranquilo papá, yo controlo.

Monísima con un traje de chaqueta rosa, un maquillaje ligero y un pañuelo rodeando su cabeza le guiñó un ojo a Harry.

—Zoe, qué sorpresa.

—¿Cómo te va?

—Oh... pues bien —respondió incómodo—. ¿Y tú cómo estás?

—Mucho mejor, gracias. —Entró en el hall de la empresa y se detuvo en seco al ver a una rubia monísima poniéndose los cascos. —¿Quién es esa?

—Amanda Mathews, está ahí desde antes de ayer.

—¿Solo? —preguntó sorprendida.

—No duran nada —susurró él para que no le oyera nadie—. No hacen más que meter la pata y se forman unas colas.... No veas la que se formó ayer con una junta que hubo con los administradores de los edificios.

Puso los ojos en blanco y caminó hacia allí a toda prisa. La chica la miró interrogante y Zoe le hizo un gesto con la mano. —Ponte en el otro asiento.

—¿Perdón?

—Estás en mi sitio.

Debía ser un poco lenta porque no se movió. —Mis cascos, por favor. —Rodeó el mostrador y dejó su bolso en su sitio. —Me reincorporo hoy.

—Oh, ¿eres Zoe? —Sus ojos brillaron de la ilusión y se levantó a toda prisa quitándose los cascos. —Qué alegría, qué alegría que estés aquí.

—Vaya, gracias. —Fue hasta su asiento y se puso los cascos. —¿Quieres durar aquí?

—Sí, sí, claro...

—Pues a partir de ahora observa.

—Zoe...

Se volvió y sonrió. —Jessica Sellers... ¿Cómo te va, guapa?

Sonrió. —Muy bien, ahora soy vicepresidenta.

—Tengo entendido que descubriste un fraude —dijo haciéndose la tonta—. Felicidades.

—Ese capullo tuvo lo que se merecía. ¿Lista para la acción?

—Lista para todo.

—Me alegra que hayas vuelto, me alegro muchísimo.

Se escuchó un chillido y ambas miraron hacia Lisa que se acercaba loca de la alegría. —¡Has vuelto, has vuelto!

Rio. —Menuda bienvenida.

Lisa rodeó el mostrador y le dijo a la nueva —Aparta, leche. —La abrazó. —Has vuelto.

—Me alegro de estar aquí.

—Lo siento, pensarás lo peor de mí, pero no pude localizarte. —Se apartó para mirarla a los ojos. —El día en que volvió al trabajo no dijo nada de ti ni de lo que había pasado. Pero como no estabas en el trabajo se formó un lío en recepción de aúpa. Al decirle que no habías venido a trabajar, dijo a gritos que no quería volver a oír tu nombre en su vida.

—No me lo dijiste —dijo Jessica indignada.

Lisa pasó de ella y esta jadeó mientras su amiga decía —Te llamé al móvil, pero no me lo cogías.

—Lo tenía la policía, como todas mis cosas.

—Y cuando fui a recursos humanos a pedir el número de tu casa, me dijeron que no lo tenían. Ni el de tu padre, que ya lo habían buscado. Entonces uno de los abogados habló de ti en el ascensor y fue cuando me enteré de que estabas en Texas. Me enteré de lo que te había pasado, que estabas muy grave.

—Afortunadamente no fue para tanto.

Mirando su pañuelo apretó los labios. —Lo dudo mucho. Bueno, ya estás aquí. —La miró ilusionada. —¿Quedamos para comer?

—Claro. Tendréis mil cosas que contarme, ¿verdad Jessica?

—Iremos al restaurante francés del final de la calle. Pagaré con la tarjeta de la empresa y pediremos champán a la salud del jefe —dijo con ironía.

—Hablando del rey de Roma...

Zoe se volvió y sintió un estremecimiento en el corazón al verle entrar hablando muy serio con uno de los abogados. Sus ojos se encontraron y Adler se detuvo en seco como si fuera una sorpresa tenerla allí mientras ella sentía mil cosas. Llevaba esperando ese momento más de un mes, se había imaginado ese instante tantas veces, pero nunca había esperado que se mostrara impertérrito mientras su corazón se retorció de dolor, rencor y mil sensaciones más que mejor no analizaba porque cualquiera pensaría que le faltaba un tornillo.

Adler apretó los labios antes de acercarse al mostrador. Cada paso que daba su dolor aumentaba porque no mostraba ningún signo de arrepentimiento.

—Señorita Winston...

Así que las cosas iban a ser así. Algo irónico teniendo en cuenta que toda la empresa sabía que habían estado liados. —Señor McFerson.

—¿Se encuentra en condiciones de realizar su trabajo?

—Podría hacerlo incluso estando en coma —dijo con rabia.

Tenso asintió. —Me alegra que haya vuelto, ahora todo volverá a la normalidad.

Zoe no contestó mostrando su rabia en sus preciosos ojos azules.

Él reparó en su amiga que estaba tras ella. —Lisa, creo que tenemos mucho trabajo pendiente.

—Sí, señor McFerson.

—¿Jessica?

—Ahora voy, jefe —dijo demostrando que no iba a salir corriendo tras él.

Lisa, el abogado y él fueron hacia el ascensor y cuando entró se volvió para pulsar el botón y sus ojos se encontraron de nuevo. Su frialdad la había helado, totalmente. Que no mencionara lo que había ocurrido, que no se disculpara por su comportamiento, era tan injusto como cruel y ahí supo que no es que hubiera dejado de quererle es que Adler había matado su amor.

—Lo siento —dijo Jessica.

Forzó una sonrisa. —No pasa nada.

—En todas estas semanas pensaba que volveríais, que su cambio de carácter mostraba que no estaba bien y solo tú podías ser la razón. No tenía que haberte alentado a regresar.

—Da igual. Me ha hecho bien para darme cuenta de que todo fue un espejismo. —Se puso los cascos. —Ahora a trabajar.

—¿Seguro que estás bien?

Sonrió, aunque por dentro quería gritar de la frustración. —Estoy perfecta. —Pulsó el botón. —Roberts McFerson, ¿qué puedo hacer por usted?

Jessica apretó los labios alejándose y dijo por lo bajo —Será estúpido...

A la hora de su café no pudo salir porque Amanda no sabía ni por dónde andaba. ¿Quién había sido la lumbrera que la había puesto allí? Si ni siquiera sabía cómo funcionaba la centralita y del programa informático más de lo mismo. Estuvo tan ocupada que cuando se dio cuenta era la hora de la comida. Ella había llevado su táper de albóndigas, pero como había quedado con las chicas debería llevarlo de nuevo a casa. Con el táper en la mano fue hasta la centralita y pulsó el número de presidencia. —Lisa maja, ¿va a

salir a comer? ¿No me digas? No, no pidas nada. —Miró su táper. —Tengo aquí su comida.

—Cuando le puse la bandeja delante gimió de gusto, os lo juro. —Lisa bebió de su copa de champán. —Y me preguntó si había algún restaurante nuevo por la zona.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó Jessica cogiendo un canapé de salmón—. Yo no le daría ni la hora.

Sonrió maliciosa. —Para que cuando sepa que las he hecho yo, crea que le he envenenado o algo así. En plan venganza.

Las chicas se echaron a reír. —Ya verás cuando vuelva —dijo Lisa—. ¿Estaban ricas, jefe? ¿No sabían a nada especial? Es que me he enterado de que las ha hecho Zoe. Creía que las habían enviado los de la cafetería de enfrente —dijo con cara de niña buena—. ¿Seguro que está bien, necesita un médico?

—Se le va a quedar una cara... —dijo Jessica riéndose.

El teléfono de Zoe sonó en ese momento y riendo descolgó. —¿Diga?

—Me alegra oír que estás tan contenta —dijo Warren.

—Está siendo un buen día.

—Pues podemos pasar una noche aún mejor. ¿Te recojo a las siete?

Entrecerró los ojos y recordó la expresión de Adler al verla. Era evidente que tenía que olvidarse de él y puede que fuera cierto eso de que un clavo sacaba a otro clavo. —Hoy no puedo, tengo partida de bolos. ¿Sabes jugar a los bolos?

—¿Quieres que forme parte del equipo?

—Más te vale que seas bueno, no puedes dejarme mal.

—Preciosa, te aseguro que eso no pasará.

—¿Conoces la bolera que hay en mi barrio?

—La encontraré.

—A las siete. —Colgó el teléfono y sonrió a las chicas. —¿Os he hablado de Warren?

Ambas negaron con la cabeza. —Oh, pues os aseguro que hay mucho que contar.

Vio que llamaban de presidencia y puesto que Lisa la llamaría a su móvil si quisiera contarle algo, decidió ignorar la llamada. Estaba muy ocupada. Pulsó otro botón. —Roberts McFerson, ¿en qué puedo ayudarle?

—¿Puedes subir a mi despacho?

Se tensó en el acto porque la había llamado también por el móvil. —¿Quién es?

—Nena, sabes de sobra quien soy. Necesito hablar contigo. Ahora.

—Y yo tengo mucho trabajo. —Colgó el teléfono y contestó otra llamada. —Roberts McFerson —dijo entre dientes.

—Tengo dos calcetines de dos colores distintos, ¿dónde están los otros?

Entrecerró los ojos. —¿Señora Marquez? ¿Su hija está en casa?

—Mamá, ¿qué haces? —Alguien cogió el teléfono. —¿Quién es?

—Soy Zoe.

—Oh, Zoe, lo siento mucho. ¿Ha vuelto a llamar?

—No te preocupes. ¿Cómo estás?

—¿Que cómo estoy yo? ¿Cómo estás tú?

—¿Te has enterado?

—Hace dos días mi madre llamó a la empresa preguntando por ti y una tal Amanda le dijo que estabas en el hospital. ¿Estás

bien?

—Sí, muy bien, gracias. —Miró a su compañera de reojo. —
¿Fue amable con vosotras?

—Sí, sí, no te preocupes por eso, es buena gente.

Sonrió. —Me alegro mucho.

—Te he hecho una manta y me gustaría enviártela. ¿Puedo
hacerlo a la empresa?

—No tenías por qué...

—Bah, aquí me aburro mucho y el crochet me ayuda a pasar
las horas.

—Gracias, eres muy amable.

—Espero que te guste.

—Seguro que sí. —Vio que la puerta del ascensor se abría y
Adler salía con cara de pocos amigos. —Mierda, tengo que dejarte,
se acerca el jefe.

—Hasta la próxima.

—Será un placer. —Colgó el teléfono. —¿Roberts McFerson?

Adler llegó hasta el mostrador, pero ella le dio la espalda. —
¿No me diga? Es una desgracia, por supuesto que puede cambiar su
cita, le paso con su secretaria. —Pulsó el botón.

—Nena...

—¿Roberts McFerson? Oh, ¿no me diga? ¿Y de qué negocio se
trata? ¿Calderas? —Se volvió hacia Adler. —¿Te interesan calderas a
muy buen precio?

—¡No! —dijo impaciente—. Pode...

Se volvió para decir —El jefe dice que no. Lo siento, amigo. —
Se giró para pulsar el botón. —¿Roberts McFerson?

—Señor, si quiere puedo intentar ayudarle yo —dijo Amanda
comiéndoselo con los ojos. Zoe la fulminó con la mirada y esta hizo
una mueca—. O no. Mejor se encarga la jefa.

Adler alargó la mano y pulsó el botón para colgar. Zoe dijo al micro ante su boca —¿Oiga? —Al volverse y ver la mano sobre el botón entrecerró los ojos. —Era una llamada importante.

—Pues que vuelva a llamar —dijo entre dientes. Rodeó el mostrador y la cogió del brazo llevándosela con cascos y todo a la sala del café. Cerró de un portazo cortando el cable por la mitad.

Ella jadeó indignada. —Mira lo que has hecho.

—Seguro que tienes otros cascos por ahí.

Gruñó y levantó la vista hasta sus ojos mirándole como si quisiera pegarle cuatro gritos. —Muy bien, ¿qué quieres?

Se la quedó mirando. —¿Piensas desobedecerme?

—¿Perdón?

—¿Piensas desobedecerme? Te recuerdo que trabajas para mí.

—¿Y a qué viene esa pregunta?

—¡A que si te ordeno que subas, subes! —gritó.

Zoe tensó la espalda. —Muy bien, jefe. Dejaré mi trabajo, lo dejaré todo por correr a su despacho la próxima vez.

La señaló con el dedo. —Más te vale. No te creas que por lo que ha pasado puedes hacer lo que te venga en gana.

Ella palideció. —¿Te refieres a que casi me matan en casa de esos familiares tan simpáticos que tienes?

—Nena...

—Deja de llamarme nena, no es profesional. Muy bien, ahora estamos hablando, ¿qué quieres?

—Una periodista acaba de llamarme a mi móvil. ¿Se lo has dado tú? Al parecer quiere entrevistarnos. Nada de prensa, nada de hablar con los medios, ¿me has entendido?

La sorpresa fue tan enorme que no pudo evitar que se reflejara en su rostro y dio un paso atrás.

Él carraspeó como si estuviera incómodo por su reacción. —¿No te ha llamado?

—Acabo de darme cuenta de que no solo eres igual que tu abuelo por fuera sino también por dentro.

Se tensó por lo que consideró un insulto. —No me parezco a él en absoluto —dijo entre dientes antes de ir hacia la puerta.

—Claro que sí, no te importa nadie excepto tú mismo y pasarías sobre cualquiera para conseguir tus propósitos. Sois exactamente iguales, unos gilipollas sin sentimientos.

Se detuvo en seco y sin mirarla dijo —Me alegra ver que has vuelto y que estás bien.

—¿De veras? ¡Sí, fue evidente que te importaba mi estado por todas tus malditas llamadas interesándote!

La miró sobre su hombro y Zoe vio en sus ojos algo que le provocó un vuelco al corazón, arrepentimiento. —Vuelve al trabajo —dijo fríamente antes de salir de allí.

Sin aliento fue hasta la puerta y le siguió con la mirada hasta que se subió al ascensor. Él se volvió para pulsar el botón y vio como juraba por lo bajo sin mirarla antes de pulsar el botón de nuevo como si estuviera impaciente por largarse.

—¿Ocurre algo con el jefe?

Forzó una sonrisa. —Ocurrió, pero ya es pasado.

—Una pena.

—Sí. —Miró hacia el ascensor de nuevo. —Sí que es una pena.

Capítulo 12

—De veras, estaba esposado y corrió hacia la cornisa como en una maratón. Gritamos para advertirle, pero estaba tan empeñado en escapar que ni nos oyó.

—¿Se cayó? —preguntó Glory con los ojos como platos.

—El muy idiota cayó siete pisos y destrozó el toldo de la joyería. Pero tuvo suerte, porque estaban descargando unas decoraciones de Navidad de un camión para decorar la tienda y cayó sobre una de ellas. Un pesebre.

Rieron.

—Cuando llegamos abajo estaba lleno de paja y la corona del niño estaba en su cabeza, así que a partir de ese momento le llamamos el Mesías. Ese es su apodo ahora y todos los policías de Nueva York le conocen por ese nombre.

—¿Y has tenido a muchos así? —preguntó ella antes de darle un mordisco a su pizza.

—Unos cuantos.

—En tu trabajo no te aburres.

Se la comió con los ojos. —Seguramente en el tuyo tampoco puedes aburrirte.

—Tengo mis días.

Su tío llegó a la mesa de la bolera con otra ronda de cervezas, pero en lugar de dejarlas en la mesa se quedó allí de pie mirando algo. Zoe sonriendo volvió la cabeza y se quedó de piedra al

ver a Adler. Todos fueron perdiendo la sonrisa poco a poco y se acercó. —Buenas noches a todos.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó su tío molesto.

—Quería... —Se pasó una mano por la nuca como si estuviera muy incómodo y el corazón de Zoe se retorció. —Quería disculparme. Con todos. —La miró a los ojos. —Me equivoqué contigo y lo siento, nena. Lo siento muchísimo. Esta tarde en la empresa quería decírtelo, pero... Da igual. Debí haberte cuidado mejor y siento mucho que tú pagaras los patos en Texas.

—¿Y sientes no haber comprobado si mi hija estaba muerta? —Su padre se levantó. —¿Lo sientes?

—Creí... Creí que no había nada que hacer, había mucha sangre. Mucha.

—No lo comprobaste porque no te importaba —dijo Warren levantándose—. Oye, nos estás jodiendo una noche estupenda, ¿por qué no te largas?

A Zoe se le retorció el corazón cuando la miró como si esperara que dijera algo. Al darse cuenta de que no era así, Adler asintió. —Siento haberos importunado, buenas noches.

Nadie le contestó y se largó de allí a toda prisa.

—Hay que tener valor para presentarse aquí —dijo Blanche por lo bajo—. Al menos hay que concederle eso.

Glory sentada frente a ella levantó una ceja interrogante, pero es que ni sabía qué decir. ¿Se había presentado allí por lo que le había dicho esa tarde? Warren bebió de su cerveza sin quitarle ojo, lo que la sonrojó de la vergüenza porque le estaba utilizando para sentirse mejor y no era justo. Agachó la vista y se dio cuenta que aún tenía el pedazo de pizza en la mano. Lo dejó en el plato mientras su tía le preguntaba a Warren algo sobre su trabajo que ella no llegó a oír. Se levantó y su prima la cogió por la muñeca. —Voy al baño.

—¿Te acompaño?

Forzando una sonrisa negó con la cabeza antes de alejarse. Entró en el baño de mujeres y apoyó las manos sobre el lavabo intentando respirar hondo. Se sentía tan confusa... Su tía entró en el baño y le acarició la espalda. —Warren es un buen hombre, cielo.

Con los ojos llenos de lágrimas asintió.

—Solo quiere una oportunidad, no le tomes en cuenta que se haya metido entre Adler y tú hace un momento.

—¿A qué ha venido?

—¿No es evidente? Ha venido porque se ha dado cuenta de todo lo que ha perdido por sus malas decisiones. —La miró sorprendida. —Sí, lo he visto en sus ojos. Ha venido porque contigo se sentía especial y lo ha enviado todo al garete por las tonterías que se le metieron en la cabeza y las consecuencias de sus actos. Ha venido porque sabe que lo que hizo es imperdonable y quería ver nuestra reacción. Y para cómo se comportó, no ha salido mal parado. Pero se ha llevado una sorpresa que no se esperaba...

—Warren.

—Sí. Sabe que está interesado en ti, eso es evidente y por cómo le habló debe creer que has pasado página. Y cualquiera en tu lugar lo haría. Eso es lo que te duele.

—No, no es...

—A mí no me mientas, es como si le hubieras dicho a las claras que ya no es nada para ti y tienes miedo de perderle del todo, por eso estás así. —La cogió por los hombros para que la mirara. —Estás enamorada de él y harías lo que fuera porque estuviera a tu lado, pero él ha demostrado que no es digno de tu amor, cielo. Puede que pudiera perdonarle que no te tratara bien porque dudaba de ti, que no comprobara que estabas muerta por las circunstancias y todo lo que sangrabas, pero cuando se enteró de que eras inocente no hizo nada y eso no debes perdonárselo nunca porque ha demostrado que su orgullo es mucho más fuerte que su corazón. Ahora se arrepiente, pero si no eres lo primero para él, eso no sirve de nada.

Asintió y se pasó la mano por la mejilla limpiando las lágrimas. —Tienes razón.

—Y tu tío también la tiene, no deberías volver al trabajo, eso solo te hace sufrir.

No, eso sí que no, pensó asustada, así que forzó una sonrisa. —Estaré bien.

—¿Seguro? Cielo, no quiero que sufras y si le sigues viendo...

—No permitiré que esto destroce mi vida.

Entró en la empresa con su café en la mano y sonrió a Amanda que ya estaba colocando sus cosas. —Buenos días, novata.

Sonrió. —Buenos días.

—¿Lista para un día duro?

La miró asustada. —¿Más que estos últimos días?

—Hoy hay seis reuniones en el tercer, cuarto y sexto piso.

—Ay madre, que todavía no sé dónde están los despachos ni las salas de juntas. Ni siquiera me sé los nombres. Aquí trabaja demasiada gente.

—Cierto, sobran unos cuantos. —Rodeó el mostrador y por el rabillo del ojo vio que entraba Adler.

—Uy, uy, el jefe.

—Tranquila, no vendrá hasta aquí —dijo entrando en la sala del café para dejar sus cosas.

Se equivocó, al volverse allí le tenía cerrando la puerta. Parpadeó. Se quedaron mirándose y ella no sabía muy bien qué decir, así que mejor no decir nada. Adler apretó los labios. —¿Estás bien?

Asintió. Él miró el pañuelo y apretó los puños como si quisiera tocarla. —Me equivoqué y tienes razón, me parezco más a mi abuelo de lo que me gustaría. —Ella siguió sin decir nada. —¡Joder, dime

algo, grítame, pégame, pero no te quedes ahí sin decirme lo cabrón que fui!

—¿Lo necesitas para expiar tus culpas?

—¿Crees que no quería llamarte? —Dio un paso hacia ella. — ¿Que no quería saber cómo estabas?

—Pero no lo hiciste.

—Ya lo había roto, y ya no tiene arreglo. —Se miraron el uno al otro. —Ya no tiene arreglo, nena.

—No. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —No podré olvidarlo.

Apretó los labios. —Lo sé y no te lo reprocho. —Alargó la mano para coger la manilla de la puerta. —Pero eso no significa que no lo sienta, aunque ya da igual. No voy a volver a hablar contigo, no merece la pena seguir ahondando en una herida que no sanará nunca y es evidente que solo te hago daño. Si hay algún problema laboral enviaré a Jessica para que te informe, supongo que lo entiendes.

—Lo entiendo.

Abrió la puerta. —Espero que seas muy feliz, nena, lo espero de veras.

Emocionada susurró —Te deseo lo mismo.

Él se alejó y sin soportar ver cómo se iba se volvió intentando contener las lágrimas. Después de unos segundos en los que logró contenerse gritó como si nada —Amanda, ¿quieres un café?

—Sí, gracias.

Se volvió con la jarra y forzó una sonrisa. —Pues allá voy.

—No, maja —dijo al auricular—. No se te va a devolver la fianza porque has dejado el piso hecho unos zorros, no solo habrá que acuchillarlo y pintarlo entero, sino que habrá que sustituir toda la fontanería. —Parpadeó. —¿Que no tienes la culpa de que las

tuberías se hayan atascado, que tú solo te depilas? ¿Pero qué tienes por pelos, crines de caballo? Mira, si quieres te paso con departamento legal para que te dejen las cosas claritas, porque tengo entendido que te pueden reclamar la factura. —Asombrada miró el teléfono. —¡Me ha colgado!

Amanda soltó una risita. —¿Cómo se le ocurre? Te ha dejado a medias.

—Pues sí. —Colgó de golpe antes de levantar el auricular de nuevo. —¿Has tomado nota?

Amanda asintió. —Departamento legal. Buena táctica para librarse de los pesados.

—Chica lista. —Pulsó el botón. —Aquí Roberts McFerson, ¿en qué puedo ayudarle?

—¡Hija de la gran puta, cuando te pille te voy a despellejar viva!

Asombrada miró el auricular y gritó —¡Pues aquí me tienes, cabrón! ¡Ven cuando quieras a ver si eres tan valiente en persona!

Todo el hall miró hacia ella que se sonrojó. —Uno que no paga.

De repente un billete de diez dólares apareció sobre el mostrador y miró a Amanda que forzó una sonrisa. —Llevas dos días pagando el café.

—¿Pero estás tonta? Guarda eso.

—¿Quién era?

—El de siempre, que se divierte soltando tacos.

—¿Alguna vez habíais tenido alguno así?

—No es raro que la tomen con nosotras, pero este está siendo algo pesado.

—Lleva así un mes.

—Y se estará riendo de lo lindo, porque al fin me ha sacado de mis casillas. Bah, olvídalo, ¿tienes galletas? Estoy muerta de hambre y aún queda una hora para comer.

Amanda sonriendo abrió el cajón que había entre ellas y se las tendió. —Gracias, eres la mejor. —Se metió una en la boca y masticó contestando la siguiente llamada. —¿Sí...? —Puso los ojos en blanco. —Si tiene un edificio en venta ponga un anuncio, si a mi... ¿Que está en la quinta avenida?

En ese momento salieron del ascensor los jefes hablando entre ellos y ella gritó —¡Adler!

Este se detuvo en seco. —¿Qué?

Señaló el auricular. —Cógelo, cógelo...

Fue a toda prisa y cogió el teléfono rozando su mano. Sentir su tacto le provocó tal descarga que ni escuchó cómo se presentaba. —¿No me diga? —La miró a los ojos. —Nena, apunta esto. —Zoe conectó los cascos y cogió papel con un boli. El hombre empezó a dar la dirección que ella escribió a toda prisa. —¿De veras vende ese edificio?

—Tengo un problema con hacienda y debo librarme de él para pagar al fisco, ¿le interesa?

—Sí, me interesa mucho.

Roberts se acercó. —¿Qué pasa?

—¿Le viene bien que lo veamos ahora?

—Claro que me viene bien —dijo el hombre aliviado—. Yo estoy aquí porque vivo en el último piso, estaré encantado de recibirles. El portero les indicará.

—Perfecto señor Spino, estaremos ahí en veinte minutos.

Alargó el auricular para que ella lo cogiera. —Gracias, nena. Tiene buena pinta.

—¿Tendré una prima?

La miró intensamente. —Puede.

Se alejó cerrándose la chaqueta del traje y Zoe se sonrojó de gusto. Amanda silbó. —Si las miraras hablaran, esa hubiera dicho que te comería viva.

—Qué va.

—Por cierto, ¿qué tal el poli?

—No seas cotilla.

Dos semanas después se volvió en la cama y suspiró. Dios, se encontraba fatal, seguro que había cogido una de esas gripes de verano. Bufó sentándose en la cama y cuando fue hasta el baño se mareó tanto que tuvo que agarrarse al marco de la puerta. —Mierda. —Se llevó la otra mano a la frente, pero no parecía que tuviera fiebre. Abrió el grifo de la ducha y se quitó su pijama corto para meterse debajo. El agua fresca le sentó estupendamente y suspiró de gusto. Igual debían instalar aire acondicionado, esa noche había pasado mucho calor y ahora podían permitírselo.

Se estaba vistiendo cuando sintió una repentina arcada y tuvo que correr hacia el baño para vomitar. Su padre la oyó desde la habitación de al lado y fue hasta allí a toda prisa. —Hija, ¿estás bien?

Iba a decir algo, pero tuvo que vomitar de nuevo. —Oh, Dios... —Mojó una toalla y se agachó a su lado. Cuando pudo levantó la cara y Greg le pasó la toalla por su sudoroso rostro. —Vamos a ir al médico.

—No es nada...

—Por favor, hija, no te pongas rebelde. Igual es por el golpe en la cabeza, hay que asegurarse.

Estaba tan preocupado que no pudo negarse. —Está bien, a las nueve llamaré al trabajo para decir que no voy.

Greg sonrió. —Bien.

El médico de la clínica que pagaba su seguro, revisó el historial que había llevado su padre e inmediatamente llamó a una

ambulancia para llevarla al Sinaí. Su padre perdió todo el color de la cara. —Tranquilo papá, seguro que no es nada.

—Voy a llamar a tu tío.

No dijo nada, sabía que para él era un apoyo y no pensaba negárselo. En cuanto llegó la ambulancia la metieron en ella, pero su padre tuvo que irse en taxi porque no le permitieron acompañarla. —Qué exagerados.

—Más vale prevenir que lamentar —dijo la enfermera antes de guiñarle un ojo.

—¿Seguro? Ya verá cuando en mi empresa se monte el lío en la recepción, porque Amanda aún no puede con todo.

—Pues tendrán que arreglarse.

Tendrán que arreglarse, pensó mirando el techo del escáner donde la habían metido. Aquello daba una angustia terrible. Y todo por vomitar, le debían haber sentado mal las alubias que se había cenado a las dos de la mañana. Últimamente se pasaba un poquito y como le costaba dormir asaltaba la nevera. Era la leche que por unas alubias estuviera allí. Gruñó y alguien dijo por un altavoz —Por favor, no se mueva.

—¿Es que no han mirado ya bastante?

—Enseguida acabamos, no se mueva.

Que no se moviera... Pensó en el trabajo, todavía no había podido llamar porque le habían quitado el bolso. Esperaba que Amanda no la montara muy gorda, se asustara y se fuera porque iba por muy buen camino. Ya se sabía los nombres de la mitad y con dos meses más sería una recepcionista de primera. Le gustaba, era una amiga genial. Uy, no había llamado a las chicas, esperaba que no se preocuparan.

Un cuarto de hora después, iba en una silla de ruedas camino a su habitación. —¿Cómo que a mi habitación? —preguntó al celador

—. ¿Me han ingresado?

—Eso parece.

Al entrar en una habitación de lujo se quedó con la boca abierta. —Aquí tiene que haber un error.

Su padre se levantó de la silla al lado de la ventana. —Yo también me he sorprendido.

Un médico entró en la habitación mientras se levantaba de la silla de ruedas. —¿Señorita Winston? Soy el doctor Gallager.

—¿Qué dice el escáner?

—Todo está bien, pero vamos a hacerle algunas pruebas más.

—¿Por qué?

—Rutina, en un caso como el suyo debemos asegurarnos. Tenga paciencia. Enseguida vendrán a sacarle sangre.

Bufó sentándose en la cama.

—Hija ten paciencia, todo lo que te hagan será por tu bien.

El doctor sonrió y salió de la habitación.

Gruñó. —Papá tengo hambre.

—Y tendrás que aguantarte mientras te hacen las pruebas, porque no han dicho nada de que puedas comer.

—Estás encantado con esto, ¿no?

—Al menos así descansarás. ¿Por qué no te acuestas un poco?

—¿Les has dicho algo?

—Que no duermes bien, que comes fatal, que estás apática y de un humor extraño.

—¿De un humor extraño?

—El otro día llorabas con una película de dibujos animados.

—Eso lo hace mucha gente.

—¡Era Shrek! ¡Se supone que la gente se ríe con ella!

—Era una parte muy emocionante, ¿qué pasa?

—Hija, me preocupas.

Sí, eso lo sabía de sobra porque no paraba de observarla como si fuera alguien a punto de explotar. Y el resto de su familia se comportaba igual. Mejor cambiar de tema. —Voy a llamar a la empresa.

—Pero...

Antes de que pudiera evitarlo ya tenía el teléfono al oído. —¿Amanda? Menos mal que tienes el móvil cerca, ¿cómo va todo?

—¿Dónde estás?

—En el hospital.

—¿Estás bien?

—Sí, es que me he mareado un poco cuando me he levantado y las personas que me rodean son unos exagerados. —Su padre puso los ojos en blanco haciendo que soltara una risita. —Por cierto, me tratan de lujo, tendrías que ver mi habitación.

—Leche, pues mi seguro no es tan bueno, el otro día me enteré de que no me cubre el dentista.

—A mí tampoco me lo cubría. —Entrecerró los ojos. —Pásame con recursos humanos.

—Me estás llamando al móvil.

—Oh, es cierto. Ya llamaré yo. ¿Lo tienes controlado?

—Lo intento.

—Esa es mi chica.

—Por cierto, el jefe ha preguntado por ti. No sabía qué decirle.

Su corazón dio un vuelco. —¿Ha preguntado por mí?

—Ha bajado hace media hora como si nada para preguntar una tontería que le podía haber resuelto Lisa. Al ver que seguías sin llegar ha preguntado si sabía algo de ti.

—Ah... Si vuelve a preguntar no le digas nada.

—Hecho.

—Bueno, te dejo que estarás muy liada, llegaré cuanto antes.

—¡Cuando pueda! —dijo su padre bien alto para que la escuchara.

—Tranquila, que esto se me da genial. Ya he aprendido a colgar como tú.

Gimió mientras su amiga colgaba, esperaba que no se metiera en ningún lío. Su padre iba a decir algo cuando la vio marcar de nuevo. —¿A quién llamas ahora?

—A recursos humanos, aquí tiene que haber un error con la habitación y a ver si luego nos pasan la factura.

—Ah... Entonces llama, llama...

Sonrió poniéndose el teléfono al oído. —¿Nancy? Soy Zoe. Oye, tiene que haber un error en mi seguro, porque estoy en el hospital por una revisión y me han puesto en una habitación de lujo.

—No es un error, ahora tienes un seguro premium.

—Eso no puede ser, esos seguros solo los tienen los directivos.

—Lo tramité yo misma.

Sorprendida preguntó —¿Por qué?

—Órdenes del jefe. Lo pidió cuando estuviste tan grave, por si necesitabas pruebas que no cubriera el seguro y eso... Tuvo que pagar una prima enorme para que la aseguradora aceptara el cambio, ¿sabes? Como estabas ingresada y tan grave no querían aceptar.

—¿De cuánto fue la prima? —preguntó casi sin voz.

—De doscientos mil.

Se llevó la mano al pecho de la impresión. —¿Pagó doscientos mil para cambiar mi seguro?

—Estabas crítica, era una especie de depósito.

Su padre intrigado se acercó. —¿Qué pasa?

Le hizo un gesto con la mano para que esperara. —¿Y qué me cubre ahora?

—¿Todo? Hasta las gafas si las necesitaras. Es lo mejor de lo mejor.

—Oh... —Es que ni sabía qué decir. —Gracias Nancy.

—No me las des a mí, dáselas al jefe, no ha escatimado en nada.

Colgó el teléfono y miró a su padre. —Cuando estuve tan grave Adler pagó a mi aseguradora para que cubrieran cualquier prueba que pudiera necesitar —dijo emocionada—. Para que me lo cubriera todo. Ahora tengo un seguro premium que me cubre cualquier problema sanitario.

Greg y ella se miraron durante varios segundos sin saber qué decir. —Es una sorpresa —dijo su padre incómodo.

—Sí. —Pensativa miró el teléfono entre sus manos. —Hizo algo...

—Hija, es lo menos que podía hacer, estuviste a punto de morir.

La puerta se abrió en ese momento y entró una enfermera con una sonrisa de oreja a oreja. —¿Lista para darme tu sangre?

Sonrió. —Mientras no te pases.

—Intentaré controlarme.

Capítulo 13

Siete horas después ya estaba de los nervios. Era evidente que ese día no iría a trabajar, pero eso no era lo que más le molestaba, lo que le molestaba era que no le decían nada de lo que tenía, si es que tenía algo, porque empezaba a mosquearse con tanta prueba y sospechaba que era por tanto seguro premium. Estos solo querían chupar del bote con su aseguradora.

—Ya no lo aguanto más —dijo a su padre que estaba mirando algo en su móvil.

—Hija, estas cosas van despacio.

—¿Despacio? —Se bajó de la cama de un salto. —Estoy harta, o vienen o me largo de aquí y que me llamen por... —La puerta se abrió mostrando a un doctor que no conocía. —Al fin...

—Sentimos el retraso, pero ha habido un problema en el laboratorio y hemos tenido que esperar.

—¿Y bien?

El doctor miró su tablet. —Las pruebas son normales y no hay nada de lo que preocuparse. Sus plaquetas están bien, el embarazo es normal, no hay signos de derrame cerebral ni ninguna otra lesión en su cerebro, no hay signos de infección y su abdomen está normal. —Bufó levantando la vista hasta ella que se había quedado de piedra. —Así que puede irse a casa, porque seguramente ha comido algo que no le ha sentado bien. Cuidado, durante el embarazo debe controlar lo que come.

Atónita volvió la cabeza hacia su padre que tenía los ojos como platos. —¿Ha dicho lo que creo que ha dicho?

Su padre asintió.

—¿Ocurre algo?

Padre e hija mirándose empezaron a sonreír poco a poco y de repente chillaron lanzándose el uno al otro para abrazarse.

—Mi niña... —dijo su padre emocionado.

—Saldrá bien, papá.

—Claro que sí, estaré a tu lado a cada paso.

Se apartó para mirarle con los ojos llenos de lágrimas. —Voy a tener un hijo.

—Ah, que no lo sabían. —El doctor se puso a teclear en la tablet. —Pues vamos a hacer unos controles para asegurarnos de que todo va bien.

—Sí, sí —dijo su padre—. Su madre tenía problemas, ¿sabe? Y cuando Zoe fue a su primera revisión el ginecólogo le dijo que seguramente nunca podría tener hijos.

Él frunció el ceño. —Muy bien, veamos lo que ocurre ahí abajo. Enseguida vuelvo. Llamaré al especialista, es concienzuda pero la mejor.

En cuanto el doctor salió tuvo que sentarse en la cama soltando una risita. —Me tiemblan las piernas.

—Es una sorpresa maravillosa. —Su padre se sentó con ella. —Y todo saldrá bien, ya verás.

Empezando a asimilar la noticia rogó porque así fuera, de repente ese bebé se había convertido en el centro de su vida y no podía perderlo, no, no podía. Agarró la mano de su padre como si necesitara asirse a algo.

—Estoy aquí, siempre estaré contigo.

—Lo sé.

—¿Se lo vas a decir?

Cerró los ojos y las lágrimas rodaron por sus mejillas. Puede que hubiera pagado para que no le faltara nada en el hospital, pero su comportamiento era imperdonable. Por mucho que le amara no

era ciega y sabía que no sería un buen padre. Le aterraba que algún día tratara a su hijo como la había tratado a ella. —No.

—Warren no se lo va a tomar bien.

Se encogió de hombros demostrando que le daba igual. — Tiene derecho a estar con una mujer que le ame.

Greg apretó los labios. —Lo siento, hija.

Le sonrió. —Pues yo no, no siento nada de lo que ha ocurrido porque si no fuera por eso mi bebé no estaría creciendo en mí. He tenido mucha suerte y pienso hacer lo que sea porque este embarazo llegue a término. —Le abrazó. —Ahora él es lo más importante.

Los ojos de su padre reflejaban su pena porque su niña no fuera feliz al lado del hombre que amaba. No tendría la suerte que había tenido él con su esposa y le dolía que tuviera que pasar por eso sin Adler. Pero él y su familia estarían a su lado para apoyarla en todo.

Entró en la empresa radiante saludando a todo el mundo y le puso a su compi un café ante ella en la recepción. —Estás aquí... —dijo Amanda encantada.

—Falsa alarma, al parecer algo me sentó mal.

—Qué bien. —Cogió el café. —¿Es con leche de soja?

—Por supuesto.

—Gracias.

—De nada. —Rodeó la recepción y sacó su móvil del bolso antes de regresar. —¿Qué tenemos hoy?

—Ayer las secretarias me volvieron loca con las agendas. Está todo grabado.

Se sentó en su sitio y revisó la agenda de las visitas. Menudo desastre. No había puesto los nombres completos, solo las horas.

—¿Está bien?

—Sí, claro que sí, has mejorado mucho.

Amanda sonrió como si le hubiera regalado la luna. —Ya voy cogiéndole el tranquillo.

—Y que lo digas. ¿Coges el teléfono un rato? Tengo que hacer unas llamadas.

—Claro.

Se puso los cascos dispuesta a llamar a las secretarias cuando Adler se puso ante ella. Se le borró la sonrisa de golpe. —Veo que ya te has incorporado —dijo él muy serio.

—Sí, solo fue una revisión.

—Bien.

—Oiga, ¿pero qué dice? —dijo Amanda indignada llamando su atención—. Búsquese un psiquiatra, amigo.

Al ver al jefe allí se sonrojó hasta la raíz del pelo. —Ha dicho que va a cortarme el cuello.

Gimió porque era el psicópata de siempre y Adler no disimuló su sorpresa. —Perdona, ¿qué has dicho?

—Este pirado llama todos los días para amenazar a Zoe de muerte. Hoy me ha confundido con ella, se ha notado.

Miró a Zoe. —¿Eso es cierto?

—Son gajes del oficio. Algunos no aceptan muy bien que no les pasemos con quien quieren poner verde.

—Esto es inconcebible. ¿Cuánto lleva pasando?

Amanda la miró de reojo. —Desde que ella volvió al trabajo.

Entrecerró los ojos. —¿No me digas? —Fulminó a Zoe con la mirada. —Y no has informado de esto a los de seguridad.

—Mira, desde que estoy en este trabajo he tenido tantas amenazas que si me las tomara todas en serio no saldría de mi casa, así que no, no he informado de ello.

—Sube a mi despacho —dijo entre dientes—. ¡Ya! —gritó sobresaltándola.

Bufó mirando a Amanda mientras él iba hacia el ascensor. — ¿He metido la pata?

—Tranquila, no pasa nada. —Se levantó y se quitó los cascos. Él impaciente en el ascensor retenía las puertas y Zoe se acercó como si nada saludando a una secretaria del tercer piso. Cuando entró él dijo algo por lo bajo mientras pulsaba el botón del último piso como si quisiera reventarlo. —¿Subimos para que me echés la bronca a gusto?

—¡Subimos para esperar a la policía!

Separó los labios de la impresión. —Será una broma.

—Creo que después de lo que ha ocurrido, es lo más lógico. ¡Mis primos siguen sueltos y no estoy del todo convencido de que estén muy contentos después de meter a su abuelo y a sus padres en prisión, de que me haya hecho cargo del rancho y se hayan quedado sin trabajo!

Entrecerró los ojos. —¿Crees que eso fue justo? Ellos no habían hecho nada.

—¿Su padre desaparece del rancho unos días y ellos no preguntaron a dónde había ido? Nena, no seas ingenua.

—Será que tú eres demasiado desconfiado.

Gruñó saliendo del ascensor y algo en el interior de Zoe la molestó por lo que le siguió con mala leche. —Oye, a mí no me gruñas.

—Pues no digas estupideces.

—¿Yo soy la que digo estupideces? —gritó pasando frente a Lisa, que dejó caer la mandíbula del asombro—. ¡Claro, es que tú eres muy listo! ¡De hecho, lo eres tanto que te pasas tres pueblos! —Entró en el despacho y cerró de un portazo. —Perdona si no voy por la vida desconfiando de todo el mundo.

—¡Pues deberías! —gritó quitándose la chaqueta.

—¡Sí! ¡Debería, así no me hubiera colado por ti y no hubiera acabado en el hospital!

Tiró la chaqueta sobre el sofá de piel y se volvió para enfrentarla. —No, bonita. ¡Si acabaste en el hospital es porque colaste a un desconocido en la empresa! ¡Desconocido que casi nos mata!

—¡No, majo! ¡Casi nos matan porque decidiste ir a Texas para desenmascararlos! ¡Que hay que ser idiota para meterse en la boca del lobo!

Amenazante dio un paso hacia ella. —¡En aquel momento creía que me metía yo solo porque tú estabas en ese complot contra mí!

—¡Eso demuestra que no tienes ojo para calar a la gente!

—¡Mira quién fue a hablar! ¿Te recuerdo a mi tío?

—¡Tienes razón, tengo un ojo tan malo como el tuyo porque me lie contigo! ¡Y es evidente que no mereció la pena en absoluto! —le gritó a la cara.

—¡No decías eso cuando te estremecías entre mis brazos!

—¡Estaría muy necesitada y eras lo que tenía a mano! ¡Por cierto, de nada por salvarte la vida!

—¡Yo no te pedí nada!

Se retaron con la mirada el uno al otro y ella con la respiración agitada siseó —Te odio.

—Lo sé. —La cogió por la cintura pegándola a él. —Y no te lo reprocho.

Sin aliento bajó la vista hasta sus labios.

—¿Me deseas, nena? Porque yo me muero por hacerte gritar de placer. —Su boca bajo hasta quedar a unos centímetros de la suya y su aliento la volvió tan loca que cerró los ojos. —¿Lo sientes? Siempre estará ahí porque eres mía —dijo con voz ronca. Zoe abrió los ojos asustada y clavó su tacón en su pie haciéndole jurar por lo bajo mientras la soltaba—. ¡Zoe!

—¡Este cuerpo serrano ya no se toca, majo! —Fue hasta la puerta.

—¡Ni se te ocurra moverte hasta que llegue la policía!

—¡Abajo me necesitan!

—¡Lisa!

Se abrió la puerta de inmediato demostrando que estaba poniendo la oreja. —¿Sí, jefe?

—Llame al teléfono de ese policía, ese Warren que llevaba la investigación del asalto en la empresa. —Miró a Zoe. —¿O quieres llamarle tú, nena?

—Me he dejado el móvil abajo —dijo con ironía y una sonrisa maliciosa.

—¡Si crees que me voy a tragar que estás con ese, vas lista!

—Pues vete haciéndote a la idea. De hecho, hemos quedado para cenar esta noche.

—Zoe...

Chasqueó la lengua pasando de él y se sentó en el sofá cruzando sus preciosas piernas.

Lisa emocionada porque al fin se hablaban dijo —Enseguida le llamo.

—Dile que hay una emergencia con Zoe, seguro que viene corriendo.

—Seguro —dijo Zoe haciéndole gruñir.

Su amiga salió corriendo y él la miró. —¿No piensas decir nada?

—Este sofá es friísimo. No me gusta la piel.

—¿No me digas?

—¿No puedo esperar abajo mientras llega?

—¡No!

—Qué pesado —dijo por lo bajo.

—Antes no te parecía un pesado.

—Antes me gustabas.

—Nena, te sigo gustando, solo hay que verte.

—¡Ja!

Se acercó a ella y se sentó en la mesa de centro justo en frente. Le miró con desconfianza. —¿Qué haces?

—Hablar.

—Ah... ¿Y no puedes hablar desde allí?

—¿Crees que voy a lanzarme sobre ti o algo así?

—Nunca se sabe. ¡En tu familia os falta un tornillo! —Abrió los ojos como platos. —Ay madre, a ver si va a ser una tara o algo así.

—¿Pero qué dices?

—¿Te has hecho alguna vez un estudio genético?

—Pues no.

—¿Así que no sabes qué enfermedades graves y eso tiene tu familia? —preguntó horrorizada.

—¡Nena, estoy perfectamente sano!

Ella hizo una mueca como si eso no fuera lo que quería oír. —Si tú lo dices.... ¿Te importaría hacerte el estudio?

—¡Ni de coña! ¿Para que me diga que en el futuro seré propenso a no sé qué enfermedad y me agobie por ello antes de tiempo?

—Sí —dijo como si le importara un pito su agobio.

—Estoy bien. —Sonrió cogiendo sus manos. —Pero me alegra que te preocupes por mí.

—Ya, claro. —Soltó sus manos como si estuviera incómoda y arrastró el culo sobre el sofá para alejarse de él. —No toques.

—¿Te pongo nerviosa? —Sonrió. —Nena, tú no eres de las que se ponen nerviosas.

Ahora sí que se estaba poniendo nerviosa porque la miraba como si quisiera devorarla entera. —Ah, ¿no?

—No, tú coges lo que quieres.

—¡No cielo, yo cogía lo que me ofrecías porque antes no es que me miraras mucho como para pedirte o quitarte nada! —Se

levantó y nerviosa empezó a caminar de un lado a otro.

—¿Y me lo reprochas? Eres mi empleada.

Se detuvo en seco. —¿Qué quieres decir con eso?

—Que antes no te hubiera tocado un pelo. —Le miró las piernas con gula. —Aunque siempre me gustaste.

—¿Qué?

No podía estar más pasmada y disgustada. Adler se tensó. —Nena, trabajas para mí no hubiera sido ético. ¡No has escuchado nunca a todas esas asociaciones que no dejan de dar por saco con el acoso laboral!

—Ah, que temías una demanda.

—Pues...

—¡Esto es la leche! ¡Tres años me tuviste esperando!

—No sabía que estabas esperando.

Le miró con rencor.

—Ah, que ahora estás más cabreada todavía.

—Sí.

—Lo entiendo. Soy un hombre comprensivo y lo entiendo.

—Más te vale. —Se volvió y fue hasta el ventanal. —Ahora es compresivo —dijo entre dientes.

Lisa entró en el despacho. —El macizo está al llegar. Estaba en un robo a dos calles de aquí.

Adler se levantó mirando a su secretaria con ironía. —¿Qué? Le llamamos así.

—Le llamáis así. Qué interesante.

Zoe se volvió. —No me vengas con eso, tengo derecho a seguir con mi vida.

—La madre que me... —dijo por lo bajo yendo hacia su escritorio para mirar la pantalla del ordenador—. Lisa retrasa la cita que tenía para dentro de una hora.

—¿Cree que va a tardar tanto como para retrasarla?

—Sí —dijo entre dientes.

—¿Te traigo algo de beber, amiga? —preguntó Lisa—. Te noto algo acalorada.

Gruñó. —Agua.

Lisa sonrió. —De eso tengo aquí. —Fue hasta el armario y lo abrió mostrando una pequeña neverita. Sacó una botella de agua y se la tendió. —Aquí tienes.

—Gracias.

—Yo vuelvo a lo mío. —Fue hasta la puerta y la cerró diciendo —Aunque esto es mucho más interesante.

Se quedaron solos de nuevo y él vio como bebía sedienta. —Nena, ¿estás bien?

Asintió mientras algo de agua caía sobre la solapa de su traje. Se la bebió toda y Adler entrecerró los ojos. —¿Quieres más?

Cerró la botella y la tiró en la papelera antes de regresar al sofá. —Perfecta.

—Nena, ya he pillado que quieres mantener las distancias.

—Perfecto. —Unió sus manos sobre su regazo mientras con el tacón golpeaba una y otra vez el suelo de mármol poniéndose aún más nerviosa. A ver si Warren llegaba de una buena vez porque sentía la mirada de Adler sobre ella y estaba segura de que no podría resistirse a ese hombre mucho tiempo.

—¿Nerviosa?

—¿Yo? ¿Por ti? No me hagas reír.

—Preciosa, no veo que te rías en absoluto.

—No, todo esto no tiene ninguna gracia.

Él apretó los labios metiendo las manos en los bolsillos del pantalón. —¿Tan insoportable es estar a mi lado?

Zoe apartó la mirada y se apretó las manos compulsivamente.

—Joder, nena... Nunca me pareciste una cobarde y aquella noche demostraste con creces que no lo eras, siento haberte hecho esto.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —No te creas tan importante —dijo entre dientes.

—Antes lo era.

—¿Pero no estaba fingiendo y era una zorra aprovechada?

—¿Ha llegado la hora de echarme en cara todo lo que hice mal?

—Eso no nos llevaría a ninguna parte. Como dijiste lo que está roto, está roto.

Se quedaron en silencio durante varios minutos. Zoe le miró de reojo y tenía la mirada perdida. —Cuando tenía diez años mi mejor amigo estrelló mi bicicleta. —Negó con la cabeza. —Mi padre había trabajado muchísimo para comprármela. —Sonrió con ironía. —Sabía que se enfurecería y dije que había sido yo. Se preocupó por si estaba bien y dijo que no pasaba nada, que ya la arreglaría, pero los padres de mi amigo fueron a nuestra casa para ofrecerse a pagar el arreglo y descubrieron mi mentira. Eso sí que le puso furioso. No recuerdo haberle visto nunca así de enfadado. Dijo que jamás volviera a confiar en nadie para cuidar lo que más apreciaba y que nunca volviera a mentirle, porque si no podíamos confiar el uno en el otro qué sería de nuestra vida ya que no podíamos confiar en nadie. Nunca volví a dejarle la bicicleta a Jim.

Separó los labios de la impresión y se levantó acercándose a él que elevó la vista hasta sus ojos. —¿Recuerdas eso que me dijiste de que era igual que mi abuelo? He pensado mucho en eso.

—No quería...

—Tenías razón, soy igual que ellos. —La miró a los ojos. —Por eso te necesito, nena. Sé que soy un puto egoísta, pero si no te tengo a mi lado acabaré tan jodidamente amargado como ellos.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Pero...

—A tu lado fui feliz. Incluso creyendo que era mentira fui feliz. —La cogió de los brazos. —Nena, déjame demostrarte que puede funcionar. No me iré a las Vegas, nos lo tomaremos con calma, nos conoceremos y estoy convencido de que funcionará.

—¿Por qué estás tan seguro? —preguntó asustada por lo que sentía a su lado.

—Porque sé que no me voy a sentir así con nadie más, preciosa. Si no funciona contigo estaré solo el resto de mi existencia. No quiero ser como mi padre, como mi abuelo, no quiero ser como ellos y solo tú puedes cambiar eso. Nena, por favor.

La desesperación en su mirada le retorció el corazón. — Pero....

—¿Interrumpo algo?

Se volvió sorprendida. Warren estaba en la puerta y por su cara era evidente que lo había oído todo. —No, claro que no —dijo como un tomate apartándose—. Solo estábamos hablando.

La mirada de Warren demostraba que no se creía una sola palabra y preocupada susurró —Siento que te hayan llamado.

—¿Por qué? —preguntó con ironía—. Así es mucho mejor, se ponen las cartas sobre la mesa. Y como nos estamos sincerando, te diré que este tío es el gilipollas más grande que he conocido en la vida.

Adler apretó los labios mientras Warren se acercaba a ella y la besaba en la mejilla. —Ni se te ocurra dejarte convencer, es un mentiroso de primera.

—¡Mira tío, ella es adulta para saber lo que quiere en su vida, no te metas!

—Adler, por favor —dijo ella porque era evidente que por ellos se darían de puñetazos allí mismo—. Lo dejamos y hablam...

—¡Si crees que voy a dejar que te la lleves sin luchar, estás equivocado, mamón arrogante! —Warren se enfrentó a él. —Al fin se ha librado de ti y no pienso dejarlo pasar.

Asombrado miró a Zoe. —¿Sabe que me amas a mí?

—Bueno... ¿Por qué no nos calmamos un poco? Warren, te llamamos porque...

—¡Aléjate de ella! —gritó Warren rojo de furia.

—Esto es entre Zoe y yo. Tú no tienes nada que decir al respecto.

—¡La abandonaste medio muerta! —Se giró hacia ella. — Preciosa, conmigo serías feliz, te lo juro.

—Madre mía... Y yo que creía que estas situaciones eran muy románticas cuando las leía en los libros. ¡Dejadlo ya! ¡Me estáis poniendo de los nervios!

—¡Te ha contado la lacrimógena historia de su infancia para ablandarte el corazón! ¿En serio le crees? ¡Es un tiburón sin escrúpulos! Se ha dado cuenta de que eres increíble y ahora no quiere perderte, pero en Texas le daba igual, ¿no es cierto? ¡Le daba lo mismo que murieras o no!

Los ojos de Zoe se llenaron de lágrimas.

—Nena, te puedo asegurar que a pesar de lo que creía de ti, no me daba igual que murieras. Había muchísima sangre, creí que no respirabas y estaba en shock... Puede...

—¡Oh, cállate! ¡Tus acciones hablaron en su momento! ¡Deja de acosarla! ¡No te la mereces, joder!

Adler apretó las mandíbulas. —Sé que no me la merezco. Sé que su familia nunca me perdonará lo que hice, pero si me da una oportunidad haré lo que sea por ella y por hacerla feliz.

—¿De veras? —preguntó ella sin poder reprimir las lágrimas.

Él sonrió. —De veras, preciosa. Cuando estabas en el hospital no fui capaz de acercarme a ti por no hacerte más daño, pero cuando regresaste al trabajo me di cuenta de que haría lo que fuera por verte, aunque fueran unos segundos al día. Era muy consciente de que no me perdonarías, no sabía cómo comportarme contigo y...

—Fuiste muy frío.

—Creía que me odiabas.

—Eso demuestra lo poco que la conoces —dijo Warren con desprecio.

Le fulminó con la mirada. —La conozco mucho mejor que tú.

—Lo dudo. ¿Sabes cuál es su color favorito?

—El rosa, pero no ese rosa infantil, rosa palo creo que lo llaman.

Zoe separó los labios de la impresión.

—Se viste de rosa cuando está contenta y de azul cuando está enfadada. Usa el gris cuando quiere parecer profesional y el rojo para seducir. Le gusta el café con leche y lo toma con dos cucharadas de azúcar. Odia las zanahorias y le encantan las patatas fritas con queso. Es la mejor cocinera que he conocido y le encanta el orden. Ama a su familia por encima de todo y tiene varias manías.

—¡Qué va! —dijo ella.

Él sonrió. —Sí, nena. Cuando vas a comer doblas la servilleta y colocas la esquina bajo el plato para dejarla colgando frente a ti en lugar de ponerla sobre tus piernas.

—¿Eso es todo lo que sabes de ella? —preguntó Warren divertido—. Tío, eres patético.

—Detective, ¿ahora mismo estás de servicio? Porque ya me he cansado de tu tono —dijo amenazante.

—Vamos, atrévete... Te voy a dejar la cara como un mapa, hijo de puta.

—¡Basta! —gritó Zoe—. ¡Es mi decisión! Yo seré quien tome la decisión y quien quiera retirarse, puede hacerlo ahora mismo.

—¿De veras te tomas en serio a este tío? —Adler parecía ofendido.

—¿En serio estás protestando?

Se enderezó. —No, claro que no.

Le señaló con el dedo. —Intenta que tu orgullo no la fastidie de nuevo, ¿quieres? —Sonrió radiante. —Bueno, esto se está poniendo interesante, pero, ¿ahora podemos hablar de las amenazas?

—¿Te ha amenazado? —preguntó Warren poniéndose en guardia.

—¡No! ¡Dejad de atacaros!

—La han amenazado por teléfono.

—¿Qué tipo de amenazas? —le preguntó a ella directamente.

—De todo tipo.

—Dame un ejemplo.

—Uhhh... —Pensó en ello y se sentó. —Te voy a arrancar la piel a tiras, te voy a destripar, te voy a cortar el cuello... Eres una puta, zorra y todo tipo de lindezas.

Ambos se acercaron mirándola fijamente.

—Cosas de ese tipo —dijo como si nada.

—Eso son amenazas de muerte. —Warren apuntó algo en una libreta.

Adler le miró como si fuera un estúpido y a punto estuvo de decir algo, pero se contuvo.

—No son para tanto —dijo ella encogiéndose de hombros—. ¿Ahora puedo volver a mi puesto?

—No —contestaron los dos a la vez.

—¿A qué hora suele llamar?

Pensó en ello. —No tiene hora fija. De nueve a cinco cuando sea.

—Hoy cogió el teléfono Amanda y la amenazó con cortarle el cuello.

—Así que las llamadas amenazan a las dos.

—Amanda está convencida de que se equivocó de chica.

—Hablaré con ella. ¿Cuándo empezaron?

—Siempre he tenido amenazas de gente descontenta, pero lo de este tío empezó cuando volví.

—Eso dijo Amanda cuando me enteré hace media hora —apostilló Adler—. ¿Puede estar relacionado con lo de Texas?

Warren asintió. —Lo investigaré. ¿Cuándo será el juicio?

Adler respondió —El fiscal me llamó hace dos días, será el mes que viene.

—Muy rápido.

—Es un caso mediático, en el estado quieren acabar con él cuanto antes.

A Zoe se le cortó el aliento. —A mí no me ha llamado nadie. Me interrogaron en el hospital, pero no me han pedido ir a declarar.

—Nena, tu declaración es la clave del caso, dudo que no te llamen para ir al juicio.

—Sí —dijo Warren—. Seguramente iremos todos. Las citaciones estarán al llegar.

—Entiendo. —Apretó los labios pensando en ello. Desde que había vuelto a la ciudad había querido dejar lo que le había pasado atrás, pero era evidente que debería contarlo de nuevo para que les condenaran.

—Nena, no te pasará nada por regresar.

—Me aseguraré de ello —dijo Warren guiñándole un ojo.

Forzó una sonrisa. —¿Puedo volver al trabajo?

—Sí, preciosa, me encargaré de todo —dijo Warren mientras Adler gruñía.

Zoe fue hasta la puerta e indecisa se volvió. —No os liaréis a puñetazos, ¿no?

—Nooo... —dijeron los dos a la vez.

Mirándoles con desconfianza abrió la puerta. —Más os vale o me cabrearé.

Ambos estiraron el cuello para ver cómo se alejaba despidiéndose de su amiga y cómo llegaba al ascensor. Cuando se fue, ambos se miraron con rencor. —Aléjate de ella —siseó Adler—. Me quiere a mí.

—Puede que sí, pero no le convienes nada y se dará cuenta de que yo soy lo que necesita.

Adler apretó los puños y Warren le miró divertido. —Vamos, dame el primero, es lo que necesito para machacarte.

—Eso la disgustaría y es algo que no pienso consentir.

Warren apretó los labios. —Volverás a romperle el corazón y yo estaré ahí.

—Eso no pasará.

—¿De veras? No podrás evitarlo. —Se acercó a él y siseó —La sangre de tu familia corre por tus venas y no podrás evitarlo, como tu padre no pudo evitar destrozar su vida por orgullo.

—No sabes nada de mi padre.

—¿No? —Sonrió con ironía. —¿No fue quien humilló a su mujer y la abandonó ante todos por rumores?

—No fueron rumores.

—La destrozó por lo que dijo tu abuelo. No le dio una oportunidad, como tú no se la diste a Zoe llevándola a la boca del lobo. Sois iguales, sois dañinos y haré lo posible para que te alejes de ella.

—Escúchame bien, nada nos separará porque me ama. Hasta hoy pensaba que no podía hacer nada para remediar lo que había pasado, ipero ahora sé que me ama y no pienso rendirme!

—Es interesante que no hayas dicho que la amas a ella. —Levantó una ceja. —¿Qué ocurre, Adler? ¿No puedes soportar que todo el mundo sepa que metiste la pata e intentas enmendarlo?

—Soy humano, todos cometemos errores.

—Tu error casi la mata y no pienso consentir que se repita de nuevo. —Se alejó. —Por cierto, hoy sale a cenar conmigo, ayer estaba muy interesada en hablar.

—Será para dejarte.

—Lo dudo, me he convertido en su confidente.

—Ya que no te ha hablado de las amenazas, no creo que seas su confidente en absoluto. Un amigo, un conocido, una distracción...

Le fulminó con la mirada. —Al menos soy su amigo, que es mucho más de lo que eres tú.

Adler apretó los puños de la impotencia mientras cerraba la puerta y se volvió para ir hacia su mesa. Se sentó y con los labios apretados miró la foto que tenía con su padre el día que fundaron la empresa. Warren tenía razón, se había comportado como su padre y no le había dado a Zoe una oportunidad. Pensó en su madre y en si podría perdonar lo que había hecho. Al menos le debía que se explicara si es que quería. Igual después de tantos años tampoco quería saber de él. Pulsó el botón del intercomunicador. —Lisa, búscame al mejor detective de la ciudad.

Capítulo 14

Zoe suspiró y ajustó el micro a su boca. —Oiga, señora Parker, esto tiene que solucionárselo el administrador de su edificio. Si no le hace caso ponga una reclamación, las tiene en la página web de la empresa en internet y el departamento correspondiente la llamará para hablar de su problema. Si consideran que tiene razón le pondrán las pilas a ese administrador, se lo aseguro. Claro que le harán caso, esta es una empresa seria, se lo aseguro, no podría tener el alquiler con nadie mejor. —Bajó la voz. —Pero si quiere ir más rápido amenace a ese mamón con contarle a su mujer que se tira a la del tercero. —Miró a Amanda asombrada. —¿Que es usted y que está tomando represalias porque ya no quiere más mambo con él? Será capullo. Muy bien, le voy a dar mi mail y quiero que describa todo lo que está haciendo paso por paso, se la pasaré al jefe en persona. —Sonrió. —No es nada. Apunte.

Cuando colgó Amanda dijo impresionada —En esta empresa no saben la suerte que tienen contigo.

—Eso mismo pienso yo. —Rio por lo bajo. —Es broma.

—Yo hablo muy en serio.

—Amiga, nadie es indispensable.

Un mensajero llegó hasta el mostrador. —Zoe te echaba de menos.

Soltó una risita. —¿Qué tal, Jack?

—Estupendamente, mi hija ha tenido un niño precioso.

—Me alegro muchísimo.

—Esto es para ti.

—Oh, debe ser la manta de la hija de la señora Marquez. — Emocionada rasgó el papel mostrando la hermosa y delicada lana beige. No era la típica manta de cuadros de colores que se había imaginado, sino que era una elegante manta con un intrincado diseño.

—Qué bonita —dijo Amanda.

—¿Verdad que sí? Es como esas tan carísimas de Macy's. Como mi padre la ensucie con la pizza va a haber drama.

—Quedaré estupendamente en mi sofá.

Se puso como un tomate y se volvió con la manta en las manos. Adler cogió la lana y la acarició. —Muy suave. Perfecta para taparse frente a la chimenea.

—Sí. —Como un tomate metió la manta en el papel. — Gracias, Jack.

—Un placer.

Adler se acercó a ella por el otro lado del mostrador y le dijo —Nena, hoy tengo una cena, pero si quieres la cancelo y nos vamos al cine o algo así.

—Tengo planes.

—Lo sé, pero igual te apetece cambiarlos.

Sorprendida levantó la vista hacia él. —Eso no es justo.

Adler forzó una sonrisa. —Está bien, pues te veré mañana.

—Oh, mañana tengo cena en casa de mis tíos.

—Y no estoy invitado.

—Sabes que no, no se sentirían cómodos.

—¿El sábado? Una cita, tú y yo solos, nena.

Sonrió y él aliviado rio. —Muy bien, preciosa, pues el sábado. —Se estiró sobre el mostrador y le dio un rápido beso en los labios.

—Será perfecta.

—Cielo, nos está mirando todo el mundo.

—Que se vayan acostumbrando. —Miró su reloj. —Mierda, tengo que irme. Por cierto, el edificio de la quinta es una maravilla. Necesitará pocos arreglos.

—Me alegro.

Se la comió con los ojos. —Me muero por besarte de nuevo.

Sonrió. —Pues tendrá que esperar, señor McFerson.

—Esperaré impaciente, te lo aseguro. —Se alejó y Zoe se sintió tan increíblemente bien que le siguió con la mirada.

—El romance continúa... —canturreó Amanda.

—O cállate. —Guardó la manta en la sala del café al lado de su bolso y antes de salir la acarició imaginándose de nuevo en el sofá borgoña de Adler. De hecho, se imaginó ante la chimenea abrazados y viendo como los niños abrían los regalos de Navidad. Chasqueó la lengua difuminando ese pensamiento. —Deja de soñar.

Al salir del teatro Warren cogió su mano y se sintió tan incómoda que forzó una sonrisa. —Ha estado bien, ¿verdad? Me ha encantado el mercader de Venecia.

Él rio por lo bajo. —Shakespeare no es lo mío, de hecho, he estado a punto de dormirme un par de veces.

—¿Y por qué has comprado las entradas?

—¿Para impresionarte?

Se detuvo en seco. —¿Por qué?

—Quizás si me ves más inteligente, puedo llegar al nivel del tío listo que se ha hecho millonario saliendo de la nada.

—Ahora eres tú quien quiere darme pena.

—¿Funciona?

Rio. —Venga, déjalo ya. Sois distintos, punto. Tú no te has criado como él.

—Claro, él es el pobrecito que fue criado por un padre solitario y amargado por la triste vida que tuvo. Sin sentir el amor de una madre, sin sentir su apoyo. Un hombre que consiguió salir adelante construyendo un imperio.

Dio un paso hacia atrás soltando su mano. —No hagas esto.

—El qué.

—Intentar que te vea mejor despreciándole a él, lo único que estás logrando es desmerecerte a ti mismo.

Warren apretó los labios. —Es que siento que ya no tengo ninguna oportunidad. Le amas a él, ¿no es cierto? Hasta te cuesta cogerme de la mano. Yo solo he sido un entretenimiento que ya no necesitas porque él ha vuelto. Y volverá a defraudarte.

—No es justo que le estés atacando todo el tiempo.

—Es que quiero... —Apretó los labios. —Intento que veas cómo es realmente.

—Tú no le conoces —dijo con rabia—. ¿Quieres saber cómo es? Es tenaz, inteligente, generoso y el hombre más trabajador que he conocido nunca. ¡También es orgulloso, desconfiado y no perdona las traiciones! ¿Crees que no lo sabía cuando estuve con él? ¡Le conocía mejor de lo que se conoce a sí mismo antes de que me dirigiera la palabra por primera vez! ¡Estuve observando cada uno de sus gestos, expresiones y acciones tres años! ¡He oído a decenas de trabajadores de la empresa hablar de él y puede que alguno lo considere un cabrón sin sentimientos, puede que otros piensen que les ha tratado injustamente, pero todos coinciden en que se deja la piel por la empresa y por sus inquilinos! ¿Sabes quién es Adler McFerson? ¡Es el mismo tipo que sabiendo que una familia no podía pagar el alquiler, les regaló un apartamento por Navidad para que no tuvieran que preocuparse por eso nunca más! ¡Es el mismo que donó dos millones de dólares el año pasado a la lucha contra el cáncer infantil y es quien despidió a uno de sus mejores empleados por faltarle el respeto a su esposa en una cena! Ese es Adler y nosotros le juzgamos por sus acciones en un tema tan delicado para él, un tema que le ha herido tanto durante tantos años... ¿Fue cruel?

¡Sí! ¡Su comportamiento fue horrible, sí! No voy a negar que me dolió muchísimo saber lo que había hecho, ipero él también ha sufrido con esto! —gritó con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Fue criado por un hombre lleno de rencor que fue capaz de dejarlo todo atrás por el dolor que sentía en su interior! ¡Y tienes razón, él le privó del amor de una madre o puede que ella no luchara lo suficiente, no lo sé ni me importa! Solo sé que le he acusado de ser como ellos cuando sabía de sobra que no era así. —Las lágrimas corrieron por sus mejillas. —Porque no es como ellos, es mil veces mejor.

Warren apretó los labios. —Creo que voy a llamar a un taxi para que te lleve a casa.

—Sí, creo que es lo mejor. Siento mucho haberte animado a esto, no ha sido justo.

—Preciosa, sabía lo que ocurría desde el principio, no me ha tomado por sorpresa. —Se acercó a la calzada y levantó el brazo. El taxi se detuvo ante él y abrió la puerta.

Zoe le miró a los ojos. —Lo siento.

—Yo no, ahora solo deseo tener la misma suerte que él en el futuro y encontrar a alguien tan increíble como tú. —La besó en la mejilla. —Te llamaré.

Asintió antes de meterse en el coche y él cerró la puerta. Le observó mientras se alejaba.

—¿A dónde vamos, señorita?

Se limpió una lágrima sabiendo que solo quería y necesitaba ver a una persona. —A la quinta con la octava.

—Enseguida.

El taxi se puso en marcha y al pasar vio a Warren cogiendo un perrito en uno de los puestos de la calle. Al menos no le había quitado el apetito, aunque su cara decía que estaba cabreadísimo. Curioso, no disgustado, pero sí cabreado. Sacó su móvil a toda prisa y marcó el número. Se lo puso al oído.

—Menuda sorpresa, ¿no salías hoy con el poli?

—¿Te van las pelis de acción?

—Son las mejores.

—Me he decidido.

—¿Y?

—Soy de las que les va más el drama.

Rio por lo bajo. —Ya lo sabía.

—Ahora Warren está libre y necesita una distracción.

—Serás maquiavélica.

—Se me ha pasado por la imaginación que podríais congeniar.

—Lo que quieres es no sentirte culpable por haberle utilizado.

—Pues ya que lo dices...

—Está bien, seré una buena amiga y saldré con él.

Hizo una mueca. —El problema es que no puedo organizar yo esa cita.

—¿Y qué pretendes que haga?

—Si le conozco algo, sé que mañana pasará por la empresa y si le tiras los tejos te pedirá salir para demostrar que lo mío no le ha dolido tanto.

—Oh, el orgullo masculino. Estaré pendiente de tu llamada.

—Gracias, eres la mejor.

—Lo sé.

Suspiró más aliviada mientras guardaba el móvil. Jessica era justo lo que Warren necesitaba. Una mujer fuerte, con carácter y que sabía lo que quería. Después de lo de Thompson, Warren le alegraría la vida y si tenían suerte puede que funcionara. Dios, esperaba que sí por el bien de los dos, porque lo que menos quería en ese momento era meter la pata.

Se bajó del taxi y nerviosa fue hasta el portal. El portero de noche estaba abriéndole la puerta a una mujer que llevaba un caniche en los brazos. Le besó en la cabeza como si fuera su bebé y eso la detuvo en seco. Su bebé. Mierda, se había dejado llevar y no se había acordado de su pequeño. Eso pasaba por ser novata en eso de ser madre. Se había lanzado y no había pensado en el futuro de su hijo. ¡Si dos días antes pensaba que no sería un buen padre! Ya había asumido que podía ser un marido complicado, pero su niño no podía sufrir porque ella se emperrara por estar con él, ah, no. Tenía que asegurarse de que sería el padre perfecto y para eso aún debía evaluarle. E iba a ser implacable. Y si no lo conseguía, adiós muy buenas que con eso no se jugaba.

Se acercó al portero. —Buenas noches.

—Buenas noches, señorita.

—Vengo a ver al señor McFerson.

Frunció el ceño. —Creo que la recuerdo, trajo al señor una noche cuando estaba enfermo, ¿no es cierto?

—¡Sí! Esa soy yo.

—Ahora no está.

—Sí, lo sé, tenía una cena de negocios. Me ha dicho que le espere.

—No me ha dado la orden, así que...

—Llámelo si quiere.

Parecía indeciso, era evidente que no quería molestarle.

—¿Quiere que le llame yo?

—Si me hace el favor...

Sacó su móvil y marcó su número. Descolgó al segundo tono.

—¿Nena? ¿Ocurre algo? ¿Estás bien?

Sonrió y le dijo al portero —Se preocupa por mí.

—¿Con quién hablas?

Miró su plaquita. —Con F punto Smith, tu portero.

—¿Estás en mi casa?

—Quería verte —dijo con voz de niña buena.

—Pásame con él.

Le pasó el teléfono y el portero lo cogió de inmediato. —Sí, señor McFerson. Por supuesto, señor McFerson, le daré una llave y daré aviso a los demás porteros. —Le dio el teléfono y de inmediato abrió la puerta.

—Gracias. —Se puso el teléfono al oído mientras pasaba. — ¿Tardarás mucho?

—Estoy de camino.

—¿Y tu cena?

—Que se encargue Roberts por una vez. Nena, te juro que no te arrepentirás.

—No corras tanto, amigo. Aún queda mucho que aclarar. — Colgó el teléfono y sonrió al portero extendiendo la mano. Este le puso sobre la palma un llavero con dos llaves doradas. Se sintió como si le diera las llaves del paraíso y sonrió radiante. —Gracias.

—Bienvenida al edificio.

—¿De qué es la efe?

—De Frederick.

—Bonito nombre.

—Gracias señorita...

Sus ojos brillaron. —Winston, pero puedes llamarme Zoe.

Se levantó del sofá por enésima vez de lo nerviosa que estaba. —¿Dónde estará?

Sedienta fue hasta la cocina y empujó la puerta. Abrió la nevera de las bebidas y suspiró porque no podía tomarse la cola que le apetecía. Cogió un agua y le entró hambre. Abrió la nevera y empezó a sacar ingredientes. Apenas diez minutos después se abrió la puerta de la cocina y ya había un agradable aroma a albóndigas.

Ella comiendo una tostada de tomate fresco con albahaca se volvió sorprendida. —Oh, has llegado.

Él sonriendo dejó el maletín sobre la encimera y se acercó. — ¿Tu cita no te ha dado de cenar?

—No ahondes en la herida.

La cogió por la cintura pegándola a él. —Estás preciosa. —La besó suavemente en los labios e iba a profundizar el beso cuando Zoe le hizo una cobra de primera.

—La cena, no quiero que se me estropee la salsa.

—Ah... Claro.

Se volvió para revolver la salsa de tomate. —Mira, no quiero que te lleves una falsa impresión de lo que es esto.

Adler sacó una cerveza de la nevera. —¿Y qué es esto, nena?

—Aún me lo estoy pensando.

—Pero Warren...

—Warren ha quedado fuera de la ecuación, es algo entre tú y yo.

Él disimuló una sonrisa antes de beber del botellín.

—No estés tan satisfecho, McFerson, aún estoy cabreada.

—¿Y?

—Y tendrás que hacer algunos ajustes en tu vida.

—¿Como qué?

—A las cinco a casa y saldremos al menos tres veces a la semana. Nada de cenas de trabajo, arréglate en las comidas y tendrás que asistir siempre a las partidas en la bolera. Eso hasta que vengan los niños, que entonces renegociaremos. —Le miró de reojo para ver cómo se lo había tomado y estaba como si nada. —¿Me has entendido?

—Sí.

—¿Y no dices nada?

—Te dije que estaba dispuesto a lo que fuera para volver a estar contigo y lo haré. —Se la comió con los ojos. —Cuando quiero algo no me detengo, preciosa.

Se sonrojó de gusto. —Lo sé. —Probó la salsa. Le faltaba un poco de vino tinto. Mierda, tendría que conformarse. —Por eso en cuanto cene tendrás que demostrarme lo buen padre que serás.

—¿Perdón?

—Cariño, no has tenido un buen profesor y tengo que asegurarme de que en el futuro vas a poder cumplir.

—Mi padre fue un buen progenitor. Me cuidó muy bien.

—Sí, cielo, seguro que te quiso mucho, pero te enseñó que las mujeres sobramos. —Se volvió con la cuchara de palo en la mano. —Y no sobramos. Así que vas a probar lo que es vivir con una mujer hasta que sepas lo que es vivir con una mujer.

—Ah, que esta prueba es para comprobar si sería un buen marido y no un buen padre.

—Todo va en el pack, querido. Veamos cómo te comportas. Pon la mesa.

—Ya he cenado.

—Pero yo no.

—Entiendo. —Reprimió la sonrisa. —¿Tengo que cenar de nuevo?

—Tienes que hablar conmigo mientras ceno.

—Lo voy pillando.

Sonrió. —¿Qué tal tu día?

—Ha mejorado mucho a lo largo de la tarde hasta llegar aquí, te lo aseguro. He cerrado un trato y la noche promete.

—Pues yo te aseguro que no promete tanto.

Adler se quitó la chaqueta y la colgó sobre el respaldo de la silla antes de abrir un cajón para sacar un mantelillo. —He hablado con Roberts de lo de las Vegas. —Puso los cubiertos sobre la mesa.

—¿Y?

—Y ambos sabemos que es una oportunidad que no hay que dejar escapar. Por eso se va a trasladar él, está deseando perder de vista a su suegro. Lo difícil será convencer a su mujer.

—¿Ella me gustaría?

—No mucho, es algo...

—¿Pija?

—Sí.

—Pues que se vaya a las Vegas.

—El tema es que necesitaré ayuda en la empresa, esa persona tendrá que hacer el trabajo de Roberts.

—Supongo que has pensado en Jessica, es tu vicepresidenta.

—¿Crees que está preparada? Apenas acaba de aterrizar en su nuevo puesto.

—¿Hablamos de la Jessica que conozco? —Rio. —Es tan dura como tú. ¿Sabes que le voy a preparar una cita con Warren?

Él se acercó y cogió el cazo de los espaguetis. —¿Crees que están listos?

—Sí.

Escurrió los espaguetis y se los tendió a ella en el escurridor para que los echara en la fuente. —Nena, huele de maravilla.

—Lo sé. Por cierto, te falta ajo en polvo.

—Se lo diré a la asistente.

Se sentaron a la mesa y ella se sirvió una buena cantidad porque de repente estaba muerta de hambre. —¿Qué opinas?

—¿De lo de la cita de Jessica y Warren?

Ella asintió.

—No me apetece verle demasiado por la empresa y si se casan no voy a la boda.

—Sí que irás.

Él reprimió una sonrisa observándola comer. —¿Qué tal te encuentras? Hoy parecías algo acalorada.

—Estoy bien —dijo con la boca llena.

—¿Y el bebé?

Se atragantó y tosió echándole los espaguetis a la cara. Él gimió cogiendo su servilleta y pasándosela por los ojos mientras ella bebía agua, pero tosió de nuevo y le empapó la cara. Adler hizo una mueca levantándose y le dio suaves palmaditas en la espalda.

—¿Cómo...?

—Respira... ¿Cómo lo sé?

—¡Sí!

—Me lo dijo Lisa.

Asombrada volvió la cabeza hacia él. —¿Y ella cómo lo sabía?

—Dice que hoy a la hora de la comida te pasaste una hora intentando decidir qué comer y que le preguntaste a la camarera si el queso estaba pasteurizado. Te pilló por eso.

—¡Será chivata!

—Dijo que era un chisme jugoso y que tenía que contárselo a alguien. —Se agachó a su lado. —Ahí entendí lo de los análisis genéticos.

Apretó los labios. —No te lo dije porque...

—Lo sé, nena. No te fías de mí y a eso viene todo esto. Pero estoy dispuesto a todo.

Sonrió. —No te has espantado.

—Todo lo contrario. —Cogió su mano con una delicadeza que la enterneció. —Creía que no podías tener hijos.

Separó los labios de la impresión. —¿Y cómo sabías eso? —Se llevó una mano al pecho. —¿También me investigaste como lo hizo tu abuelo?

—No, me entere después de lo de Texas. Por Lisa. Cuando se enteró de que estabas grave, hizo un comentario sobre tu mala suerte y le pedí explicaciones.

—¿Lisa? —Entonces lo recordó. —Hablamos de ello en su último embarazo.

—Sí, por eso estaba tan contenta cuando regresó de la comida, dijo que al fin tenías suerte en la vida. —Inseguro preguntó —¿Tú estás contenta?

Sonrió. —Mucho. Es como un milagro y este milagro se repetirá.

—¿Qué quieres decir?

—No tengo lo mismo que mi madre, ayer en el hospital me hicieron todas las pruebas del mundo y solo tengo un pequeño estrechamiento en una de las trompas, no es lo mismo que le ocurrió a mi madre y podré tener hijos con normalidad.

—Pero de momento vamos a tener uno.

—La clave de esa frase es de momento.

Respiró hondo. —Muy bien, estoy preparado.

Se acercó y besó sus labios. —Eso me lo demostrarás en los próximos siete meses.

Capítulo 15

Le llegó un mensaje al móvil y después de echarle un vistazo soltó una risita.

—¿Es suyo? —preguntó Amanda tapando el micro.

—No puede dejar de pensar en mí, eso dice. Le tengo loquito. Y eso que ayer le dejé a palo seco, no veas su cara de sorpresa cuando le dije que dormiría en casa de mi padre.

Amanda rio por lo bajo. —Serás mala.

—Es que si nos acostamos tan rápido, puede que no aprenda la lección. Pero después de darle el susto con que me iba, dijo que no me tocaría un pelo y que solo quería pasar tiempo conmigo. No veas lo que me costó resistirme, sobre todo por la mañana que siempre se levanta animado. —Entonces se dio cuenta de que tenía la línea abierta. —Uy, señora Hardford pues si está harta de los inquilinos de su edificio debería mudarse, ¿no cree? El administrador dice que su comportamiento es bueno, usted es la única que protesta. —Nota mental, advertir a su churri de que no volviera a comprar un edificio a medias. Los otros propietarios siempre estaban dando por saco. —Sí, ponga una queja o haga lo que le dé la gana, pero deje de llamar, por favor. —Colgó el teléfono y lo descolgó de nuevo. —¿Roberts McFerson?

—¿Te acuerdas de mí?

Frunció el ceño. —¿Adler?

—Solo piensas en él, ¿no es cierto?

—¿Quién eres?

—Eres una zorra, te vendes al mejor postor como todas, pero tú no vas a tener suerte porque te cortaré el cuello hasta que te desangres y a él también. Ese hijo de puta no se va a ir de rositas después de lo que hizo.

Palideció porque era la primera vez que amenazaban a Adler. —Mira enano mental, no sé quién eres y si te digo la verdad me importa un mojón de pato, pero como te acerques a mi hombre, te voy a romper los dientes con un bate especial que tengo en mi casa.

—¿En la casa de tu padre? —preguntó con ironía antes de reírse—. Me encanta ese edredón de flores que tienes.

Zoe miró el auricular pálida y con la mano temblorosa colgó el teléfono.

Amanda lo vio. —¿Estás bien?

—Sí, sí, claro... —Cogió su móvil y le envió un mensaje a Adler.

"Ha llamado y te ha amenazado también a ti."

Se mordió el labio inferior esperando su respuesta y el pitido la sobresaltó. Lo cogió a toda prisa. *"Sube."*

"Ahora no puedo, estoy muy ocupada."

"Sube, es una orden."

Apretó los labios poniéndose en pie. —Tengo que subir.

—Que te aproveche —dijo Amanda divertida.

Forzó una sonrisa aparentando que no pasaba nada y entró en el ascensor. Iban a cerrarse las puertas cuando Arnold entró en el último momento. Sonrió al de seguridad. —¿Qué tal el día? —preguntó él.

—Bien.

—¿Solo bien?

Le miró sin entender.

—Estás otra vez liada con el jefe, así que te está yendo de perlas. Y llevas un vestido de los que te pondrías para salir en lugar de tu traje de chaqueta, así que ayer no fuiste por casa por la

noche. ¿Te has maquillado con lo que llevas en tu bolso? Apenas una barra de labios... ¿Estás descuidando tu aspecto ahora que has pillado al jefe?

—¿Pero tú de qué vas?

Chasqueó la lengua. —Y yo que pensaba que al final te darías cuenta de que no era suficiente para ti.

Retuvo el aliento mientras él sacaba la pistola de su funda. —Pero eres como todas, te dejas deslumbrar por el poder.

—Arnold no sé qué es lo que estás pensando, pero aparta ese arma.

—¿Sabes que ese gordinflón de mi compañero me dijo una vez que eras mucha mujer para mí? —Rio. —Desde que te conocí supe que tenías que ser mía, pero siempre le mirabas a él. —Pulsó el botón de la alarma silenciosa y tiró de su llavero para meter una llave en la cerradura.

El ascensor se detuvo en seco haciendo que Zoe entrara en pánico. —Mira, yo ya he pasado por esto, ¿sabes? Y nunca acaba bien, así que guarda el arma y...

—¡Cállate! —gritó apuntándola a la cabeza—. ¡Cállate, zorra! ¡Arrodíllate!

Se dejó caer de rodillas. —Veamos lo que te quiere ese mamón del jefe.

No, aquello no podía estar pasando otra vez. ¿Pero qué le pasaba a su vida? Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Por favor, por favor, estoy embarazada. Déjame salir.

—¿Embarazada? Entonces pagará más por ti. —Cogió la radio del cinturón y pulsó el botón lateral. —Tú, gordinflón, te aconsejo que avises al jefe, tengo algo que le interesa.

—¿Pero de qué coño hablas, Arnold? ¡No estás en tu puesto! Ya verás como se entere el jefe, nos advirtió que no dejáramos de vigilarla.

Rio. —Y lo estoy haciendo. Mira las cámaras del ascensor dos.

Él no dejaba de apuntarla y sin darse cuenta Zoe miró hacia la cámara del techo.

Warren que estaba en la furgoneta viendo los monitores, salió corriendo mientras su equipo le seguía. En ese momento Adler descolgaba el teléfono. —¿Qué ocurre?

—¡Jefe, Arnold ha secuestrado a Zoe y la tiene encerrada en el ascensor! ¡Va armado!

Dejó caer el auricular y salió corriendo hacia los ascensores. Lisa corrió tras él que pulsó los botones frenéticamente. —¿Cuál es? ¿Cuál...? —Vio que el ascensor de su derecha subía. Entonces miró las luces del otro. —Es este. ¿Quién tiene la llave?

—Seguridad.

Juró por lo bajo. —Estupendo.

Se abrieron las puertas del otro y Harry salió casi sin aliento.

—¡Dame las llaves!

Lo hizo en el acto y metió la llave en la cerradura de seguridad. Las puertas se abrieron de inmediato y miró hacia abajo como los demás.

—Son al menos cinco pisos —dijo Lisa.

Se quitó la chaqueta y le dijo a Harry —Dame tu arma.

Su hombre ni lo pensó, le tendió su revólver y él se lo puso en la cinturilla del pantalón. Su radio sonó en ese momento. —¿Hay alguien ahí? Quiero hablar con McFerson.

Cogió la radio de su mano y siseó —Como le hagas daño, te juro...

—No me jure, jefe. Ya que no puedo conseguir a esta zorra, voy a conseguir la pasta. O puede que consiga a la zorra y la pasta, ¿quién sabe?

—¿Cuánto quieres?

—Cinco millones. En efectivo en una de las camionetas de la empresa que estará ante el ascensor en el garaje. No quiero a nadie alrededor y la dejaré cuando sienta que estoy seguro.

—Ni de broma, Zoe no saldrá de aquí.

—Si no sale de aquí es porque estará muerta. Supongo que no quieres eso, tienes una hora.

Apretó los labios entregándole la radio a Harry.

—¿Qué hacemos?

Antes de contestar Adler ya se había tirado al cable.

El ascensor tembló con fuerza y Zoe asustada miró hacia arriba mientras ese idiota empezaba a disparar al techo. Gritó tapándose los oídos mientras él disparaba una y otra vez y de repente apretó el gatillo y no salió nada. Sin aliento miró hacia arriba y él que seguía apretando el gatillo gritó frustrado antes de mirar el arma. Zoe no le dio tiempo a abrir el tambor, se tiró sobre él gritando como una loca haciendo que se golpeará contra la pared antes de meterle una patada entre las piernas. Arnold la agarró por el cabello tirándola a un lado y cayó al suelo. Los disparos hicieron que se cubriera la cabeza gritando de miedo hasta que escuchó que algo caía a su lado. Unos brazos la rodearon con fuerza y sollozó.

—Estoy aquí, nena, estoy aquí.

Temblando abrió los ojos para ver a Adler y se abrazó a él necesitando sentirle. Adler la besó en la sien. —No va a volver a tocarte.

Las puertas se abrieron y Warren metió la cabeza apuntando con el arma a Arnold que estaba muerto en una esquina. Su amigo suspiró del alivio. —¿Estáis bien?

—Llama a una ambulancia.

En urgencias Adler muy nervioso esperaba sentado en una silla de plástico. Escuchó varias voces y cuando escuchó el nombre de Zoe se levantó para ver a toda su familia corriendo por el pasillo hacia él.

Greg dijo acalorado —¿Qué ha pasado? ¿Mi hija está bien?

—Sí, sí... O eso creo. Solo la están revisando por si acaso.

—¿Pero a ti qué te pasa? ¿Siempre tienes que meterla en problemas? —preguntó su prima indignada—. Eres el peor novio del mundo.

Se dejó caer en la silla asintiendo. —Esto no tiene nada que ver con mi familia. Se encaprichó de ella.

—¿Quién? —Blanche se sentó a su lado. —Cuéntanoslo todo.

Les contó lo de las amenazas y que él creía que era alguien de su familia, así que llamó a Warren. Todos asintieron como si le dieran el visto bueno.

—Pero no eran ellos, era un pirado que se encaprichó de Zoe y que estaba cabreado por nuestra relación. Quería llevársela y de paso llevarse cinco millones, pero conseguí detenerle a tiempo.

—Está claro, cuñado tienes que casarla cuanto antes para que no piensen que está disponible —dijo Blanche escandalizada—. La niña levanta pasiones.

Greg asintió mirándole fijamente. —Sí, cuñada, le pasa desde pequeña, ¿recuerdas aquel del jardín de infancia?

—Un pesado que no dejaba de regalarle caramelos —dijo exasperada—. Lo que nos costó librarnos de él.

—Y no es el único que es un pesado. —Se agachó. —¿Qué coño haces de nuevo con mi niña?

Adler metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó una cajita de terciopelo. Blanche jadeó tapándose la boca de la impresión mientras Glory chillaba de la alegría abrazando a su padre que sonreía. Greg parpadeó. —¿Eso es lo que creo?

—No pienso separarme de ella. Puedes estar a favor o en contra, pero seguiré a su lado el resto de mi vida.

De repente Greg sonrió. —Déjame verlo.

Inseguro levantó la tapa para mostrar un diamante en talla cojín tan enorme que todos jadearon. —¿Creéis que le gustará?

—¿Qué miráis?

Todos se volvieron y allí estaba Zoe en bata de hospital. Sus ojos fueron a parar a la caja que tenía en la mano y dejó caer la mandíbula del asombro. Adler se puso en pie y se acercó antes de hincar rodilla ante ella. Sonrió. —Zoe Winston, sé que la vida sin ti no tendrá sentido y hoy mismo he experimentado auténtico terror por la posibilidad de perderte, así que no quiero desaprovechar ni un segundo lejos de ti. —Emocionada sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas mientras él continuaba. —Por eso y por mil cosas más como que te amo por encima de todo, te pido que seas mi esposa para formar esa familia que siempre he deseado. Porque solo la quiero contigo, preciosa, y sin ti nada tiene sentido.

—Qué labia tiene el chico —dijo Blanche llorando a moco tendido—. Aprende hija, así se te tienen que declarar.

—Sí, mamá.

—¿Nena?

Con el corazón a mil alargó la mano. —Sí, quiero casarme contigo.

Adler sonrió cogiendo el anillo y poniéndolo en su mano. —Perfecto.

Tiró de su muñeca y la sentó en su rodilla para besarla de una manera que su corazón se alteró. Cuando apartó su boca la abrazó con fuerza. —Dime que estás bien.

—Perfecta, vas a tener Zoe para rato, amigo.

Él rio por lo bajo y se puso en pie con ella en brazos. Su familia vio cómo se alejaban. —Preciosa, ¿te has escapado?

Ella mirando su anillo asintió.

—No puedes hacer eso.

—Quería decirte que estoy bien. —Le abrazó por el cuello. —Y estoy mejor que bien. —Chilló levantando un brazo. —¡Voy a ser la señora McFerson! ¡Te amo!

Adler rio y desaparecieron por el pasillo. Greg emocionado miró a los suyos. —Ha demostrado que la quiere.

—Sí, se ha jugado el pellejo por ella, hermano. Pero le vigilaremos de cerca.

Greg entrecerró los ojos. —Sí, muy de cerca.

Epílogo

Zoe puso una banderita en la distribución de las mesas y frunció el ceño antes de coger la misma banderita y ponerla en otra mesa. Adler entró en casa con el niño en el carrito y sonrió al ver lo que hacía. —Nena, ¿todavía estás con eso?

—Es que no me cuadran los invitados. —Se levantó y abrió el seguro del niño. —Hola cielito, ¿cómo ha ido el paseo por el parque?

—Es un triunfador, hoy se ha camelado a la del puesto de algodón de azúcar y le ha regalado esto. —Mostró una piruleta. —Es evidente que esa mujer no tiene hijos para darle algo así a un niño tan pequeño.

—¿El caramelo se lo daba a él o a ti? —Le dio un beso en los labios.

—¿Celosa?

—No te atreverías.

Rio negando por la cabeza. —No, hay que tener mucho valor. —Acarició su vientre hinchado de nuevo por la niña que esperaban. —Nena, ¿no crees que deberíamos casarnos ya? A este paso haremos la ceremonia con todo un cortejo de hijos.

—Quiero que sea perfecta. —Le puso el biberón al niño en las manos.

—Pues Jessica ya ha puesto fecha.

Le miró asombrada. —¡Ni hablar, no se casarán antes que yo!

—Opino lo mismo, pero eres tú la que te empeñas en retrasarlo.

—No quería casarme gorda.

—Nena, hemos tenido siete meses en medio de los embarazos y tampoco has encontrado el momento.

—Es que se nos murieron dos de tus invitados, no era prudente.

—Si ni les conocías.

—Claro que sí, a uno lo hice pasar una vez.

—Nena...

Se sentó en el sofá con el niño sobre las piernas. —Quiero que sea perfecta.

Preocupado cogió al niño y lo sentó en su balancín. Apartó el plano del comedor de la boda y se sentó sobre la mesa de centro. —Nena...

—Todo va bien.

—¿Seguro? Después de tanto tiempo tengo la sensación de que estás retrasando la ceremonia a propósito. ¿Estás probándome?

Se sonrojó. —¿Qué?

—¿No te fías de mí?

—¿Y tú de mí?

Se miraron a los ojos. —Nena, te amo más que a nada, tenemos una vida estupenda y soy muy feliz. ¿Tú no eres feliz, por eso no quieres casarte? ¿Has dejado de quererme? —Palideció. —Nuestra vida no es como pensabas, ¿no? Y por eso me das largas.

Enternecida por su preocupación acarició sus manos. —Es todavía mejor, te amo tan intensamente y soy tan feliz que a veces...

—Dime, preciosa, dime lo que piensas.

—A veces creo que no es real. Es como haber cumplido todos mis sueños y temo que se desvanezcan. Pedir más es egoísta.

Sonrió aliviado. —Ya me conoces, nena, siempre quiero más.

Rio. —Es cierto.

—Y tú siempre has soñado con esta ceremonia, me lo ha dicho tu tía.

—Será chivata.

—Así que nos vamos a casar. Y como no te decides, elegiré yo la fecha. Será este sábado.

—No da tiempo.

—Te aseguro que este sábado tendrás la boda que siempre has querido.

Le abrazó. —Te amo.

—Y yo a ti, preciosa. Y haré lo que sea para demostrártelo.

Emocionada se bajó del coche ante la iglesia mostrando su sencillo vestido de encaje de corte imperio. Reprimiendo las lágrimas siguió con la mirada los pétalos de rosa en los escalones que llevaban a la entrada, donde les esperaban su prometido con su hijo en brazos rodeado de su familia y sus amigos. Solo los buenos amigos. Sonrió a Lidia que estaba con toda su familia y a Warren que cogía a Jessica de la mano. Ambos sonreían felices por ellos porque durante esos meses su amistad había crecido y entre ellos ya no había rivalidades. Incluso estaba Jack, el repartidor, que al lado de su esposa la observaba muy contento por ellos al igual que la hija de la señora Marquez. Se emocionó porque solo había gente que les apreciaba y les quería, con eso demostraba todo lo que la conocía. La entendía tan bien que había desechado a todos los invitados que no fueran íntimos como ella siempre había querido, aunque nunca se lo había dicho porque entendía que no podía quedar mal con cierta gente relacionada con su trabajo. Pero él lo había ignorado por hacerla feliz. Cogió el brazo de su padre y subió los escalones. Había rosas por todos lados, incluso había un arco en la entrada lleno de ellas como siempre había soñado. Al llegar hasta él miró a su padre que la besó en la frente. —Él es tu destino, cielo. Y sé que serás muy dichosa a su lado.

—Te quiero, papá.

—Lo sé. —Le cedió su brazo a Adler y este le tendió el bebé. Los invitados rieron y Zoe se cogió a su brazo. —Estás guapísimo.

—Tú sí que estás preciosa.

Entraron en la iglesia donde había otros muchos invitados como los amigos de la timba de póker de su padre. Les sonrió y vio a una mujer rubia de unos sesenta años en la primera fila. —¿Quién es esa mujer?

—Mi madre.

Separó los labios de la impresión.

—Después de aquello que me dijiste sobre el rencor de mi padre, hice que la buscaran y... Lo he pensado mucho, pero al final la he invitado. Es la boda de su único hijo.

—Y ha venido —dijo emocionada.

—Sí, nena. Y antes de que llegaras hemos estado hablando sobre lo que ocurrió. No se siente orgullosa de su comportamiento en el pasado y se alejó porque creía que yo la odiaría. Es obvio que conocía muy bien a mi padre.

—Oh, cielo...

—Puede que en el futuro podamos tener una relación medianamente normal.

—Estoy segura de que así será.

—No hubiera sido capaz de hacer esto si no fuera por ti.

Zoe miró hacia ella, era evidente que estaba emocionada y se dio cuenta de que allí tenían otro corazón roto. Pero estaba segura de que podrían arreglarlo, solo necesitaban tiempo.

Se acercaron al padre Morton que les esperaba con una sonrisa y Adler dijo por lo bajo —Gracias, mi amor.

—¿Por qué?

—Por todo esto, por cambiar mi vida. Eres todo para mí y no puedo ser más afortunado por tenerte en mi vida.

Recordó las palabras de su padre dos años antes y emocionada porque ya no tenía ninguna duda de su amor susurró — Estaba pensando exactamente lo mismo, mi amor. —Él sonrió. — Eres todo para mí y lo serás para siempre.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

- 1- Vilox (Fantasía)
- 2- Brujas Valerie (Fantasía)
- 3- Brujas Tessa (Fantasía)
- 4- Elizabeth Bilford (Serie época)
- 5- Planes de Boda (Serie oficina)
- 6- Que gane el mejor (Serie Australia)
- 7- La consentida de la reina (Serie época)
- 8- Inseguro amor (Serie oficina)
- 9- Hasta mi último aliento
- 10- Demándame si puedes
- 11- Condenada por tu amor (Serie época)
- 12- El amor no se compra
- 13- Peligroso amor
- 14- Una bala al corazón
- 15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.
- 16- Te casarás conmigo
- 17- Huir del amor (Serie oficina)
- 18- Insufrible amor
- 19- A tu lado puedo ser feliz
- 20- No puede ser para mí. (Serie oficina)
- 21- No me amas como quiero (Serie época)

- 22- Amor por destino (Serie Texas)
- 23- Para siempre, mi amor.
- 24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)
- 25- Mi mariposa (Fantasía)
- 26- Esa no soy yo
- 27- Confía en el amor
- 28- Te odiaré toda la vida
- 29- Juramento de amor (Serie época)
- 30- Otra vida contigo
- 31- Dejaré de esconderme
- 32- La culpa es tuya
- 33- Mi torturador (Serie oficina)
- 34- Me faltabas tú
- 35- Negociemos (Serie oficina)
- 36- El heredero (Serie época)
- 37- Un amor que sorprende
- 38- La caza (Fantasía)
- 39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)
- 40- No busco marido
- 41- Diseña mi amor
- 42- Tú eres mi estrella
- 43- No te dejaría escapar
- 44- No puedo alejarme de ti (Serie época)
- 45- ¿Nunca? Jamás
- 46- Busca la felicidad
- 47- Cuéntame más (Serie Australia)
- 48- La joya del Yukón
- 49- Confía en mí (Serie época)
- 50- Mi matrioska
- 51- Nadie nos separará jamás
- 52- Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)
- 53- Mi acosadora
- 54- La portavoz
- 55- Mi refugio
- 56- Todo por la familia
- 57- Te avergüenzas de mí

- 58- Te necesito en mi vida (Serie época)
- 59- ¿Qué haría sin ti?
- 60- Sólo mía
- 61- Madre de mentira
- 62- Entrega certificada
- 63- Tú me haces feliz (Serie época)
- 64- Lo nuestro es único
- 65- La ayudante perfecta (Serie oficina)
- 66- Dueña de tu sangre (Fantasía)
- 67- Por una mentira
- 68- Vuelve
- 69- La Reina de mi corazón
- 70- No soy de nadie (Serie escocesa)
- 71- Estaré ahí
- 72- Dime que me perdonas
- 73- Me das la felicidad
- 74- Firma aquí
- 75- Vilox II (Fantasía)
- 76- Una moneda por tu corazón (Serie época)
- 77- Una noticia estupenda.
- 78- Lucharé por los dos.
- 79- Lady Johanna. (Serie Época)
- 80- Podrías hacerlo mejor.
- 81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)
- 82- Todo por ti.
- 83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)
- 84- Sin mentiras
- 85- No más secretos (Serie fantasía)
- 86- El hombre perfecto
- 87- Mi sombra (Serie medieval)
- 88- Vuelves loco mi corazón
- 89- Me lo has dado todo
- 90- Por encima de todo
- 91- Lady Corianne (Serie época)
- 92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)
- 93- Róbame el corazón

- 94- Lo sé, mi amor
- 95- Barreras del pasado
- 96- Cada día más
- 97- Miedo a perderte
- 98- No te merezco (Serie época)
- 99- Protégeme (Serie oficina)
- 100- No puedo fiarme de ti.
- 101- Las pruebas del amor
- 102- Vilox III (Fantasía)
- 103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)
- 104- Retráctate (Serie Texas)
- 105- Por orgullo
- 106- Lady Emily (Serie época)
- 107- A sus órdenes
- 108- Un buen negocio (Serie oficina)
- 109- Mi alfa (Serie Fantasía)
- 110- Lecciones del amor (Serie Texas)
- 111- Yo lo quiero todo
- 112- La elegida (Fantasía medieval)
- 113- Dudo si te quiero (Serie oficina)
- 114- Con solo una mirada (Serie época)
- 115- La aventura de mi vida
- 116- Tú eres mi sueño
- 117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)
- 118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)
- 119- Sólo con estar a mi lado
- 120- Tienes que entenderlo
- 121- No puedo pedir más (Serie oficina)
- 122- Desterrada (Serie vikingos)
- 123- Tu corazón te lo dirá
- 124- Brujas III (Mara) (Fantasía)
- 125- Tenías que ser tú (Serie Montana)
- 126- Dragón Dorado (Serie época)
- 127- No cambies por mí, amor
- 128- Ódiame mañana
- 129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)

- 130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)
- 131- No quiero amarte (Serie época)
- 132- El juego del amor.
- 133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)
- 134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)
- 135- Deja de huir, mi amor (Serie época)
- 136- Por nuestro bien.
- 137- Eres parte de mí (Serie oficina)
- 138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)
- 139- Renunciaré a ti.
- 140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)
- 141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.
- 142- Era el destino, jefe (Serie oficina)
- 143- Lady Elyse (Serie época)
- 144- Nada me importa más que tú.
- 145- Jamás me olvidarás (Serie oficina)
- 146- Me entregarás tu corazón (Serie Texas)
- 147- Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos)
- 148- ¿Cómo te atreves a volver?
- 149- Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época)
- 150- Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época)
- 151- Me has enseñado lo que es el amor (Serie Montana)
- 152- Tú no eres para mí
- 153- Lo supe en cuanto le vi
- 154- Sígueme, amor (Serie escocesa)
- 155- Hasta que entres en razón (Serie Texas)
- 156- Hasta que entres en razón 2 (Serie Texas)
- 157- Me has dado la vida
- 158- Por una casualidad del destino (Serie Las Vegas)
- 159- Amor por destino 2 (Serie Texas)
- 160- Más de lo que me esperaba (Serie oficina)
- 161- Lo que fuera por ti (Serie Vecinos)

- 162- Dulces sueños, milady (Serie Época)
- 163- La vida que siempre he soñado
- 164- Aprenderás, mi amor
- 165- No vuelvas a herirme (Serie Vikingos)
- 166- Mi mayor descubrimiento (Serie Texas)
- 167- Brujas IV (Cristine) (Fantasía)
- 168- Sólo he sido feliz a tu lado
- 169- Mi protector
- 170- No cambies nunca, preciosa (Serie Texas)
- 171- Algún día me amarás (Serie época)
- 172- Sé que será para siempre
- 173- Hambrienta de amor
- 174- No me apartes de ti (Serie oficina)
- 175- Mi alma te esperaba (Serie Vikingos)
- 176- Nada está bien si no estamos juntos
- 177- Siempre tuyo (Serie Australia)
- 178- El acuerdo (Serie oficina)
- 179- El acuerdo 2 (Serie oficina)
- 180- No quiero olvidarte
- 181- Es una pena que me odies
- 182- Si estás a mi lado (Serie época)
- 183- Novia Bansley I (Serie Texas)
- 184- Novia Bansley II (Serie Texas)
- 185- Novia Bansley III (Serie Texas)
- 186- Por un abrazo tuyo (Fantasía)
- 187- La fortuna de tu amor (Serie Oficina)
- 188- Me enfadas como ninguna (Serie Vikingos)
- 189- Lo que fuera por ti 2
- 190- ¿Te he fallado alguna vez?
- 191- Él llena mi corazón
- 192- Contigo llegó la felicidad (Serie época)
- 193- No puedes ser real (Serie Texas)
- 194- Cómplices (Serie oficina)
- 195- Cómplices 2
- 196- Sólo pido una oportunidad
- 197- Vivo para ti (Serie Vikingos)

- 198- Esto no se acaba aquí (Serie Australia)
- 199- Un baile especial
- 200- Un baile especial 2
- 201- Tu vida acaba de empezar (Serie Texas)
- 202- Lo siento, preciosa (Serie época)
- 203- Tus ojos no mienten
- 204- Estoy aquí, mi amor (Serie oficina)
- 205- Sueño con un beso
- 206- Valiosa para mí (Serie Fantasía)
- 207- Valiosa para mí 2 (Serie Fantasía)
- 208- Valiosa para mí 3 (Serie Fantasía)
- 209- Vivo para ti 2 (Serie Vikingos)
- 210- No soy lo que esperabas
- 211- Eres única (Serie oficina)
- 212- Lo que sea por hacerte feliz (Serie Australia)
- 213- Siempre estás en mi corazón (Serie Texas)
- 214- Lo siento, preciosa 2 (Serie época)
- 215- La intensidad de lo que siento por ti
- 216- Lucha por lo que amas (Serie Australia)
- 217- Ganaré tu corazón (Serie Vikingos)
- 218- Mi otra cara de la moneda
- 219- Ni tú conmigo, ni yo sin ti
- 220- No necesito más, si te tengo a ti (Serie Oficina)
- 221- Me enfrentaré a todo por tu amor (Serie época)
- 222- Algo único (Serie Australia)
- 223- Volver a enamorarte
- 224- Empezar de nuevo (Serie oficina)
- 225- Nunca seré tuya (Serie Vikingos)
- 226- Sería imposible olvidarte (Serie Vecinos)
- 227- Juramento de amor 2 (Serie época)
- 228- Siento tu corazón
- 229- ¿Has pensado en mí?
- 230- La oportunidad de enamorarle
- 231- No dañes mi corazón (Serie Escocia)
- 232- Te siento mío (Serie Texas)
- 233- El uno para el otro

- 234- Mi sueño eres tú
- 235- Déjame amarte, preciosa (Lo siento, preciosa 3)
- 236- Intentaré amarte (Serie oficina)
- 237- Haré lo que sea por ti
- 238- Volveré a ti (Serie Texas)
- 239- Salvará su corazón (Serie Escocia)
- 240- Tenemos toda una vida (Serie Montana)
- 241- Las deudas se pagan
- 242- Piensa en mí (Serie Australia)
- 243- Demasiados años sin amarte (Serie Fantasía)
- 244- Eres todo para mí (Serie oficina)

Novelas Eli Jane Foster

- 1. Gold and Diamonds 1
- 2. Gold and Diamonds 2
- 3. Gold and Diamonds 3
- 4. Gold and Diamonds 4
- 5. No cambiaría nunca
- 6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

- 1. Elizabeth Bilford
- 2. Lady Johanna
- 3. Con solo una mirada
- 4. Dragón Dorado
- 5. No te merezco
- 6. Deja de huir, mi amor
- 7. La consentida de la Reina

- 8. Lady Emily
- 9. Condenada por tu amor
- 10.
Juramento de amor
- 11.
Juramento de amor 2
- 12.
Una moneda por tu corazón
- 13.
Lady Corianne
- 14.
No quiero amarte
- 15.
Lady Elyse

También puedes seguirla en las redes sociales y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.
